

A woman is shown in profile, facing left. She has dark hair styled in an updo, adorned with a gold hairpiece featuring leaves, flowers, and a long tassel of pearls and gold beads. She is wearing a grey top with a gold scalloped neckline. The background is a bright window with white frames.

Valerie

Camila Winter

Valerie –Camila Winter

© 2020 marzo.

Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial sin el consentimiento de su autora.

Valerie (Damas victorianas 1)

Saga de misterio e intriga en la Inglaterra victoriana

Camila Winter

Norwich, Inglaterra año 1879

En el salón del anciano conde de Gladstone se encontraban reunidos un grupo de jóvenes, disertando sobre temas mundanos muy importantes y trascendentes como los misterios de la ciencia, el destino, la existencia de Dios, la política, la filosofía y ese tema tan inquietante como era la inmortalidad.

La ciencia era un tema apasionante por sí y le conde Gladstone además de erudito, era un solterón empedernido que gustaba del sabor de esas charlas interesantes y trascendentes.

Era un provocador que le gustaba hacer pensar a los demás y hacerles creer también que él realmente estaba a punto de hacer un descubrimiento muy trascendente y perturbador.

Pero en esos momentos sólo quería enriquecerse con esa charla.

Sus favoritos eran el doctor Murray y su primo el joven Francis, estudiante de arqueología e historia.

Sin embargo, el joven Francis estaba algo callado ese día. Triste. Apagado y no podía entenderlo. Se preguntó si tal vez algún problema familiar o contratiempo financiero lo tenía tan preocupado. Lo notó distinto y de pronto recordó cierto enredo amoroso con la bella hija del

conde de Kingston. A la edad en que muchos hombres perdían la cabeza por una hermosa dama, su amigo Francis no era la excepción, al contrario.

—¿Y qué me dicen del amor, mis amigos? ¿Es una invención producto de la necesidad de tener una compañera para tener descendencia o es algo profundo y duradero? —preguntó de pronto.

Se hizo un silencio general.

—Rayos. ¿Qué pasa aquí? ¿Acaso esto es el club de los corazones rotos? —dijo el anfitrión observándoles con cierta malicia.

—Tal vez —se atrevió a responder el joven Francis con inusitada franqueza.

—El amor es un sentimiento puro y noble—dijo sir Clemens con profundo respeto.

Otros dijeron que el amor era un triste invento y cosas como esas. Muy pocos hablaron bien del amor romántico. No era para menos, todos eran solterones y guardaban tristes historias del corazón. Abandonados, despreciados por no ser guapos, ricos ni encantadores.

—Es asombroso cómo las apariencias son el mejor engaño para las damas, señores. Fingir ser algo es más importante que serlo—dijo el anfitrión.

Todos estuvieron de acuerdo en eso.

El joven Francis no dijo nada. Prefirió guardar silencio, pero en su mirada estaba todo y el anfitrión lo notó. Todavía estaba triste por ese amor malogrado y no correspondido. Si bien muchos se habían fijado en esa joven y habían intentado llegar a ella con sutilezas en un vano intento de cortejo, ninguno había tenido suerte.

Valerie Kingston no era como las jovencitas de su edad que comienzan a llevar a cabo la maliciosa coquetería para atrapar un marido, muy por el contrario, vivía recluida en su mansión campestre desde su llegada de Northumbria hacía meses.

Ella era como una bella flor encerrada en su huerto triste y solitario, como si una gran pena gobernara su carácter y fuera incapaz de sobreponerse. Por eso era prácticamente

inalcanzable para el joven Francis o para cualquier otro candidato.

Claro que esas eran habladurías, divagaciones de personas que no conocían en profundidad a la señorita Valerie Kingston de Melrose house.

En lo personal, sir Gladstone el anfitrión, pensaba que era una joven guapa, pero de personalidad rara. Se rumoreaba que poseía un carácter melancólico que le impedía ser sociable y alegre en la edad en que las muchachas ríen y charlan y son como gorriones volando de aquí y allá, la alegría de su familia, de las fiestas y demás. Hermosas y jóvenes, risueñas y coquetas. La señorita Valerie en cambio era inusitadamente seria y retraída, silenciosa. Pero muy hermosa. Bella como una flor y se decía que su escaso talento para sociabilizar y sonreír se debía a que no disfrutaba de las reuniones sociales y que las muchedumbres la agobiaban. Al igual que los caballeros que caían rendidos de sus encantos y aguardaban una señal confiable para avanzar.

Y a pesar de que muchos lo intentaron, se decía que uno de los talentos de la joven era dar de calabazas a todos ellos pues no estaba interesada en el matrimonio a pesar de tener la edad adecuada. No era su prioridad, ni su deseo.

Al conde le entristecía pensar que su amigo Francis había sido uno más.

¿Qué le ocurría a esa jovencita?

¿Acaso era incapaz de ver la nobleza y el afecto sincero en su joven amigo? El pobre parecía triste y había oído que sufría en silencio.

Ajeno a las maquinaciones de su erudito amigo, Francis Richmond pensaba que el amor era un demonio tirano que le corroía las entrañas desde hacía tiempo al haberse enamorado de una joven que simplemente no correspondía a su amor.

Pero muy lejos de querer hablar de ese amor sin esperanzas por la señorita Valerie, prefirió guardar silencio: no quería mostrarse triste y resentido.

Además, aunque su familia era de sólido linaje, su fortuna era escasa, no era un candidato deseable para la hija del conde, pero al menos gozaba de su estima y amistad.

Era tan fría y tan hermosa, y sus conversaciones tan interesantes. Rayos, esa joven había leído tanto y era tan inteligente y sagaz. A veces se preguntaba si no tenía el don de leer los pensamientos, si no era una hechicera perversa que enamoraba a todos y luego los alejaba con sutileza.

No. Debía ser justo. Ella no era una coqueta ni una bruja. Pero él encontraba encantador su rostro, el cabello castaño ensortijado, y esos ojos de un tono azul aguamarina, intensos y dulces a la vez, almendrados y tiernos. Fue mirarle una vez y dejarle flechado al instante, pero sabía que sólo a él le pasó, no fue algo recíproco. Al ser presentados en la velada de la señora Riverton sintió algo tan intenso, mientras la miraba y charlaban supo que deseaba que esa joven fuera su esposa. Y luego su andar suave y delicado y había caído rendido a sus pies cuando la vio por primera vez. Fue tan extraño. Nunca le había ocurrido algo así.

Su corazón se regocijó al saber que era la hija menor del conde y era aún soltera a pesar del extraño anillo de oro y zafiros que llevaba en su mano derecha... Una perla escondida, hermosa, delicada y tan inteligente. Escuchó su disertación esa noche sobre un descubrimiento inquietante y se enamoró, se enamoró de sus dulces ojos azules, de su piel de terciopelo, sus labios delicados y llenos, y durante meses, durante incontables veces asistió a las reuniones de la sociedad y aportó sus conocimientos, y logró más simpatizantes, pero para él ir a la mansión de la familia Kingston tenía una razón: Valerie.

No tardó en comprender que estaba locamente enamorado y a medida que su amor crecía se daba cuenta que ella se mantenía distante y se alejaba de él, como si adivinara sus sentimientos más profundos y no quisiera alentarle ni herirle.

Eran sólo amigos. Una amistad reciente que había crecido de forma insospechada, pues tenían mucha afinidad y las mismas preocupaciones. Ella le hablaba de los recientes descubrimientos de la ciencia, de la música que despertaba la conciencia interior y tantos temas apasionantes y sabía que podían estar horas charlando... cualquier excusa era buena para ello, y para él esas charlas eran algo especial, sentía esa afinidad...

Cuando se enfrascaban en esas grandes disertaciones él se sentía próximo, se sentía tan cautivado por su belleza e inteligencia y tenía la esperanza de que ella correspondiera a su amor.

Su corazón tenía esperanzas, pero era un hombre práctico, además de soñador y sabía que a pesar de que su familia fuera noble, digna y muy antigua, una de las mejores del condado, no tenía más herencia que un señorío decadente. Su padre había tenido que vender varias propiedades para poder solventar los gastos y sus últimos negocios invertidos en Londres no habían dado los frutos necesarios.

Era el hijo mayor y un día ese caserío sería suyo, pero no podía darle a esa joven la vida que ella merecía.

Y al comprender la verdad decidió distanciar las visitas, alejarse, para que el último adiós no fuera tan doloroso. Además, creía haber notado que la dama se sentía abrumada al ser cortejada por otros caballeros y a muchos les había rogado que no regresaran a la mansión Melrose. Se sentía afortunado que ella no lo pusiera en la lista negra, habría muerto de tristeza, pero en verdad que su situación no era muy diferente.

Por eso jamás le habló, jamás le dio a conocer sus sentimientos.

Temía ser rechazado, no correspondido y, además, no tenía nada que ofrecerle.

Valoraba mucho más su amistad, que no deseaba perder. Aunque sufriera por no poder verla y conversar con ella, temía delatarse y que ella sintiera pena al comprender la verdadera naturaleza de su tristeza.

La señorita Valerie era su amor, su único amor, pero era inalcanzable y podía imaginar su futuro como el solterón de la familia, el solterón del condado, reuniéndose con sus amigos felices y casados, aunque sus otros amigos tampoco habían tenido suerte en el amor. Casi se veían como el club de los hombres tristes y abandonados.

Hasta su gran amigo; el conde de Gladstone era un solterón que sufrió amores contrariados en su juventud y por eso nunca se casó. Había oído que se enamoró de la hija de un vicario, pero

ella prefirió a fugarse con el pretendiente que su familia no aprobaba por licencioso y jugador. Él adoraba a esa joven, pero no pudo salvarla del cruel destino. Murió al dar a luz su tercer hijo y dicen que murió de pena al verse sumida en la tristeza y el abandono de aquél que le arrebató su inocencia de juventud, sus sueños de amor para sumirla en el dolor y la miseria.

Francis también sufría al pensar en la señorita Kingston tan bella y tan distante, imposible para él...

Le dolía pensar que sus propios sentimientos intensos y desesperados lo habían apartado de la joven, espaciando las visitas. Y ahora se moría por verla, solo un momento, conversar, saber que estaba bien. Aunque supiera que era un amor sin esperanzas se negaba a renunciar a su amistad a pesar de saber que era lo más sensato.

Y cuando esa noche regresó a su casa le quedó la alegre satisfacción de la compañía y la charla y el triste saber de su vacío amoroso. De ese amor sin esperanzas que lentamente comenzaba a consumirle.

Era como un prisionero de su propia desdicha, enredado en una ilusión, en una hermosa quimera y le costaba mucho desprenderse de ella. y nada más llegar y apoyar la cabeza en su almohada suspiró al recordar su perfume, el cálido sonido de su voz, sus hermosos ojos mirándole a la distancia y se imaginó que la tenía allí entre sus brazos y le hacía el amor, porque era suya, suya para siempre....

Tanto había acariciado ese anhelo y sin embargo ahora ese deseo ardiente se había vuelto un recuerdo doloroso, pero se moría porque fuera suya un día, porque sucediera un milagro y él pudiera convertirla en su esposa.

Luego comprendía que no era digno de pedir su mano, era sólo un festejante sin fortuna sin herencia. Su familia jamás lo aprobaría y él era demasiado caballero para siquiera hacer una insinuación amorosa que arruinaría lo único que le quedaba: su amistad.

Valerie se movió inquieta cuando anunciaron la llegada de su amigo Francis Richmond. Algo en sus ojos la delataba y también una creciente turbación que su hermano mayor no dejó de notar.

—Valerie, ¿qué sucede? —le preguntó.

Ella lo miró inquieta y sonrojada. No había nada peor que ser puesta en evidencia. Pero eran muy cercanos con su hermano así que era imposible ocultarle algo.

—¿Os agrada él? —le preguntó en un susurro aprovechando que su padre había abandonado la reunión en compañía de su hijo menor.

La joven lo miró mortificada, no era necesario que respondiera y sin embargo su hermano no pareció feliz con ese gesto.

—Es imposible y bien lo sabéis.

—Sí, lo sé, pero no puedo evitarlo.

—¿Te has enamorado de ese pobre hombre?

—No es un pobre hombre.

—Lo será cuando tu esposo se entere.

Valerie lo miró furiosa.

—Mi esposo está muerto, ¿por qué no puedo tener un compañero bueno y leal?

—Porque os casasteis sin oír a nuestra madre con un hombre ruin y perverso, y luego de tu boda se desató la desgracia. Por eso.

—No, no es verdad.

—Nuestra madre murió del corazón seis meses después luego de avisarte que él no era lo que tú creías, nuestra madre siempre lo supo y vos eráis tan joven y obcecada, tan ciega.

—¿Por favor Alan, es que vais a culparme de eso? También sufrí por la muerte de nuestra madre, pero no fue mi culpa.

—No, no lo fue... sin embargo muchas cosas nefastas sucedieron luego de tu boda con ese siniestro conde. ¿Debo recordártelo?

—No, no lo hagáis por favor. Sólo quiero ser feliz, por favor. Creo que he encontrado a un hombre bueno y leal y sospecho, siento que sus sentimientos por mí son sinceros y profundos.

—Entonces os habéis enamorado?

Su hermano mayor le hablaba como si estuviera enferma, como si hubiera pillado un resfriado furioso. la miraba espantado y francamente alarmado.

—Sabéis que es una locura, que todavía estáis atada a ese hombre.

—mi esposo murió, yo lo enterré. Falleció hace años. por qué insistes en decir lo contrario? ¿Es que no sabes que me hace daño?

—Porque lo he visto, es como una sombra nefasta siguiendo vuestros pasos Valerie. Él jamás os habría dejado escapar. Desde el instante en que te vio supo que serías suya y aun ahora, luego de esa tragedia, aun después de muerto ese hombre vendrá por ti y tú lo sabes. No te dejará en paz. No hay hechizo ni conjuro que pueda apartarlo de ti y os lo digo sintiendo terror en mi corazón pues nada me inquieta más que vuestro bienestar, que vuestra felicidad.

—Alan por favor, él está muerto, está en el lugar donde nadie puede regresar y eso me atormentó durante años. era tan joven, tan inocente. Pero mi esposo no era quien yo pensé. Y aunque mi matrimonio fue por amor luego terminé atrapada sin sentir más que terror y desesperación. Pero ahora es un milagro, ahora al fin mi corazón ha vuelto a latir y a pesar del miedo que siento a veces, el miedo y la duda, sé que el joven Francis es un hombre bueno y leal. Y que me hablaría si yo...

Su hermano la miró horrorizado.

—Oh no por favor, Valerie. No lo hagáis. No le deis esperanzas al pobre caballero, me agrada y su familia es una de las mejores del condado. Nada tendría que objetar de su amistad, pero en cuanto a lo otro sí.

Ella miró a su hermano angustiada. Tenía razón, ay qué pena sentía.

—Mi esposo está muerto, era tan joven entonces...

—Es tarde para lamentaciones. Sabéis lo que pasó con ese caballero que intentó cortejaros hace tiempo. acaso lo habéis olvidado?

Ella lo miró angustiada. Su cuerpo estaba marcado, su alma también, jamás sería feliz con otro hombre pues antes de morir su marido le dijo que siempre sería suya, hasta que volvieran a encontrarse en otra vida. En otro cuerpo... sus creencias paganas eran muy extrañas. Tenía la insólita creencia que la muerte no existía, que no era el fin como todos creían y que luego de morir el alma no se iba ni al infierno, ni a un lugar más reconfortante, sino que volvía a casa. A su antiguo hogar, para luego regresar pues la vida humana era tan efímera y fugaz. La vida humana era un hilo rojo, así de frágil que cualquier cosa podía terminar con ella.

Su esposo era un hombre extraño y ella lo amó, estaba embrujada, dominada por él y por eso lo soportó todo, sus prolongadas ausencias, sus bruscos cambios de humor y las marcas que había dejado en su cuerpo y en su corazón. Nunca supo por qué de repente sentía que era un extraño para ella y luego de su muerte, sintió dolor y alivio, mucho alivio, como si una sombra oscura que durante años la hubiera mantenido atrapada e infeliz al fin hubiera desaparecido como por ensalmo.

Y en ese pueblo nadie sabía que era viuda, todos la conocían por la señorita Valerie Kingston, heredera de un antiguo y distinguido linaje, rica pero soltera.

Su familia había decidido negar su apellido de casada junto con la circunstancia de que había tenido esposo y era viuda.

Su hermano creía que no era de buen augurio mencionar ese triste asunto y todos sus recuerdos, retratos, sus encendidas cartas de amor habían perecido en el fuego, junto ese amor que enterró de igual manera en un esfuerzo desesperado por recomenzar y ser feliz. Por eso abandonó la mansión de su esposo y regresó temblando a casa de sus padres. Jamás contó el horrible

infierno que vivió luego de perder a su esposo y pensó que estaría a salvo si se alejaba de esa mansión maldita, pero a veces sentía su presencia. Como un triste y cruel fantasma su marido seguía sus pasos como si la vigilara, aún ahora después de tanto tiempo a veces lo veía en sueños y despertaba angustiada pues esos sueños siempre eran pesadillas.

La voz de su hermano la despertó de sus pensamientos, ella lo miró inquieta.

—Eso no puede ser y lo sabes, no es correcto. No está bien que juegues con los sentimientos de ese joven. Está loco por ti y todos lo saben. Pero tú no puedes corresponderle. No puedes hacerlo.

—Alan por favor, no digáis eso.

—Es la triste verdad, Valerie.

Ella lo miró atormentada. Sabía que su hermano tenía razón. No era correcto ilusionar a Francis si sabía que esa sombra estaba allí y se erguía terrible y amenazante. Todos sus esfuerzos por rehacer su vida habían sido en vano. Por más que se esmerara en salir adelante y recomenzar esa sombra la acechaba, podía sentirlo. Y cada vez que un caballero se acercaba e intentaba intimar ella lo había rechazado, excepto a Francis, él era tan distinto...

—Pues no me rendiré, sabes, esta vez no.

Sin embargo, notó que su enamorado se había alejado, hacía días que no la visita y eso la angustiaba. se preguntó si acaso no lo había imaginado todo.

Francis se encontraba tocando el piano ese día gris de otoño cuando recibió la visita de su viejo amigo el conde de Gladstone.

—Buenas tardes...si es que se pueden llamar así. Este tiempo gris realmente no ayuda demasiado—dijo el conde sonriente.

Francis sonrió, pero el viejo sabía lo que afligía su corazón, hacía tiempo que lo sabía y por eso había decidido hacerle una visita.

—Por favor sentaos. Acompañadme, justo iban a servir el té.

—Te lo agradezco amigo, no hay como una buena taza de té caliente.

Había sentido la ausencia de su joven amigo y se preguntó si seguía triste por la joven dama de Blaise house o era algo más, pero resultaba delicado preguntárselo. Así que primero lo acompañó a la salita de música y aguardó la llegada del té mientras charlaban de otros menesteres.

Las respuestas del joven Francis le parecieron distantes. Estaba triste por esa joven, lo sabía bien, ¿pero acaso él podía hacer algo para aliviar su pena? ¿Para ayudarle a conquistar a la joven que le había robado su corazón?

Pero el joven era muy reservado de sus asuntos amorosos, como todos los hombres en realidad. Sin embargo, al verlo tan abatido decidió mencionar la cuestión con cierto tacto.

—Me he enterado que la señorita Valerie está triste—dijo sin rodeos, pero como al pasar.

La mirada de su joven amigo cambió al instante.

—¿Triste? ¿Acaso ha sufrido alguna pena? —quiso saber.

—No, especialmente, pero se la echa de menos en los círculos sociales que frecuentaba. Como sabrá esa damita se robó el corazón de todos luego de su llegada al condado, pero se ha vuelto reticente y silenciosa. Se lo pasa encerrada en su mansión y eso ha sorprendido a todos los habitantes del pueblo.

El joven lo miró alarmado.

—No lo sabía—murmuró inquieto.

—Acaso no la ha visto amigo mío?

—Pues no... llevo tiempo sin verla y creí que era lo más prudente.

—¿Lo más prudente?

No era sencillo sonsacar al joven Francis, era tan reservado y sin embargo sabía que en su

corazón ardía un fuego intenso por esa joven. Y sufría en silencio convencido de que era un amor sin esperanzas. Un amor no correspondido. ¿Pero era realmente así? Un amigo en común le confesó que la señorita Valerie era muy atenta con él, y que pasaban horas conversando, recorriendo el parque en silencio como dos enamorados que no necesitaban decir nada para entenderse.

—¿Entonces no lo ha visto? Qué extraño.

—No... no le he visto—le respondió el joven visiblemente afectado por esa situación.

—¿Y por qué no?

Era poco delicado hacer esa pregunta, pero el caballero estaba preocupado por su joven amigo.

—No he podido ir y luego, tampoco he recibido una invitación a visitar su morada. Creo que no es delicado insistir. Es sólo una amistad, sir Gladstone.

Con tales palabras no era prudente insistir. Sin embargo, fue el joven quien quiso saber cómo estaba la señorita Valerie.

Pero cuando el caballero se marchó el joven Francis se sintió mortificado al pensar que la joven a la que amaba al punto de la locura estaba triste, decaída, no recibía visitas y se rumoreaba que podía estar enferma. ¿Acaso algo le había pasado?

Se había alejado porque sabía que era lo más prudente, pues sólo era una amistad, pero esa afirmación no era más que la triste realidad. -

Estaba locamente enamorado de la joven es verdad, lo estaba, y por eso se había alejado. No lo creía correcto cuando nada más tenían una amistad, pero la limitación mayor era su escasa fortuna. No se creía merecedor de su amor y sin embargo se negaba a renunciar a lo único que le quedaba: la esperanza.

Por más que luchara por olvidarla era peor, día tras día lo atormentaba como un sueño dulce y amargo, pues era sensato, sabía que no podía ser, que él no era para ella ni ella para él...

inalcanzable.

Pero su amigo dijo algo que lo inquietó. Ella estaba triste, su vieja amiga estaba mal. Debía ir a verla y hacerle llegar su amistad solidaria. A lo mejor había sufrido alguna pérdida irreparable...

Suspiró sin atreverse a actuar.

Hasta que un buen día recibió un mensaje de la mansión de la familia de Valerie. Acudió sin pensarlo. Ella quería verlo, quizás deseaba decirle algo.

Estaba temblando cuando llegó a la mansión y luchaba por dominar sus nervios, y fingir que nada pasaba.

Un frío criado le recibió.

—Busco a la señorita Valerie, me ha enviado un mensaje rogándome que viniera a verla— le dijo él.

—Aguarde aquí por favor, le avisaré al señor...

El joven obedeció y se quedó parado en el salón pues nadie lo invitó a sentarse tampoco pensó en hacerlo, los nervios lo consumían lentamente en esos momentos. ¿Realmente le había escrito ese mensaje? ¿Por qué quería verle?

Traía consigo el último libro que le había prestado que había olvidado regresar, pero dudaba que esa fuera la razón.

Cuando la joven apareció sintió un sobresalto. Se veía tan hermosa, casi lo había olvidado lo bella que era pues de tanto pensar en ella y verla allí con un traje azul de terciopelo y escote con diminutas perlas, tan bonita y elegante, tan distinguida. Y sentir su mirada dulce y aterciopelada posada en él.

—Señor Kingston, buenas tardes... agradezco que acudiera tan rápido, no había prisa por favor, disculpe—le dijo.

Él se acercó y besó su mano.

—Oh por favor no es ninguna molestia. Le he traído este libro que usted me había prestado y este otro de mi biblioteca que pensé le resultaría interesante. Es sobre las leyendas antiguas de nuestro país.

Ella aceptó el libro y sonrió agradecida.

Conversaron un momento y ella lo invitó a quedarse a tomar el té. Sus charlas eran tan apasionantes, podían estar horas conversando, cualquier asunto les absorbía por completo. Notó que la joven sonreía aliviada de que aceptara.

Sin embargo, su hermano lo miró muy serio, fue amable sí, pero no tan amistoso como en otras oportunidades, se mostraba reservado y extraño. Distante.

Francis no le prestó atención, era feliz de poder reunirse de nuevo con la señorita Valerie, la había echado tanto de menos... y cuando luego de beber té ella lo invitó a dar un paseo sintió que tocaba el cielo con las manos. Adoraba a esa joven y sólo soñaba con convertirla en su esposa, pero sufría porque sabía que era poco para ella, que no estaba a la altura ni tendría el valor de pedir su mano...

Recorrieron los jardines y de pronto ella se detuvo al llegar al templete y confesó que lo había echado de menos. Lo dijo sonrojándose, sin ocultar la turbación que sentía.

Él sonrió.

—También la he extrañado señorita Valerie, mucho—le confesó y se detuvo.

Había llegado el momento de hablarle, su mejor amigo lo impulsaba a hacerlo, a poner fin a su tormento, intentarlo al menos. Si ella lo rechazaba se alejaría y lucharía por olvidarla.

Pero ay, era tan difícil.

—Ha pasado tantos días sin venir, sir Francis y quería preguntarle si acaso dije algo que lo disgustó de alguna manera o...

Su pregunta le tomó por sorpresa.

—Oh no... perdóneme señorita. Es que he estado algo disperso estos días, problemas nimios sin importancia, reuniones del comité me mantuvieron atareado y... Lo siento mucho, siento haberle disgustado y que pensara que estaba molesto. Eso es... sería imposible.

—¿Imposible? —la joven lo miró interrogante.

—Quiero decir que sería improbable que pudiera hacer algo para disgustarme jamás.

Ella sonrió aliviada.

—Entonces le ruego que no distancie tanto sus visitas, encuentro sus charlas tan apasionantes y su compañía... creo que es mi único amigo leal, sir Francis.

Lo era, era su amigo y también su amor. ¿Pero cómo alentarle a que le hablara? Era un hombre muy tímido y parecía tener miedo. tal vez no estuviera seguro de sus sentimientos.

—Gracias señorita Valerie, es muy amable. Regresaré la semana próxima si lo desea— preguntó él con cautela.

—Puede venir el jueves? Mi hermano dará una charla con sus amigos sobre fenómenos espectrales. Me asusta el tema, pero creo que esta vez será un enfoque desde la perspectiva de la ciencia, con pruebas y testimonios.

—Oh de veras? Se oye interesante.

Ella lo miró con una sonrisa para disimular lo atormentada que se sentía. Tendría que esperar hasta el jueves y ni aún entonces él se animaría a hablarle. Tal vez nunca lo hiciera. era un hombre tan tímido. ¿Por qué no lo alentaba a declararse?

Siguieron caminando en silencio y Valerie lo condujo hasta el laberinto casi sin darse cuenta, a ese laberinto artificial formado por arbusto perfectamente recortados. Había llevado mucho tiempo plantarlos, lograr que tuviera la altura indicada y luego... allí estaba. El perfecto laberinto. Cada vez que entrabas en él tardabas un buen rato en encontrar la salida, no importaba cuánto conocieras cada recoveco, siempre era así.

—Lo siento mucho—dijo espantada—creo que le atraje a este laberinto, pero no me di cuenta, se lo juro.

Él sonrió levemente.

—No se preocupe, seguro que encontraremos la salida.

Ella tiritó.

—Lo sé, pero es muy molesto dar vueltas y...

A él no le importaba, era una excusa para quedarse más tiempo a su lado.

Afortunadamente estaba iluminado pero la joven no pudo dar con la salida en su primer intento como planeó, sólo se adentraron más en el laberinto.

Cuando la joven se dio cuenta de que estaba cada vez más lejos de la salida se detuvo desconsolada.

—Lo lamento—murmuró.

Él dijo que no importaba.

—Paciencia, ya saldremos de aquí señorita Valerie. Déjeme ayudarla.

Ambos trataron de orientarse para encontrar la salida y mientras lo hacían conversaban y se miraban en silencio, por momentos.

En un momento ella le miró con esos ojos aterciopelados tan dulces y suaves y él tembló, pero no dijo nada. Respondió a su mirada sin apartarla hasta que ella se sonrojó. No hablaron ni dijeron palabra, parecían entenderse sin hablar y sin embargo daba la sensación de que ambos querían decir algo y no se atrevían.

Pero ella era una dama educada muy cuidadosa de las formas y jamás diría una palabra que delatara sus sentimientos. Aunque se muriera por dentro, soportaría ese dolor a la vergüenza de ser rechazada. Tal vez él sólo quisiera su amistad...

—Creo que es por aquí, señorita—dijo él.

Ella sonrió lo miró y Voilà, allí estaba: la salida del laberinto. Casi sintió pena de que encontrara la salida, habría deseado quedarse un poco más en su compañía. Pero pensó que volvería a verle muy pronto. El jueves.

Su presencia fue muy reconfortante, pero sintió pena cuando se marchó y se quedó a solas con su hermano y su padre. Ambos hablaban de esos temas masculinos política y ciencia y podían pasar horas enfrascados en una conversación compleja. Sus pensamientos en cambio estaban lejos, muy lejos.

Pensaba en el joven Francis y en el momento en que quedaron atrapados en el laberinto, por un instante había sentido, había sentido que él quería hablarle, quería besarla y esa sensación fue tan fuerte que... no, no lo había imaginado, lo había presentido y sabía que ella era capaz de intuir esas cosas.

Al día siguiente, sin embargo, su hermano le dijo durante el desayuno aprovechando la ausencia de su padre:

—No es buena idea que ilusionéis a ese pobre hombre.

Ella lo miró molesta. Sabía de qué hablaba.

—Vamos, no me miréis así, nuestro padre jamás dará su aprobación.

—¿Y por qué no?

Su hermano la miró sorprendido de que hiciera esa pregunta.

—Es pobre, Valerie. Además de ser muy pronto para pensar en casarte cuando no hace ni un año que sois viuda... no tiene una posición aceptable para que nuestro padre lo considere un pretendiente digno.

—El joven Francis no es pobre, tú no sabes lo que es la pobreza. En Londres sí que hay personas necesitadas.

—Sí, supongo que tienes razón.

—Entonces deja de decirme lo que debo hacer. Si vuelvo a casarme no necesitaré vuestro permiso ni el de mi padre.

—Pues yo creo que sí, luego de esa boda desastrosa que fue también un capricho del corazón nos preocupa que vuelva a pasar. Además. Todavía no tenéis la certeza... no sabéis si vuestro marido está muerto o está vivo.

Valerie lo miró atormentada.

—Eso no es verdad y lo sabéis bien.

Su hermano la miró muy serio.

—Lo han visto, me han dicho que lo vieron en Londres en la mansión de Ashford house.

La joven tembló.

—Eso no puede ser, no es posible.

—Era un brujo y un hombre de ciencia, una mezcla extraña y había quienes decían que era el hijo del mismo Satanás.

Su hermano no temblaba al hablar del diablo, pero ella sí se estremeció atormentada.

—Ya no es mi esposo, mi esposo murió.

Él suspiró y demoró en responderle.

—Y si un día os encuentra y exige que volváis a su lado? todavía sois su esposa en realidad.

—No, no él murió. ¿Acaso pensáis que os he mentado?

—Es que ya no sé qué pensar. Lo más sensato dadas las extrañas circunstancias es ser prudente y hacer algunas averiguaciones antes de dar alas a ese pretendiente. Sería cruel ilusionarle y que luego aparezca vuestro marido. Ya os dije que le han visto vivo en la mansión. Debemos cerciorarnos de que eso no sea más que una vil mentira.

—Oh, por favor no lo diréis en serio.

—ES necesario. Siempre he sentido su presencia funesta detrás de ti, desde el principio. Te hablé, te rogué que no os dejarais atrapar por el encanto siniestro de ese hombre del que nada sabíamos, pero vos fuisteis tan insensata que os fugasteis con él sin oír consejo. Y luego tuvisteis un marido que se ausentaba de forma misteriosa y os dejaba sola en esa mansión encantada.

Ella lo miró abatida, no quería defenderse, no quería hablar de ello.

—Por favor, no me lo recuerdes. ¿Creéis que no he sufrido demasiado ya?

Su hermano apartó la mirada.

—Supongo que sí, lo siento Valerie, pero sólo me preocupo por ti. No quiero que vuelvan a herirte ni que os encaprichéis con un hombre que no. que no tendrá el coraje de hablaros ni pedir os matrimonio.

—Deja de protegerme Alan, ya no soy una niña.

Era inútil que se lo dijera, siempre lo haría. Siempre cuidaría de ella, sin embargo, las palabras de su hermano la dejaron alarmada.

—Lo han visto Val, lo vieron en su mansión, déjame averiguar antes de precipitaros de nuevo.

La joven tragó saliva y lo miró.

—Él murió, no puede ser él Alan.

—¿Y si no murió? ¿Es que no lo habéis pensado?

Los ojos de Valerie se encendieron como dos llamaradas de miedo y terror.

—Enterré a Frank, enterré a mi marido él sufrió un ataque, no despertó. Su corazón se detuvo de repente y quedó como un ser inanimado... es imposible. Sólo puede ser un farsante, un impostor quien esté en esa mansión. No pude ser él.

—Está bien, os creo por supuesto, pero... sólo quiero estar seguro. Si es un impostor no puede quedarse con vuestra herencia, debéis pelear por ella.

—Alan, abandoné esa mansión y sólo recibí un legado luego de morir mi esposo. Esa casa no me pertenece, pertenece a la familia. Está en fideicomiso.

—Os casasteis con un embustero, nos engañó a todos fingió ser un hombre rico y honorable y os dejó en la ruina.

—No importa eso. Ya pasó. Por favor. Déjale en paz, ya está muerto. ¿Por qué le odiáis tanto? ¿Es que no veis que atraéis su espíritu con vuestra ira y desdén?

Su hermano la miró boquiabierto.

—¿Por qué dices eso?

—Es la verdad. Es lo que siento.

—Pues os equivocáis. No lo odio, pero no olvido todo el daño que hizo a nuestra familia, en especial a vos. Era un hombre siniestro y me pregunto si no mintió en todo desde el principio.

Sí, su hermano tenía razón. Era un gran farsante, ¿pero qué sentido tenía sufrir por el pasado?

—Alan, os lo ruego, deja en paz ese asunto y ayúdame a convencer a nuestro padre. Si Francis pide mi mano, si él me quiere como esposa... no pongáis piedras en mi camino. Mi anterior matrimonio fue un error, pero Francis es diferente.

—Desearía ayudaros Valerie, pero no sé si nuestro padre lo vea con buenos ojos, lo conozco bien, dirá que no es suficiente para ti.

—Tal vez... pero es un buen hombre, es honesto y estoy enamorada de él. Os hablo con el corazón, no os lo pediría si no fuera importante y por favor, deja de decir que es un capricho.

—Está bien, si es que se atreve a cortejaros dudo que llegue tan lejos, es un joven demasiado inseguro. Aunque no dudo que está loco por ti, se les nota a seis leguas de distancia. Ha de saber que no es digno de pedir vuestra mano, su fortuna es escasa, aunque nada tengo que decir de sus morales y la de su familia. Son personas muy honestas y respetables, eso lo he averiguado bien. Pero temo que no será suficiente para convencer a nuestro padre.

—No me importa eso, sólo quiero ser feliz, aunque su inseguridad me atormenta lo confieso.

—Y con eso nada podemos hacer. tendréis que esperar a que se decida a hablaros y si no lo hace esta conversación será una anécdota y nada más.

Valerie sabía que tenía razón. ¿Qué ganaba convenciendo a su hermano si el caballero del que se había enamorado locamente no le hablaba, no le exponía sus sentimientos? Se había alejado de ella de forma inexplicable aumentando sus dudas y desazón. Pero en su corazón no había dudas, y sufría al pensar que su pretendiente, el único que había despertado y curado su corazón malherido la rechazaba, se alejaba de ella sin motivo aparente.

Tal vez él temía ser rechazado.

O a lo mejor sus intenciones no eran honestas.

Claro que lo eran, sir Francis era todo un caballero, incapaz de buscar algo que no fuera honorable. Sin embargo, no estaba segura de que sus sentimientos fueran tan intensos y profundos.

Pero sabía que no le era indiferente, lo sentía, llevaba tanto tiempo sufriendo, esperando una palabra, una señal y por momentos se preguntaba si acaso él no querría alejarse de ella por esa razón.

En el pasado había tenido otros pretendientes, pero los alejó a todos, con sutileza hasta que apareció ese caballero que le doblaba la edad y que le atrajo como un imán. Fue tan extraño, nunca antes se había sentido así, fue como un embrujo, algo que no pudo controlar. Algo tan fuerte y maligno...

Y él era un hombre guapo y fascinante, parecía extranjero, había algo maligno y sensual que no había visto jamás en otro hombre, la forma en que la miraba...

Sus padres se opusieron a esa amistad, desde el principio porque él le doblaba la edad y nadie sabía nada de él. Era un completo misterio, como si hubiera salido de la nada. Sólo mencionaron la mansión de Black stones, cerca de las colinas blancas de Plymouth, un lugar

sinistro como pocos, pero entonces ella no lo sabía ni lo imaginaba pues su enamorado lo pintó como un perfecto paraíso.

Fue muy elocuente y seductor. Logró convencer a todos y sin embargo su padre desconfiaba de que su fortuna fuera sólida. Pensaba que no era más que un seductor y un caza fortunas.

Kendall se ofendió cuando comprendió la indirecta de su padre. Se ofendió y se marchó y ella lo vio irse con el corazón partido.

—Ya tendrás mejores pretendientes, hija mía, no os quedéis afligida—le dijo su pobre madre al verla tan triste.

Ella se quedó tan afectada. Tan desolada. Sin imaginar que para él sólo había sido un juego, que le había robado el corazón y la atormentaba fingiendo que no le importaba, así fue siempre, ahora lo sabía...

Durante meses no volvió a saber de él y todos decían que se había marchado y sin embargo ella estaba cada vez más enamorada y esperanzada en su regreso. Un día llegó una carta, la primera carta de amor que ella escondió de su familia.

Le explicaba por qué había tenido que marcharse y por qué no podía visitarla todavía.

Asuntos urgentes le requerían en Christine hall de las colinas blancas.

Valerie sintió el corazón palpar acelerado mientras leía esas líneas que danzaban ante sus ojos “no tema señorita, no me he olvidado de usted, ¿cómo podría hacerlo?” y con sólo esa frase que le daba a entender que ella le importaba ella aguardó día tras día su regreso mientras le respondía una carta amable y contenida pues son era de buen gusto confesar a un caballero que lo extrañaba y añoraba su regreso, aunque lo sintiera hasta el fondo del corazón, no lo diría.

Una dama jamás daba a entender en palabras ni por carta sus verdaderos sentimientos, aunque muriera por saber cuándo podría verle de nuevo tampoco lo preguntó por supuesto.

Y así esperó y esperó como Penélope, sintiendo que moría de desesperación aguardando

su regreso, aguardando impaciente, noticias suyas: un mensaje, una carta...

Le daba rabia pensar en lo tonta que había sido.

Durante meses la torturó, le escribió carta inventando excusas hasta que un buen día fue a verla en secreto y le confesó la verdad, que su familia le había prohibido seguir con su amistad y mucho menos cortejarla. No había esperanzas, no había futuro para él, ni para ambos. Valerie creyó en sus palabras y sin poder contenerse se enojó con sus padres y luego lloró. Se desesperó. Y él se marchó, dijo que regresaría a verla.

Hasta que un día mágico le dijo que la amaba y que la convertiría en su esposa. Estaba tan locamente enamorada y tan ciega que no desconfió en ningún momento de que la amaba y aceptó convertirse en su esposa. Su corazón y su alma entera no quería otra cosa.

—Pero vuestros padres no me aceptarán, mi hermosa damisela. Me han prohibido veros, jamás aceptarán lo nuestro—le dijo.

Valerie lloró, era tan joven y estaba tan enamorada, llevaba tanto sufriendo ese amor atormentado y cuando le propuso huir y casarse en el extranjero aceptó encantada. Parecía la única solución. Fugarse y escapar. Era tan romántico...

Y al principio lo fue. Excepto por la mansión de Christine hall Por sus habitantes y también... todo cambió luego de la boda. Ella no estaba preparada para convertirse en su esposa, era tan joven e inexperta. Él hacía lo que quería con ella y no, no fue un buen esposo. Al principio sí, pero luego... cambió. Se volvió irascible y cambiante y como la hacía sufrir y terminaba llorando desbordada por sus arranques de mal genio él optó por marcharse. Por alejarse.

Pensó que todo mejoraría y que era su culpa, no tenía experiencia, no sabía cómo lidiar con los problemas conyugales pues al contrariar a sus padres perdió contacto con ellos y habría valorado mucho el consejo de su madre.

Ellos no la perdonaron por haberse casado con ese hombre, nunca lo hicieron, en el fondo todavía le guardaban rencor, pero entonces su madre enfermó y murió. Cuando se acercó a su

familia un tiempo antes de que ocurriera la desgracia su madre le dijo: “Oh Valerie, no es vuestra culpa... sólo has tenido la desdicha de escoger mal al hombre que debía convertirse en vuestro esposo”. Le dijo su madre cuando le confió sus desavenencias con su marido.

Ella la culpó por haber elegido mal.

—Él no es para ti, ni para ninguna mujer sensata. Ese hombre es malo, Valerie. Y por favor, no contrariéis sus deseos ni os neguéis a sus brazos. Hay hombres que se vuelven locos y violentos si una mujer los desafía. Debes obedecer a vuestro esposo y no hagáis nada que le haga enfadar.

—Oh madre, es que no lo hago.

—Pensad si lo hicisteis enfadar, pequeñas cosas. fiestas que detesta ir, un vestido que no le agrada, o un gesto...

Su madre debió creer que ella era la clase de mujer gruñona insoportable o descaradamente coqueta que enloquece a un hombre y lo empuja a sufrir arrebatos de ira.

Valerie no era nada de eso. Es más, su inexperiencia y juventud la transformaron en una joven complaciente y tonta casi, ansiosa de ser la esposa perfecta y desesperada porque su matrimonio fuera esa nube de amor y felicidad con la que había soñado. Por supuesto que se culpó por los cambios de su esposo, pero pronto comprendió con tristeza que no era la culpable, no como creía su madre pues no había esposa más boba y complaciente que ella, incapaz de decir algo hiriente o inapropiado, incapaz de quejarse y pedir explicaciones. A lo mejor le molestaba estar casado. Descubrió que no era agradable estar atado a una esposa joven e inexperta que además era incapaz de darle un hijo a pesar de llevar más de un año de casados.

Y sin embargo él siempre regresaba a sus brazos para besarla y acariciarla y convertirse en el hombre más dulce y enamorado del mundo.

La buscaba porque quería intimidad y allí era el único lugar donde parecía amarla como un loco. ¿Pero realmente la amaba como decía o sólo quería buscar satisfacción y el abrazo dulce

de una esposa?

Ella no lo sabía, comenzó a desencantarse de su esposo, a dejar de venerarle y a comprender que era un hombre enfermo y atormentado por un terrible secreto.

Pensó que nunca más querría casarse, que no quería saber nada del amor y que el amor romántico no era más que un maravilloso engaño, una ilusión.

Hasta que conoció a sir Francis. Era un caballero tan atento y bondadoso. Sin sombra de maldad, sin un ápice de seducción y mentiras. Era lo opuesto a su marido y por eso tal vez se sintió tan atraída desde el comienzo.

Ciertamente que nada le importaba que fuera pobre, no era una joven interesada ni frívola, poco le importaba que no fuera rico sabía que lo había en su corazón, en su alma era mucho más valioso. Y por eso se había enamorado de él, por su bondad y nobleza de corazón.

Porque su marido era un hombre malvado y oscuro y por eso su muerte fue un alivio, se sintió liberada de repente, sintió que la oscuridad y el dolor que tanto tiempo la habían acompañado se esfumaba y sabía la razón. Sólo él podía curar sus heridas, sólo él podía hacerla feliz y, sin embargo, todavía no le había hablado. No se había pronunciado y ella era demasiado tímida para hacerlo, tímida y reservada.

Sin embargo, en su corazón, no perdía las esperanzas...

Pero tenía secretos, ella no era una señorita, era una dama viuda y sir Francis no lo sabía.

Tampoco sabía que había huido de la mansión tenebrosa luego de enviudar.

Rezaba para que las sospechas de su hermano fueran infundadas.

Ella no tenía marido, su esposo había muerto, ella misma lo había enterrado y despedido en su triste final, antes de que sus parientes la apartaran furiosos de su lado, furiosos y asustado.

—No debéis quedaros, señora Valerie. Por favor. La muerte es un triste espectáculo—le dijo Alaric, su mejor amigo.

Sus parientes se cerraron en círculo, primos, tíos, todos se acercaron a su esposo menos ella. No la dejaron despedirse, pero supo que estaba muerto al verlo inmóvil

Ahora, años después se preguntó por qué la había apartado y actuaron tan raro.

Apartó esos pensamientos, ese triste viaje al pasado y suspiró. Ella quería olvidar ese pasado, pero era el pasado que no la olvidada. Alguien quería atormentarla haciéndole creer que su marido estaba vivo. Pues no, no era cierto. No podía ser verdad.

Días después le preguntó a su hermano si había averiguado algo.

Él la miró sorprendido por la pregunta. Se encontraba enfrascado leyendo un libro en mitad de la biblioteca y sabía que no le gustaba ser interrumpido.

—Todavía no, Valerie. Vamos. ¿Es que al fin creéis en esa historia absurda?

—No lo creo, yo lo vi morir y es imposible.

—Entonces alguien quiere que creáis que sí está vivo para atormentaros. Debo investigar eso. acaso vuestro marido tenía enemigos?

Esa posibilidad la tomó por sorpresa.

—No, no lo sé. Es que él actuaba extraño, se ausentaba y luego de morir llegaron acreedores. Quizás tuviera enemigos. Pero ¿por qué me buscarían a mí?

—Buscarán dinero o algún tesoro de la mansión y en verdad que no tiene sentido que te molesten ahora. A menos que... esto tenga algún propósito funesto.

—Oh Dios mío, no lo había pensado.

La joven se angustió y pensó en la posibilidad de que todo fuera parte de un macabro plan una venganza. Luego pensó que era absurdo.

—Acaso vuestro marido escondía algún tesoro?

Valerie demoró en responderle, no se sentía segura.

—Es que no lo sé—confesó angustiada—Mi esposo se reunía con un grupo de eruditos, eran hombres de ciencia, filántropos y personas algo extrañas.

—¿Extrañas?

—Pues siempre creí que eran misteriosos. Silenciosos. Entraban sin hacer ruido y así también se marchaban. Se reunían todos los viernes en la noche para conversar y disertar, bebían oporto, fumaban unos horribles cigarros y siempre había un olor extraño. Creo que realizaban experimentos de sustancias pues tres de ellos eran doctores y parecían obsesionados con curar, o eso escuché de casualidad en una ocasión en la que entré para buscar un libro para leer. Mi esposo se ausentaba y para no pensar tanto yo buscaba leer algo que me distrajera.

Su hermano la miró sorprendido.

—Nunca lo dijiste, Valerie—le reprochó—A nuestra madre contabas una historia muy diferente.

Ella se encogió de hombros.

—¿Y qué querías que hiciera? no quería preocuparla. Además, ¿esperas que una dama cuente sus desavenencias conyugales?

—Pues al parecer era algo más que eso. ahora ya no es tu marido, será mejor que recordéis y me digáis la verdad o no podré ayudaros. ¿Qué hacía vuestro esposo en esas misteriosas reuniones?

Valerie se mordió el labio y lo miró atormentada.

—Es que no lo sé, Alan, te lo juro, no puedo decirlo con certeza si eran simples tertulias o si ese grupo de amigos realizaban experimentos. Eran un grupo raro, había doctores, eruditos, fanáticos de la ciencia y también... había un hombre que nunca me agradó, era un personaje siniestro. Muy pálido y delgado, pero con una mirada que te traspasaba. Cada vez que se acercaba era como ver algo maligno y raro. Ay si yo os contara, el terror que pasé en esa mansión los últimos tiempos. Mi esposo nunca estaba pasaba días sin aparecer.

—¿Os dejaba sola en esa mansión con sus raros parientes?

Valerie asintió.

—Pagué muy caro el haberme casado contrariando los deseos de mis padres, al principio todo fue color de rosa, pero luego, con el tiempo él cambió y entonces todo cambió a mi alrededor. La mansión antigua llena de tesoros se convirtió en un lugar desierto y maligno, no había visitas, ni siquiera una tertulia y cuando las hubo eran reuniones a las cuales nunca estuve invitada. Mi marido se encerraba con sus amigos y conversaban y fumaban, bebían y se quedaban hasta altas horas de la madrugada conversando en voz queda.

Voces, muchas voces.

—Bueno, eso no es tan raro. Suele pasar. Cuando nos reunimos viejos amigos... conversamos de temas muy apasionantes que seguramente aburran a las damas.

—Oh por Dios Alan, eso no era así, yo lo pensé. ¿Me creéis boba? No se trataba de simples reuniones masculinas de camaradería. Eran algo más profundo. Algo siniestro. Oscuro—tragó saliva al recordar. —No me creeréis por supuesto, sois incrédulo y muy desconfiado, pero os aseguro que no lo inventé, no imaginé nada. Todo era muy extraño y secreto, y también no dejé de notar la presencia de un algo raro y maligno en ese hombre. y mi esposo le tenía mucho respeto y aprecio, pero no me hablaba gran cosa de él ni de los demás. Y cada vez que le preguntaba por las misteriosas reuniones se crispaba. Es verdad. Y luego sufría esos cambios inexplicables de humor y su huida, se alejaba de mí como si hubiera dicho algo hiriente e inapropiado, algo que jamás hice por supuesto. Pero mis preguntas siempre le molestaban. “Tú quieres saberlo todo y debes comprender que eso no es posible” me dijo un día.

Su hermano la escuchó en silencio hasta que habló.

—Era un hombre extraño. Nadie conocía su apellido ni a su familia. No había referencias, pero en el pueblo se rumoreaba que eran gente rara y malvada. Pero nada más. Nada más concreto que habladurías sin sentido.

—Hablar de esto me provoca angustia y temor, quisiera olvidar y...

—Pero él no quiere ser olvidado al parecer.

—No es justo!

—No, no lo es. Pero no habrá paz hasta que este misterio se resuelva.

Valerie sabía que su hermano tenía razón, pero no dijo palabra. Todo el tiempo pensaba que no podía ser verdad, que todo no era más que una conspiración siniestra de un grupo de ser perturbados. La mansión largo tiempo fue deshabitada hasta que apareciera el heredero, un pariente lejano de su marido seguramente pues ella no había podido darle un hijo.

Apartó esos pensamientos y regresó a sus actividades diarias.

Desde su regreso había retomado sus labores de beneficencia y también visitaba a sus parientes y amistades cuando disponía de algún rato libre.

Había regresado al condado cambiada, silenciosa.

Siempre había sido muy reservada con sus asuntos y aún ahora le costaba mucho hablar con su hermano de su matrimonio, lo hacía casi obligada.

En realidad, su labor era escuchar, aconsejar y consolar a sus amigas, pero jamás contaba sus cuitas. No tenía esa debilidad de querer siempre desahogarse, llorar y quejarse como las ocurría a varias de sus amigas.

El matrimonio no era ese cuento de rosas que le habían contado de niña, la historia del príncipe azul que aparecía en los cuentos para rescatar a la damisela en apuros no era más que una fábula. El matrimonio era una dura prueba, bien lo sabía ella y aunque muchas fingieran ser felices era fácil saber cuándo fingían.

Su amiga Polly era quien más sufría.

Peleaba con mucha frecuencia con su esposo, pensaba que era por estar recién casada, pero ella sabía que había algo más.

Ese día fue a verla como había prometido y la encontró abatida y triste.

—O Valerie, olvidé que vendríaís, perdóname—dijo.

Rayos, no era la bienvenida más cálida, pero al verla sin arreglar, con el cabello suelto y en desorden y un vestido mañanero cuando era media tarde se alarmó.

—Beth, ¿qué sucede? —le preguntó cuándo estuvieron a solas en su buhardilla, en el corazón del jardín, a solas y sin que nadie pudiera oírlas pensó que le diría la verdad, pero su amiga la miró vacilante.

—Pues creo que no estoy hecha para el matrimonio. No es para mí y me angustia porque he peleado con mi esposo y él dijo que no hay escapatoria posible.

—¿Qué no hay escapatoria?

Su amiga asintió con tristeza.

—El matrimonio es para toda la vida, eso quiso decirme y se marchó. —sus ojos la miraron con angustia.

—¿Qué sucede? ¿por qué estás tan triste, Beth? ¿Es que no pueden dejar de reñir ni una vez? Ya no son críos.

—Es verdad. No lo somos. Pero él siempre está enfadado conmigo. Tal vez tenga otra mujer.

Valerie no podía creerlo.

—Pero hace sólo unos meses que os habéis casado, no puede ser. ¿Qué clase de hombre malvado haría eso?

—No habléis así de mi esposo, él no es malvado. Además, es más común de lo que creéis. Y para mí sería un alivio, por cierto.

—Beth, realmente dudo mucho que sea tan común y que digáis que es un alivio me sorprende mucho más.

—Pues no debería, al fin y al cabo, habéis estado casada.

—Sí, pero mi esposo jamás me engañó.

Su amiga la miró incrédula.

—¿Y cómo estáis tan segura de eso?

Valerie la miró mortificada.

—No era esa clase de hombre.

—Oh vamos, despierta, los hombres son así, no pueden estar sin una mujer, lo sé bien. Necesitan satisfacer ese instinto salvaje que llevan en su interior. Sabes a que me refiero.

Valerie se sonrojó, no podía creer que su amiga mencionara un asunto tan privado, pero molesta dijo que si tenía una esposa no necesitaba buscarse una amante.

Beth se sonrojó.

—Lo hacen cuando su esposa no es suficiente para ellos, cuando ellas se niegan a ese apasionado abrazo. Sabes de lo que hablo. Yo no soporto que me toque—se quejó con desesperación y miedo. como si la intimidad fuera algo horrible y desagradable.

Valerie en cambio pensaba que la intimidad era algo maravilloso, su experiencia mientras estuvo casada fue dulce, su esposo era un hombre muy dulce y tierno en la intimidad, tan suave, jamás la obligó ni tampoco era de esos granujas que buscaba compañía femenina en otra parte. Su madre le había advertido que una esposa renuente ahuyentaba al marido más devoto, sabía bien cuál era su deber como esposa y compañera, se esmeraba en ser la esposa perfecta pero no era necesario para ella esforzarse, era una mujer distinta a las demás. Deseaba ser suya, lo amaba tanto, estaba loca por él y jamás habría dicho que la intimidad era un tormento como acababa de declarar su amiga.

—No lo entiendo, Beth. Sabías qué esperar antes de tu boda, supongo que sabías que ...

—Sí, claro que sabía, pero es distinto cuando te lo cuentan que cuando sucede...

—Pero tú lo quieres verdad?

Ella asintió con un gesto.

—Lo amo, es mi esposo y me atormenta que no...

De pronto le confesó entre lágrimas que para ella la intimidad era algo incómodo y doloroso y que la avergonzaba decírselo a un doctor y buscar una solución como sugería su esposo a veces.

Valerie no podía entender qué pasaba entre ambos. ¿Acaso el marido de su amiga era tan bruto e inexperto? Los hombres sabían cómo hacerle el amor a una mujer, se entrenaban para eso mucho antes de casarse teniendo aventuras con otra clase de mujer por supuesto. Pero tal vez no todos lo hacían...

—Ten paciencia, Beth, al comienzo es difícil para una mujer adaptarse a la intimidad, pero con el tiempo te acostumbras a ello.

¿Qué otra cosa podía decirle? Debía darle ánimo en vez de aconsejarle que viera a un médico. No creía que fuera necesario, además.

—Eso me ha dicho mi prima, que luego será distinto, pero no lo sé. Creo que hay algo malo en mí, pues a mis amigas nunca les pasó esto. Nadie me entiende, nadie saber por qué es algo tan incómodo. La intimidad es un tormento para mí. Es muy doloroso y por más que lo intento no...

—Es porque debes sentirte abrumada y nerviosa. ¿Has probado beber algún té para los nervios?

Beth la miró sorprendida.

—No lo había pensado, pero es que él me riñe y se enoja si me niego a sus brazos. Y peleamos y luego todo sigue peor.

—Pues intenta beber algún calmante. Hazlo por favor. Y dile que sea más delicado, que vaya sin prisa.

Beth asintió.

—¿Acaso nunca os pareció algo doloroso e incómodo?

Valerie tragó saliva inquieta. Su noche de bodas había sido algo hermoso y disfrutó de ella como jamás imaginó, estaba muy enamorada de Alan, ¿cómo explicarle eso a Beth?

—No, jamás. Yo adoraba a mi esposo y para mí la intimidad era algo maravilloso. Algo hermoso entre dos personas que se aman.

Su amiga hizo un gesto con el labio expresando su frustración y amargura.

—Si al menos pudiera quedar embarazada me dejaría en paz un tiempo y estaría feliz. Pero no he podido quedar encinta ni una vez.

—Bueno, eso es voluntad de Dios, amiga. Debes pedirle, rogarle que os bendiga con un hijo.

—Eso quisiera, no dejo de pedírselo.

Pero si tenían poca intimidad era improbable.

Ella tampoco había podido darle un hijo a su esposo.

Se despidió de su amiga con cierto pensar, sintiendo que no había podido ayudarla.

Pero al menos evitaba hablar de sí misma y eso era un consuelo.

Llegó el jueves y aguardó impaciente la llegada de su querido amigo sir Francis.

Uno a uno llegaron los invitados, pero ella aguardó impaciente a que llegara él, y aunque de pronto se vio rodeada de caballeros ansiosos de entablar una conversación se apartó con mucha delicadeza.

Sus ojos buscaron a su amigo y se sintió inquieta al ver que tardaba y en vano se esforzaba en disimular la turbación que sentía.

¿Y si acaso había cambiado de parecer?

—Bueno, al parecer vuestro amigo no ha venido. ¿Se habrá asustado? —dijo su hermano al pasar.

Ella lo miró molesta por ese comentario.

Y entonces cuando ya casi perdía las esperanzas lo vio llegar. Muy serio y tan guapo y elegante, pero lo que más la conmovió fue su mirada intensa que apartó luego sin poder evitarlo.

Había ido. Al final... había aceptado asistir a esa tertulia y velada sobre el espiritualismo.

Valerie no se sentía especialmente tentada de participar de esto último y pensó que se retiraría cuando fuera el momento oportuno, antes que las historias espeluznantes de los caballeros llenaran el salón con sus ecos fantasmales.

Demasiado tiempo había vivido con su esposo afecto a esas historias para no temer atraer su maligna presencia, demasiado había pensado en su extraña muerte y en las palabras que dijo antes de despedirse. “Vini, vidi, e vinci”. (Vine, vi y vencí) las palabras de un emperador que no parecían tener significado alguno en su lecho de muerte.

Alejó esos pensamientos y conversó un momento con su amigo.

Era su deseo alentarle para propiciar que le hablara de sus sentimientos o al menos le diera esperanzas. Se preguntaba si eso sería posible.

—Cómo ha estado señorita Valerie? —le preguntó.

—Bien. He estado atareada realizando algunas labores de beneficencia y también... he aprovechado para poner al día mi correspondencia.

Él sonrió y recorrieron juntos el salón hasta que un caballero inoportuno lo apartó de su compañía y así fue en casi el resto de la velada.

Valerie observaba desconsolada a su amor pensando que esa noche no podría ser y punto. Una vez más perdería la oportunidad de propiciar un encuentro y una confesión amorosa.

Sabía que sir Francis era muy tímido, pero ella lo amaba tanto y no quería dejarlo escapar.

Era un hombre tan bueno y de eso nadie tenía dudas por supuesto, había hecho muchas averiguaciones en el condado.

Su hermano la miró a la distancia con una sonrisa burlona como si adivinara su perplejidad y frustración. Pues cada vez que él intentaba acercarse alguien lo alejaba.

—Es un mal presagio hermanita, es algo que no puede ser al parecer—le dijo burlón mientras servían una copa de vino francés en el salón y ella se apoderaba de la primera copa que llegaba a sus manos.

Miró a su hermano furiosa cuando hizo ese comentario, pero diablos, que no pudo ser más atinado. Era como si un algo invisible los separara.

—Y en cambio tenéis un montón de señores aguardando a que le enviéis una débil señal para acercarse, la más mínima señal y seguro que caerían rendidos a vuestros pies.

—Pues deja ya de decir tantas tonterías, Alan. Van a oíros y pensarán que soy una debutante desesperada.

Su hermano sonrió con picardía.

—Quizás sea verdad—se aventuró a decirle antes de alejarse demasiado rápido para que pudiera responderle.

Valerie se bebió la copa y comió un bocadito con cierta voracidad. No era una joven glotona a menos que estuviera atacada de los nervios, como en esos momentos.

Llevaba meses esperando una palabra, una señal de que todo no era más que una ilusión amorosa para ella, meses de amarga paciencia y espera y ahora al parecer esa noche volvería a ocurrir. Él se despediría de ella gentilmente y luego, sólo quedaría esperar a que le hablara un día...

La velada transcurrió lánguida y extraña, con algunas conversaciones interesantes de varios caballeros eruditos y notables, pudo saludar y conversar un momento con dos viejas amigas, pero eso fue todo. era una concurrencia mayoritariamente masculina y muchos de sus

enamorados estaban allí, expectantes, amables y conversadores y ella deseaba escapar de todos ellos sin dejar de ser cortés, por supuesto.

Pero no estaba interesada en sus galanteos ni en su conversación.

Miraba con añoranza a su amigo Francis, estaba cada vez más lejos de ella.

Hasta que sin darse cuenta la velada terrorífica de espiritualistas comenzó.

Su hermano invitó a los presentes a dirigirse a la sala de música, preparada con antelación para ese fin. Lo había visto de lejos pero su hermano Alan, amante del teatro en todo sentido le impidió ver la sala terminada. Nadie podía verla, era una sorpresa.

Valerie supo que era el momento de marcharse, no quería estar cerca de ese par de brujos que disfrutaban enormemente comunicándose con las criaturas impías del otro mundo sin discriminar si hacían aparecer a un simple fantasma o a un demonio del infierno.

En el pasado había presenciado lo que esos hermanos eran capaces de hacer. Antes de fugarse con su enamorado le dijeron que una sombra seguía sus pasos y otras tonterías que la dejaron temblando y con horribles pesadillas.

No quería ni verlos. Porque además sabía que preparaban algo muy gordo. Ellos se dedicaban al tema espiritualista como si fuera un negocio, personas muy ilustres y hasta inteligentes requerían sus servicios luego de perder un ser querido.

Tenían poderes para hablar con los muertos, para invocar cosas del más allá ella lo sabía bien y no dudaba de sus talentos, pero la asustaba y cuando los vio acercarse, a los hermanos mellizos Samuel y Darius Stevenson, no pudo evitar estremecerse.

Los había visto en pocas ocasiones y prefería que así fuera, eran tan extraños. Jóvenes mellizos, tan idénticos que era imposible distinguirles si uno no era un observador nato. Ella había aprendido a distinguir a Samuel por un lunar que tenía justo en su mejilla, pero en cuanto a gestos y la voz eran idénticos. Si se vestían igual nadie podría saber con certeza quien era uno y el otro.

Ellos la miraron a la distancia y se acercaron a saludarla. Eran muy amigos de su hermano,

pero no por su afición a lo oscuro, sino porque eran coleccionistas de libros raros y le habían vendido bonitos ejemplares a Alan en el pasado.

—Buenas noches señorita Valerie. Es un placer encontrarla aquí—dijo el mayor. Samuel.

Ella los saludó y vaciló.

—Por favor, debe acompañarnos esta noche. Sería un honor contar con la dama más hermosa del condado.

Oh cuanta galantería. La hicieron sonrojar como una boba mientras murmuraba una palabra de agradecimiento a la invitación.

Pensó que no aceptaría por supuesto, lo pensó tanto, pero entonces se le acercó Francis y le preguntó si podía acompañarla al salón de música.

Oh, ¿cómo negarse?

—Por supuesto—balbuceó.

Los hermanos vieron ese gesto y se sonrieron. Se había delatado y eso por una extraña razón les hacía gracia.

Entonces vio al extraño hombre que estaba con ellos.

Conocía esos ojos negros y malignos, las pobladas cejas y la barba oscura.

Tenía un nombre muy raro y sospechaba que era de esos lugares áridos y desérticos de la India. Su ropa sin embargo era moderna, aunque de haber llevado turbante y túnica no le habría sorprendido pues algunos coterráneos lo hacían sin importarles nada llamar la atención con su raro atuendo.

—El señor Shamalyne.

Los ojos del extranjero la miraron con avidez y algo más que no pudo entender, incómoda murmuró un saludo y se alejó, pero los ojos del hombre la siguieron en todo momento.

Era uno de los brujos que los hermanos llevaban a sus reuniones de espíritus. Así que

supuso que o ese invocaba espíritus o era capaz de hablar con los muertos. Ambas habilidades nefastas para ella. sintió que se le ponía la piel de gallina.

Y cuando vio el resultado del salón de música convertido en una mini sala de mansión embrujada, todo negro con mesas cubiertas de mantos de terciopelo negro y cruces, y otros símbolos extraños tembló.

Los retratos habían desaparecido y todo era como un maldito circo montado para causar impresión a los presentes.

Rayos, es sólo un espectáculo de magia y superstición. Algo montado por ese par de tunantes que se están haciendo ricos con su negocio novedoso—pensó Valerie nerviosa mientras miraba a su alrededor inquieta.

—Qué sucede? Parece que ha visto un fantasma, señorita—dijo Francis.

Ella trató de disimular.

—Es que estas cosas me asuntan, sir Francis.

—La asustan? Son tonterías, señorita. No creo en esto... he presenciado cómo esos adivinos que están tan de moda ahora estafan a incautos fingiendo llamar a los espíritus, aunque no puedo decir nada de los mellizos Storm pues son muy apreciados en este condado y dicen que han nacido con el don de la clarividencia.

—Sí, eso he oído. Yo no nací aquí así que no puedo darle mi opinión al respecto.

De pronto vio al indio mirándola a la distancia, su mirada fuerte y oscura le provocó un sobresalto.

Francis notó la mirada del caballero y lo miró ceñudo.

—¿Conoce a ese extraño hombre, señorita?

La joven lo negó.

—Nunca lo había visto.

—Pues se comporta como si la conociera de siempre. A lo mejor en su país los caballeros no son tan educados como aquí—señaló.

Valerie sonrió.

—Tiene una mirada muy extraña y desagradable, me provoca escalofríos—dijo luego.

Él sostuvo su mirada y tomó su mano.

—Es verdad. Es un sujeto raro y desagradable, pero como los de su raza sabe apreciar la belleza en una mujer.

Ese cumplido la hizo sonrojar. La había llamado hermosa. Y lo hizo con tanta naturalidad.

La sesión comenzó y ambos se acercaron para sentarse y presenciar la función, como si de una obra teatral se tratase.

Los hermanos Storm se acercaron y pidieron algún voluntario que quisiera comunicarse con algún ser querido.

Se hizo un rumor de fondo, muchos se miraron y vacilaron. Pero no tardaron en acercarse y en lo alto de la tarima se sentó un grupo de damas y caballeros para buscar una conexión con sus seres queridos.

A Valerie le asustó cuando uno de los mellizos habló con voz extraña para comunicarse con el espíritu de una niña fallecida hacía meses mientras tocaba un pañuelo para sentir la energía de esa criatura en vida. O eso dijo...

Eran muy convincentes, pero ella dudaba.

Sin embargo, no tardó en sentirse un ambiente denso y extraño alrededor. Como si realmente seres del otro mundo estuvieran allí expectantes, rodeándoles.

Se hizo un silencio sepulcral mientras los mellizos hablaban y trasmitían un mensaje de la niña muerta.

Valerie miró a su amigo nerviosa. No le agradaba todo eso y sólo había aceptado asistir

porque él se lo había pedido.

—¿Cree que todo esto sea verdad? —le preguntó él de repente.

—Pues le confieso que no sé qué pensar. No me agrada, me provoca escalofríos, es la verdad.

—¿La asustan los fantasmas, señorita Valerie?

Ella asintió, pero no dijo más.

Quería quedarse y que no viera lo asustada que estaba.

De pronto entró en escena el hombre de mirada oscura y maligna, Shamelyn.

La jovencita se preguntó cuál sería su talento y no tardó en saberlo. Tenía el poder de la adivinación y la clarividencia. Podía ver el futuro de forma certera y leer en el rostro secretos.

Las damas presentes se mostraron muy interesadas. Y al parecer el poder era auténtico.

—Ha de ser mentira—murmuró Valerie nada convencida.

Y como si él la hubiera oído a pesar de la distancia pues la miró con fijeza y la invitó a subir a la estrada.

—Señorita, déjeme demostrarle que no soy un farsante. Usted no cree en mí y no tiene por qué hacerlo. Sin embargo, le diré que sé leer secretos y sólo se lo diré a usted personalmente pues soy en extremo discreto.

Valerie se sintió muy violenta pues todos la miraron y ella odiaba llamar la atención y quedar en evidencia.

—Se lo agradezco, pero no creo que pueda ayudarme. No soy una joven que guarde secretos—le respondió con cierta altivez luego de recuperarse de la sorpresa.

El hombre la miró con una sonrisa.

—Todos guardamos algún pequeño secreto, señorita, nadie está libre de eso. cosas nimias y tan tontas que se sorprendería. Le ruego que acepte mi ofrecimiento y me diga si acaso he

mentido.

La joven se sintió incómoda, por un lado, pero también desafiada. Ese sujeto de mirada impertinente le aseguraba que ella tenía secretos como todos, pues ella le demostraría lo contrario. Era un maldito farsante y no creía en sus poderes. A lo mejor le decía una tontería para convencerla de que sí tenía poderes. Algo universal y tonto como que amaba a un caballero en secreto y cosas así, como le ocurrió hace años cuando se le acercó una gitana en Salisbury.

Forzada tuvo que acercarse al hombre y prestarse para su representación.

—Gracias, señorita Kingston. Por favor, sígame hasta la otra habitación pues nuestra conversación no debe ser oída por nadie más. Si estoy en lo cierto usted sólo dirá a todos que no me he equivocado.

Valerie siguió al extravagante caballero nada convencida. De sólo pensar que tendría que enfrentar su mirada de ese hombre y comparecer ante él se sintió enferma. Mucho menos quería que escudriñara en su mente.

—Por favor, conserve la calma. Sólo veré si tiene algún secreto y usted me diré si no me he equivocado. Si no es verdad me dirá que no es así y yo reconoceré que he fallado.

—Señor Shymalyan, es muy incómodo que trate de encontrar secretos en las personas. Podría encontrar algo nefasto que hiele su sangre o algo tan inocente que cause risa.

El hombre sonrió.

—Es usted una joven lista además de hermosa. ¿Me creería si le confieso que he encontrado horribles secretos que helarían su sangre si se lo contara?

Valerie se puso muy seria.

—¿De veras? ¿Acaso es alguien de aquí?

El adivino no respondió, pensó que no le diría nada.

—No puedo decirle, pero sí he conocido a personas con secretos oscuros y terribles. No

es su caso por supuesto. Usted es una dama dulce y gentil. Y sin embargo tiene un secreto, acaba de decírmelo.

—¿Acabo de decírselo? No le he dicho nada a usted, señor.

—Sí lo hizo, me lo dijeron sus ojos. Y en realidad lo vi cuando fuimos presentados por los hermanos Storm.

Valerie se puso pálida de furia.

—No tengo secretos, ¿qué dice? Nunca he hecho daño a nadie. Cómo se atreve a decir que

...

—Es que no se trata de eso. Nadie aquí sabe que tiene esposo, ¿no es así?

—¿Esposo? Soy viuda, señor Shymalyan.

—Y sin embargo todos la llaman la señorita Kingston.

—Mi esposo murió.

—¿Está segura de eso?

—¿Cómo se atreve a dudar de mis palabras? ¿Acaso ese es el secreto terrible que ha descubierto de mí? Es ridículo. Además, pudo averiguarlo por los hermanos Storm, ellos se enteraron de mi boda en Salisbury.

—Nadie me lo dijo. Yo lo vi. Y también vi una sombra siguiendo sus pasos. Ese maligno espíritu es atraído por su belleza y su luz, señorita Valerie. y está buscándola. Ese ser maligno la busca a usted. Su marido no está muerto como cree, está vivo y vendrá a buscarla.

Ante tan horribles revelaciones la joven se sintió crispada y asustada.

—Lo que dice es horrible y es una aberración pues nadie puede regresar de la muerte, nadie.

—Murió, ¿realmente está segura de eso?

—Por supuesto que sí.

—Sin embargo, él está buscándola, siento su presencia cerca de aquí, esta noche. Tiene un espíritu muy poderoso y maligno. Es muy fuerte y está furioso. ¿Tiene idea por qué lo estaría?

—Oh deje de inventar, ya le dije que mi esposo murió y fue enterrado en la mansión de Blackstones junto a sus ancestros. Hace más de un año. Se llamaba Theodore Warthon. Puede corroborar usted mismo lo que le digo y si su espíritu no tiene descanso no es por mi culpa. Ningún daño le hice a mi marido jamás.

—No la he acusado de eso. el dolor de su esposo puede ser por no poder estar a su lado. ¿No ha leído que el amor es una lanza en el corazón y que amar es morir dos veces sin poder tener descanso?

—Oh no, jamás había escuchado algo tan tétrico sobre el amor, ni creo en sus palabras. No son más que puro cuento. Fantasmas atormentados, secretos que no existen y si cree que saldré a decir a todos que ha develado mi secreto le aseguro que no lo haré.

—No lo haga, pero no me deje como un mentiroso, sabe que es verdad lo que he dicho.

Valerie se alejó molesta pues no quería quedarse un minuto más en esa habitación.

Cuando abandonó la sala notó que su amigo Francis estaba allí alerta, asustado o eso le pareció.

—Señorita Valerie... disculpe. Es que temí que ese caballero. ¿Está usted bien? —le preguntó inquieto.

Ella lo miró alarmada, ¿acaso había oído la conversación?

—Estoy bien, sir Francis. Ese hombre sólo dijo tonterías. Es un farsante.

—Acaso le dijo algo inapropiado? Si es así le ruego que me diga, señorita Valerie.

—No, sólo inventó que había una sombra tras de mí, un ser oscuro. Algo así. Pero no le creí una palabra. Supongo que lo dijo para convencerme de que realmente tenía poderes. A lo mejor les dice eso a todas.

—Os dijo eso?

Valerie tragó saliva y asintió mientras se alejaban, visiblemente nerviosa por lo que había ocurrido.

Quería marcharse, encerrarse en su habitación, estaba muy impresionada por las palabras del adivino, aunque fingiera que no le importaba nada... nada fue dicho al azar. Ese hombre sabía su secreto, supo que no era soltera como decía, pero lo peor fue lo que dijo luego: que su marido estaba vivo. Sintió que se helaba la sangre, a pesar de su enojo que era más fingido para disimular el terror que sentía.

Cuando llegaron al salón quiso regresar a su habitación pues sintió que no quería volver a cruzarse a ese hombre maligno.

—Debo irme, lo siento mucho. Es que no me siento bien ahora—le dijo a su amigo para que no pensara que huía de él.

Sir Francis la miró sorprendido.

—Comprendo señorita. Por favor, permítame acompañarla, se lo ruego.

¿Cómo podía negarse?

Ella sonrió levemente y aceptó pensando en ese secreto que el adivino había mencionado. Alguien más lo sabía, seguramente alguien debió contarle. ¿Acaso su hermano fue capaz de decirle a los hermanos Storm?

Caminaron en silencio por la sala repleta de espectadores, dejaron atrás esa obra tétrica de espiritistas y al llegar al salón principal Valerie se sintió mejor y pensó que era una tontería encerrarse en su habitación y aceptar que ese sujeto arruinara su velada.

—Señor Richmond. Temo que si regreso a mi habitación ahora n podré conciliar el sueño, me siento muy nerviosa y triste —le confesó.

Él la miró sorprendido.

—Quisiera dar un paseo por los jardines, sólo para tomar aire—agregó.

Sir Francis aceptó sin vacilar y Valerie fue por un abrigo.

Sin embargo, mientras caminaban en silencio decidió confesarle la verdad a su enamorado. Si acaso él perdía interés en ella luego de saberlo... era una tontería, pero debía decírselo. Quizás fuera importante para él.

—Sir Francis, debo contarle algo y espero que eso no mengue su amistad y afecto por mí —declaró.

—Oh desde el luego que no... ¿Por qué lo dice señorita?

—Pues verá, ese caballero me dijo algo muy perturbador, sobre un secreto.

Ahora él la miró sorprendido, intrigado.

—¿Un secreto?

Ella asintió y tragó saliva.

—Nadie aquí lo sabe, pero he estado casada antes, por dos años con un caballero que mis padres desaprobaban. No soy la señorita Kingston como creía, pero no me agrada que me llamen señora pues tampoco tengo esposo ahora. Él falleció hace tiempo.

Para el caballero fue toda una revelación.

—Señorita, ¿por qué eso debería atormentarla? No es un secreto. Simplemente evité mencionarlo.

No sabía por qué había evitado decirlo, era extraño.

—Lo siento, es que mi matrimonio causó un gran disgusto a mis padres y mi madre falleció tiempo después, cuando hui con Theodore desafiando toda prudencia y racionalidad.

—¿Sus padres no lo aprobaban? ¿Por qué?

—No lo conocían ni a él ni a su familia, dudaban de sus intenciones y pensaban que era un seductor malvado. Yo era muy joven entonces, tan ingenua y no sé por qué, creí estar tan

enamorada, y luego... Mi matrimonio no fue feliz como esperaba y me arrepentí de haber sido tan impulsiva, pero ¿quién no lo es a esa edad en la que se tiene la cabeza y el corazón llenos de vanos sueños de amor? —replicó ella y tragó saliva, no quería hablar de su marido, no lo haría. Sólo debía decirle que había estado casada para saber si eso era importante para sir Francis.

—¿Entonces ese hombre lo mencionó y la hizo sentirse incómoda?

—Así fue... y no es un secreto, solo que, por respeto a la memoria de mi madre, y porque mi boda causó tanto dolor a mi familia decidí no mencionarlo. Mi padre se disgustaría si lo hacía, pero ahora... Siento que debo decírselo.

Él se acercó y la miró y tomó su mano despacio.

—Agradezco su sinceridad, señorita, me siento algo sorprendido, pero eso no afecta en absoluto el afecto sincero que siento por usted y nuestra amistad. Considero que fue cruel lo que hizo ese adivino de pacotilla, pudo saber por algún allegado a su casa que era viuda, dudo que fuera por esos poderes que dice tener y censuro que la llevara a esa habitación para decirle su secreto. Si realmente usted o las personas tienen secretos ese hombre no tiene derecho a escudriñar. Su idea fue muy desafortunada. Y sospecho que lo hizo para tratar de tener alguna ventaja.

—Es verdad, también me sentí muy chocada y no es un secreto del que me avergüence sólo que no quiero recordar el pasado.

Se hizo un silencio algo incómodo y de pronto él la miró con cierta tristeza.

—¿Tanto amaba a ese caballero, señorita Valerie?

Ella asintió con un gesto.

—Pero eso fue antes, no estoy atada a su recuerdo, sólo la culpa de haber sido tan insensata es lo que me atormenta. Nada más.

Su mirada lo decía todo, una vez más sus ojos le decían que ella le interesaba y que tal vez sintiera algo especial.

—No debe sentir culpa, era muy joven entonces. Sólo me pregunto si...

De pronto la tomó entre sus brazos y la besó, la besó como poseído por la pasión largo tiempo contenida. Un beso ardiente y un abrazo apretado que se hizo apretado y fogoso al sentir su respuesta. Pues primero fue ella quien lo miró y se le acercó mirándole suplicante y él sin poder contenerse la besó y ella respondió a su beso al comienzo con timidez, pero luego... el fuego se había encendido, el fuego que compartían que de una chispa podía hacerse un incendio.

—Lo siento, señorita, pero creo que la amo, la amo y quiero que sea mi esposa un día, por favor... aunque sólo sea un sueño para mí no crea que la he besado siguiendo el impulso de un deseo encendido, fue más que eso.

Sus palabras le provocaron una emoción intensa. Una emoción tan grande que lloró y lo abrazó y volvieron a besarse aprovechando la soledad y la intimidad de los jardines.

—Oh sir Francis... siento lo mismo que usted. Pero sé que no es un capricho ni es el impulso de la juventud y la ingenuidad...

Él la besó y luego la miró con pena y vacilación.

—No soy digno de pedirle que sea mi esposa, pero... —dijo y entonces se arrodilló y se lo pidió.

—Me haría tan feliz, pero... sé que no soy el pretendiente que su familia espera para usted señorita. Mi fortuna ha menguado y tengo un señorío empobrecido lleno de dificultades. Es suyo, todo lo sería, mi vida y mi corazón y mi amor... si me acepta. Pero temo que su padre no verá con buenos ojos que me convierta en su esposo, lo temo.

—No lo diga por favor, no piense eso. No busco un buen partido, sólo un hombre bueno que me ame y esté dispuesto a hacerme su esposa, creo que me he enamorado de un imposible y todo este tiempo esperaba una palabra, alguna esperanza.

Los enamorados se abrazaron, se besaron, felices de haber aclarado todas sus dudas. Pero todavía faltaba la aprobación de su familia.

—No me importa si se oponen. Ya no soy una niña y no necesito su permiso para casarme —declaró.

Lo necesitaba pues sólo tenía veintiún años. pero no le importó.

—Señorita Valerie, sea sensata. No cause más disgustos a su padre. Si no aprueban nuestra boda deberé marcharme, pero no quiero causar más dolor a su familia.

—No lo haré. Pero no permitiré que arruinen mi felicidad. Quiero ser su esposa y no se preocupe, hablaré con mi padre y le convenceré. Alan me ayudará.

—Es mi deseo. Pero no espero que me aprueben. No podría darle la vida que usted se merece señorita.

Ella lo envolvió con su calidez y su radiante belleza de ángel, Francis cayó rendido a sus pies y pensó que esa era la noche más feliz de su vida. Cuando tuvo el coraje de hablarle y cuando tuvo la dicha y la certeza de que sus sentimientos eran correspondidos.

No pensó que había estado casada, si para ella él era un mal recuerdo, si lo amó, pero ya no lo amaba, ¿qué importaba?

—Quizás su familia no me acepte por ser viuda—dijo de pronto.

—No lo permitiré... Eso no pasará, se lo aseguro señorita Valerie.

Ella sonrió y él pensó que todo en ella era hermoso, su sonrisa, sus ojos y su voz, cada rincón de su cuerpo y tembló al sentir en su interior cuánto la amaba y cuánto deseaba que fuera suya.

Y arrastrado por el amor que sentía y ese deseo que lo consumía le dijo que hablaría con su padre esa misma noche si ella se lo permitía.

—Esta noche no sería oportuno, mi padre está muy entretenido con el show de los farsantes espiritistas, mañana temprano por favor, si lo desea, sería lo más prudente. O en la tarde pues seguramente despertará cerca del mediodía.

—En la tarde entonces.

Él lo aceptó y luego de conversar un momento se despidieron.

Valerie sintió que no podría dormir esa noche. Era tan feliz. Parecía un milagro, había pasado, la había besado y le había dicho cuánto la amaba. Se moría por hacerle el amor, por convertirla en su esposa... se sonrojó al recordar sus besos, ya no era esa debutante tímida que todos creían tonta, era una mujer y sabía lo que quería encontrar en un esposo y él era todo cuanto había soñado.

Sin embargo, al día siguiente no se sintió tan segura de que su padre viera con buenos ojos su boda con sir Francis.

Debía preparar el terreno, hablar con él antes de que él fuera a pedir su mano.

Al día siguiente como esperaba su padre y hermano se levantaron muy tarde y no pudo verles hasta el mediodía.

Su padre estaba cansado y hasta malhumorado lo que hizo que guardara silencio, en cambio su hermano estaba de mejor humor.

De pronto la miró con una sonrisa.

—Os marchasteis en lo mejor de la velada—la acusó.

Valerie se sonrojó. ¿Acaso su hermano había estado espiándola?

—No me agradan las veladas de espiritismo y lo sabéis, me quedé sólo un rato porque...

—Porque querías ver a vuestro festejante—puntualizó su hermano.

Su padre se alejó porque el mayordomo le avisó que tenía una visita.

Valerie lo vio irse y tembló. ¿Acaso su enamorado había decidido ir antes?

—Qué sucede hermanita? Os pusisteis pálida. ¿Pasó algo anoche que deba saber?

Valerie se sonrojó al ser interrogada por su hermano.

—Sir Francis Richmond... él me ha pedido matrimonio, Alan. Por favor, habla con nuestro padre.

—¿Os pidió matrimonio? Vaya. Se animó a hacerlo. Por eso estabais tan nerviosa ayer.

—No os burléis de mí.

—Es que no lo hago. Pero tengo mis reservas al respecto. Ese joven es poco para ti, Valerie. Habéis tenido pretendientes más importantes que ese, hombres ricos y solteros que darían todo por llamar vuestra tu atención. ¿Por qué él?

Valerie se sonrojó.

—Lo mismo podría preguntarte a ti, por qué de entre tantas jóvenes solteras y guapas tú prefieres continuar soltero.

Su hermano sonrió.

—Porque ninguna es lo suficientemente guapa para atraparme. Para hacerme considerar la idea de abandonar mi soltería. Por eso.

—Bueno, por favor, déjate ya de rodeos. Habla con nuestro padre, haz que acepte a sir Francis. Tú dijiste que esperara a que me hablara, pues ya lo hizo, pero teme ser rechazado.

La expresión de su hermano cambió.

—Nuestro padre esperaba algo mejor para ti, Valerie. El matrimonio no es un simple capricho del corazón, es mucho más que eso. Es la unión de dos familias, de dos fortunas y ese joven no es un buen candidato. Tengo mis reservas y sé que nuestro padre también las tendrá. Dudo que acepte de buenas a primeras.

—Es mi decisión, ya no soy una niña.

—Pero tomasteis una decisión equivocada hace tiempo, y por eso...

—Eso es parte del pasado, por favor, deja ya de culparme por ello.

—No os culpo. Pero debes comprender que esto excede mi capacidad, puedo hablar con

nuestro padre sí, intentar persuadirle, pero él tendrá la última palabra. Él debe tomar su decisión. No os garantizo nada.

—Por favor, tenéis mucha influencia sobre él.

Su hermano calló de repente.

—Y no preguntaréis cómo estuvo la sesión anoche?

—Pues no, no quiero saber, esas cosas me asustan.

—Fue maravilloso. Creo que ese par hará nuevos adeptos ahora.

—Alan, por qué ayudáis a esos dos? Tal vez sean farsantes. El hombre que trajeron era muy raro y desagradable. No dejaba de mirarme.

Su hermano sonrió.

—Todos os miraban, Valerie y ese hombre habló conmigo sobre ti, al final de la velada.

—¿Os habló de mí? Qué atrevido.

—Pues creo que su intención era buena. Vio algo que lo dejó consternado. Una sombra funesta siguiendo vuestros pasos. Él asegura... que vuestro marido está vivo y vendrá a buscarte.

—¡Pamplinas! Se lo ha inventado todo.

—¿Y por qué lo haría? ¿Qué ganaría con eso?

—Pues justificar el poder que tiene.

—No necesita hacerlo. Al contrario, sólo quiso ayudar. ¿Por qué os enoja tanto que lo hiciera?

—Pues porque me aterra que juegue con mis sentimientos, con mis miedos. Él debe saber lo que pasó, alguien debió decirle. ¿Acaso has sido capaz de contarle mi secreto a los hermanos Storm?

Su hermano se ofendió cuando le dijo eso, pero escuchó sorprendido la conversación extraña que había tenido con el adivino hindú.

—Te juro que no dije nada, ¿cómo es que piensas que sería capaz de eso?

—¿Y cómo es que sabe eso, por qué está tan seguro que mi esposo está vivo?

—Tal vez sí tenga poderes. Al parecer muchos quedaron sorprendidos de lo que habló con ellos en privado. Ese hombre es extranjero, es hindú, en su país tienen otras creencias y por eso estudian el alma y esas cosas. Dudo mucho que los hermanos Storm le facilitaran toda esa información.

—¿Y tú crees que tenga poderes?

—No lo sé. Tal vez. Tengo mis reservas, pero sé que hay personas que ven cosas, que tienen el poder de adivinar y ver el futuro. ¿Y si dice la verdad? ¿No lo has pensado? ¿Y si tu marido no murió como crees?

—Mi esposo sí murió y si su fantasma me persigue pues no creo que eso sea gran cosa. ¿No he sabido de ningún espectro que pueda hacer daño a los vivos y tú?

—Yo no creo en fantasmas hermanita, pero sabes que en Blackstones hay un misterio que debes resolver antes de vuestra boda. No querrás que ese fantasma de carne y hueso lo arruine todo de nuevo.

—Eso no pasará, es absurdo que des crédito a la historia de un farsante. Esas personas hacen mucho dinero leyendo el porvenir y también inventando cosas. No creo en su poder.

Valerie pensó que nada la haría perder su buen humor ese día, acababa de lograr que su enamorado le pidiera matrimonio y se casaría con él, aunque tuviera que escaparse como la primera vez. Estaba harta de tener que pedir permiso para algo tan importante como era el matrimonio. ¿Por qué no podía escoger ella misma a su marido y por qué necesitaba la aprobación de los demás?

Sir Francis Richmond era un buen hombre, de excelente familia. Era lo opuesto a su primer marido, quizás por eso lo quería tanto.

Ese día le costó mucho conservar la calma.

Los sirvientes estuvieron muy atareados limpiando la escena de teatro y ella los vio a la distancia, fatigados y organizados en grupos para hacerlo más rápido.

Pensó en los funestos vaticinios del adivino y tembló de rabia y desconcierto, fue como un escalofrío. No quería pensar en eso, le hacía daño. Su esposo había muerto y eso nadie podía refutarlo.

Y llena de coraje y pensando en la conversación con su hermano fue a ver a su padre a la biblioteca. Tenía que suavizar el terreno antes de que su amigo querido fuera a pedir su mano.

Su padre no era ese ogro que todos decían, era un hombre bueno y justo, tenía fe en que lo convencería de aceptar a su enamorado.

No fue sencillo hacerlo, seguía temiendo a su madre, aunque en el pasado desafió su autoridad fugándose con quien se convertiría en su marido.

Pero eso era cosa del pasado, no podía vivir para siempre con esa culpa.

Entró en la sala atestada de libros y su padre la miró sorprendido, pero nada asustado, como ella lo estaba por supuesto.

—Pasa Valerie, ¿qué sucede mi niña?

Todavía la llamaba así a veces y se preguntó si realmente creía que todavía era una niña.

—Padre, es que necesitaba hablaros un momento. Espero que no estéis muy ocupado.

Él sonrió y la invitó a sentarse y Valerie lo observó con recelo preguntándose cómo tomaría su padre el saber que había aceptado casarse con sir Francis Richmond sin haberle consultado antes.

—Padre, debo deciros algo. Debo hablaros de mi amistad con el sir Francis.

Él la escuchó muy atento, pero ya no sonreía y cuando finalmente le confesó que estaba enamorada de ese caballero se crispó. Su mirada cambió y lo vio tensarse.

—Pero Valerie, ese joven es muy poco para ti—le dijo al fin muy serio.

—Padre, por favor. Os ruego que reconsideréis su familia y posición y que es un joven bueno.

—De eso no tengo dudas. La familia Richmond es una de más antiguas y aristocráticas del condado. No hay ni sombra de escándalo ni tampoco aficiones al juego ni nada, pero... sin embargo tengo ciertos reparos a que ese caballero pida tu mano como dices que lo hará este día.

—Padre, por favor. No lo rechazéis sin más.

—Pues me ha tomado por sorpresa, me sorprende y ciertamente que no esperaba que esa amistad con ese joven fuera algo mucho más profundo. ¿Realmente estáis segura de que queréis casaros con ese hombre? No lo conocéis demasiado y además... ¿Ese caballero sabe que sois viuda?

—Se lo he dicho anoche padre y él se me declaró y dijo que no le importaba eso. me ama y yo también lo amo, por favor.

—Pero ese joven no tiene una finca próspera, parece necesitar urgentemente una rica heredera.

—Padre, por favor. No creeréis que él es esa clase de hombre frío y malvado.

—No lo pienso, mi querida niña, pero me doy cuenta de que es un matrimonio desigual. Si te casas con ese caballero pasarás estrecheces, no sólo tú, vuestros hijos y eso me inquieta. Os daré una dote, pero no será para vuestro marido, será para vos y vuestros hijos.

—Padre.

—Es lo que haré si insistís en casaros con él, si realmente queréis seguir adelante con esto. A lo mejor lo queréis pensar con más calma.

—Padre, no me importa que él no sea rico como otros caballeros, no soy una dama frívola que sólo piensa en el vestido nuevo que se pondrá mañana. Vos me conocéis.

—Y porque os conozco temo que luego lamentéis esta decisión. El amor es muy bonito, pero me temo que no es suficiente para hacer un buen matrimonio y no tengo nada que objetar de

ese joven, al contrario, me ha causado una buena impresión, pero pienso que podías escoger a alguien mejor. Con mejor fortuna. Sé que no es agradable hablar de esto, pero es necesario.

—Padre, por favor. Ya os dije que no me importa. Sir Francis es como mi alma gemela, creo que nunca había sentido algo así por un hombre.

Su padre la miró.

—Excepto por tu esposo, supongo.

La mención de Theodore la crispó, no pudo evitarlo.

—Es distinto.

—Dijiste que nunca amarías a un hombre como a ese caballero y te quedarías solterona si me negaba a daros mi aprobación.

Valerie se sonrojó.

—Eso fue distinto... Ese hombre no era lo que yo pensaba, me sentí muy desilusionada después por eso... sé que sir Francis no se parece a él.

—Pero todo esto es muy repentino. ¿Cuánto hace que habláis con ese joven, mi niña?

—Cinco meses.

—Es muy poco tiempo.

—Me enamoré de él en cuanto me lo presentaron padre, y tardé algo más en hablarle, al principio tenía recelos. No lo conocía.

Su padre no dijo nada. Parecía sorprendido y vacilaba.

—Está bien, hablaré con el caballero esta tarde Valerie. Pero creo que es precipitado.

Valerie no esperaba que su padre dijera eso.

—Deberéis esperar. Si acaso estáis decidida a casaros... no es correcto que os caséis muy pronto.

—Padre, ¿entonces aprobaréis la boda?

—Primero deseo tener una conversación con sir Francis, mi niña.

Valerie se si sintió tan ilusionada. No podía creerlo y aguardó impaciente la llegada de su enamorado.

Lo único que la hería era pensar que debía esperar. eso no le gustaba ciertamente. Llevaba tanto tiempo esperando y se preguntó si podría, si sería capaz...

Una doncella le avisó entonces de la llegada del joven Francis Richmond.

Valerie sonrió radiante.

Había ido. Entonces, no había cambiado de parecer. Se sintió tan feliz y emocionada que apenas pudo contener sus deseos de ir a espiar para saber los resultados de esa conversación.

Como una debutante, una colegiala, así se sintió entonces. Supuso que era el amor, ese amor que nació sin que se diera cuenta de las charlas y encuentros, que surgió en el instante en que lo vio por primera vez, ese amor era el causante de que se sintiera viva de nuevo y tan feliz. Como no lo había sido en mucho tiempo.

Avanzó hacia la sala lindera con la biblioteca, pero no escuchó la conversación, sólo esperó inquieta que fuera a verla, a hablarle.

En donde estaba sólo se oían unas voces lejanas, pero era imposible saber de qué hablaban.

Hasta que escuchó unos pasos.

Era Francis. Y sin poder evitarlo salió a su encuentro.

Pero no había ido solo, un caballero de cierta edad y noble semblante lo acompañaba. Al verla allí sonrió y se acercó a ella.

—Señorita Valerie, buenas tardes. Le presento a mi amigo y benefactor, sir Richard Gladstone.

La joven sonrió y saludó al amigo de sir Francis. Conversaron un momento y luego él le rogó que lo esperase pues debía acompañar al conde hasta el carruaje.

Este sin embargo se negó a que lo hiciera.

—Puedo ir solo, no soy tan viejo, amigo mío.

Valerie sonrió sin entender por qué Francis había acudido a la mansión con su benefactor.

Él no tardó en explicarle mientras daban un paseo por los jardines.

—¿Habló con mi padre, sir Francis? ¿Qué le dijo él?

El joven se detuvo y tomó sus manos despacio.

—Ha aceptado, señorita Valerie, él me ha dado permiso para cortejarla y desposarla en un plazo no mayor a dos meses.

—¿Dos meses? Oh, pero eso es una eternidad.

Ambos rieron felices.

—El tiempo vuela cuando estoy a su lado señorita, pero sé que le debo esto a la bondad de su padre y también a mi mentor.

—Por qué lo dice?

—Él fue testigo de mi padecimiento, señorita Valerie. Pues jamás pensé que pudiera pedir su mano, ni siquiera concebí ser correspondido en mi amor por usted.

La joven sonrió y los enamorados buscaron un sitio más privado para conversar y poder estar a solas.

Oh, qué bonitas palabras escuchó de su enamorado, qué dulces besos sintió en sus labios y ese abrazo fue... ese abrazo fue un momento tan apasionado, tan inesperado que sintió su corazón latir aceleradamente. Respondió a ese beso sintiendo que dos meses serían un tormento, se moría por hacer el amor con su enamorado y ese deseo tan fuerte la avergonzó un poco, pero no pudo evitarlo, no pudo evitar sentir lo que sentía en esos momentos.

—Dos meses es demasiado tiempo—se quejó entonces y se sonrojó al sentir su mirada.

Él se había dejado llevar por el deseo, pero ahora se sentía algo atormentado por ello.

—Su padre había dicho tres, pero logré convencerlo de pedir una dispensa especial.

—Y cree que la tendrá sir Francis?

—Mi mentor ha dicho que él la conseguirá, tiene amigos que pueden solicitarla con rapidez si usted está dispuesta.

—Oh por supuesto que sí.

La joven se apartó un poco turbada también por su propio arrebató de pasión y él al verla así se disculpó.

—Lo siento mucho, señorita, temo que me he dejado llevar por mis sentimientos, es que la amo tanto.

Valerie sonrió feliz, y luego de charlar de cómo sería su boda y donde vivirían regresaron tomados del brazo a la mansión pues no era prudente despertar habladurías.

Lo mejor sería evitar estar a solas y esperar prudentemente a su noche de bodas como todas las parejas lo hacían.

Al regresar su hermano los miró muy serio.

—Felicidades a los novios, al fin os salisteis con la tuya Valerie. Os casaréis muy pronto.

Valerie se sonrojó incómoda pero su hermano quería felicitar al novio y conversar con él en privado. Hasta lo invitó a ir a una tertulia en casa de sir Ferguson puesto que pronto sería de la familia.

Ella lo vio alejarse con pesar, sentía que él era suyo, le pertenecía y su hermano en su afán de mostrarse amable y cordial le provocaba una vez malestar y desazón.

Luego se dijo que era una tonta.

Debía controlar su genio y temperamento.

Rayos, estaba loca por ese hombre y pensaba que dos meses serían un suplicio.

¿Por qué no podían casarse en una semana o dos, tal vez tres? ¿Por qué esperar tanto?

Era tan feliz que tenía miedo de perderlo todo, miedo de que todo fuera un sueño y algo terrible ocurriera de un momento a otro.

Esa noche apenas pudo conciliar el sueño.

Tenía miedo y estaba enamorada, no dejaba de pensar en Francis y en sus besos.

Su vida cambiaría y estaba deseando que eso pasara, quería abandonar esa casa y recomenzar.

Tenía la oportunidad de hacerlo.

La noticia de su compromiso con el joven Richmond se expandió por el condado como un rayo, de lado a lado y Valerie recibió visitas para saludarla, y algunas cartas de parientes y amigos, todos la felicitaban por su compromiso.

Habían fijado fecha para mediados de otoño y había tanto que hacer.

En vano le dijo a su padre que quería una boda discreta, él quería celebrarlo por todo lo alto.

—Ahora todo será distinto, Valerie. Y es la boda de mi hija, ¿cómo no voy a hacer un gran festejo?

—Pero yo no quiero un gran festejo, algo íntimo. Por favor. No es mi primera boda...

Esas palabras crisparon a su padre, pero no dijo nada, guardó silencio hasta que dijo con pesar:

—Pero es la primera vez que podré llevaros al altar, mi niña. Será una ocasión especial.

Valerie comprendió que su padre tenía razón. Sería la primera vez que se casaría aceptando la voluntad de su familia que afortunadamente aprobaba la boda.

—Francis pedirá una dispensa padre, es que dos meses son demasiado esperar—le confesó luego.

—Pero cariño, pedirá la dispensa para que podáis casaros en dos meses o tres, pues de lo contrario deberíais esperar seis.

Valerie se sintió como una tonta, algo que no ocurría con frecuencia. Y también avergonzada por lo que había dicho pensando que la dispensa era poder casarse antes. ¿Qué pensaría su padre?

—Tenéis mucha prisa, cariño—dijo él sonriendo para sí.

—Lo siento, pensaréis que soy muy impulsiva y atolondrada.

—Pues no pienso eso, no es por eso. algo os inquieta, no es así?

Valerie palideció y temblorosa decidió confesarle la verdad.

—Es que temo que todo esto sea un sueño, padre y que un día despierte y él... él ya no esté aquí y no haya compromiso ni nada.

—Mi niña, deja de pensar esas cosas. Eso no pasará. He aceptado vuestro compromiso y él pidió vuestra mano y ciertamente me ha causado muy buena impresión—respondió su padre.

—¿De veras? Me alegro mucho, padre. Francis es un joven muy bueno.

—Eso también lo he sabido, es muy apreciado en el condado. Sólo he oído palabras lisonjeras sobre él y su familia. Además, el conde ha decidido nombrarle su heredero, eso cambia mucho las cosas.

—Eso es verdad?

—Así es por eso lo acompañó.

—Padre, no era necesario. Sabes que le escogí por su corazón y por ser un hombre bueno de muchas virtudes no por su herencia.

—Es verdad, pero me quedo más tranquilo al saber que es una boda menos dispar que

antes. Y que vuestro futuro marido podrá salvar su mansión y las tierras que recibió al morir su padre. Es lo mejor. Y tuvo suerte al encontrar un benefactor como el conde de Berestford. Es uno de los hombres más ricos del condado y sin embargo a pesar de tener un sobrino y algunos parientes ha decidido dejar su herencia a sir Francis a quien estima como si fuera su hijo.

Valerie se sintió incómoda con esa conversación y se preguntó si acaso su padre no había aceptado adelantar la boda por ese detalle inesperado.

Ella lo prefería pobre y sin mentores ni herencias cuantiosas.

—Padre, ¿y acaso los herederos no podrían intentar invalidar la última voluntad de su tío?

—Podrían intentarlo, pero dudo que pudieran hacer algo. En ese país uno puede dejar la herencia a quien le plazca y desheredar a parientes ambiciosos y desamorados. Nada debéis temer.

Pero su padre no se lo decía sólo por el futuro de la herencia, pensaba en algo más.

—¿Algo os preocupa, Valerie?

Ella no esperaba una pregunta tan directa.

—Ya os dije padre, temo que todo sea un sueño por eso, no me inquieta la herencia ni nada...

—Pues todo es real, no es un sueño. ¿Por qué habría de serlo?

Valerie se quedó tiesa y de pronto su cara se llenó de lágrimas.

—Lo siento padre, es que he vivido mucho tiempo en una pesadilla pensando que estaba teniendo un mal sueño, pues inventé una fantasía, un sueño de amor que nunca existió y ahora temo... Ahora temo despertar y que nada sea verdad.

—Pero hija, ¿por qué tienes pensamientos tan tristes? Nunca antes hablaste de esto, me siento sorprendido. Y muy extrañado. No sé qué decir ni qué pensar. ¿Será que estáis lista para casarte o acaso los fantasmas de tu marido muerto acechan tu mente y te provocan tanto dolor?

—Estoy lista padre, es lo que anhela mi corazón. Quiero un esposo bueno que me ame y cuide siempre de mí. Perdona mi franqueza, pero mi anterior marido no era así, sufrí mucho por haber sido tan impulsiva. Me arrepentí tanto, padre.

—Está bien, no habléis de eso si os causa dolor. Creo que es hora de dejar atrás el pasado.

Lo era por supuesto, pero la angustiaba pensar que todo podía ser un sueño.

Su prometido fue a verla días después para avisarle que tenían una dispensa para casarse en dos meses.

Valerie se desamino al pensar en los días, semanas, en las horas que le quedaban para que llegara su boda. Era demasiado tiempo.

A pesar de estar feliz cuando su prometido se marchó se sintió triste y solitaria. Sintió la angustia al caer la noche y pensar de nuevo que todo podía ser un sueño.

Al día siguiente su hermano la felicitó por el compromiso.

—Mira, acaba de salir en el periódico. Os veis muy guapa—dijo.

Ella lo miró alarmada al ver que decía la verdad que en la página de sociales había un letrero inmenso con su nombre y su fotografía junto a la de su prometido.

Se quedó tiesa al ver eso.

—¿Tú lo hiciste?

—No, no lo hice. Vamos, deja de mirarme como si hubiera cometido un crimen.

—¿Y quién lo hizo entonces?

—Tía Clotilde tal vez, sabes cómo le gusta el cotilleo a esa gallina.

—Oh deja de bromear, no existe ninguna tía Clotilde.

—En todas las familias hay una tía Clotilde que le gusta el cotilleo, parlotear y va con chismes de aquí para allá. Vamos, cambia ese gesto. Te ves realmente enfadada. ¿Lo estáis?

—Sí, lo estoy. Todo esto es demasiado. Detesto estas cosas. ahora vendrán a saludarme, me enviarán cartas, presentes y no deseo que eso pase.

Valerie realmente quedó muy afectada. Nerviosa. No dejaba de mirar el encabezado.

—Oh por Dios, ¿qué sucede? ¿De qué tenéis miedo?

Ella lo miró.

—¿Has averiguado algo de la mansión de Blackstones? —preguntó a su vez.

De nuevo las sombras del pasado, esas sombras que nunca la dejarían en paz, si alguien no lo mencionaba ella misma lo hacía.

—No. Nada. ¿Por qué lo preguntas? Valerie. ¿Tu marido realmente está muerto?

—Oh calla, ¿comenzarás de nuevo con eso?

—Entonces ¿por qué os inquieta tanto todo lo que se refiera a esa mansión?

—Nada me inquieta. Sólo es que quería una boda discreta y ahora todos sabrán que voy a casarme.

—¿Y se supone que eso es algo malo?

Valerie negó con un gesto.

—No, no lo es. Olvídalo.

Alan miró a su hermana y supo que algo le pasaba. Ver su fotografía y el anuncio del periódico la había perturbado mucho. Estaba muy nerviosa y afectada y los días siguientes la notó aún peor.

Algo le pasaba, pero no podía saber qué era.

Si su marido había muerto hacía más de un año qué podía importar que se supiera su compromiso. Nadie sabía que había estado casada antes, en ese condado nadie los conocía demasiado y era mejor así, demasiadas murmuraciones hubo cuando se fugó con ese seductor que le doblaba la edad.

Tuvo la sensación que a pesar del tiempo transcurrido su hermana seguía siendo impulsiva y algo atolondrada.

¿Realmente era una buena idea que se casara con sir Francis?

Su padre le preguntó qué pensaba del asunto días atrás, luego de dar su aprobación de forma casi forzada. Le había pedido que fuera a verlo a la biblioteca para hablar en privado y Alan recordó esa conversación.

Su padre no parecía nada contento con el compromiso, cuando entró en el santuario de la mansión ese lugar donde pasaba horas leyendo un libro antiguo, lo notó francamente abatido y hasta pálido.

—No creo que sea lo mejor para tu hermana, pero no espero que sea lo peor, ciertamente que me parece un joven agradable y de buena familia, sus modales son encantadores, aunque no me dejo engatusar por los modales impecables, bien me conocéis, pero...—dijo sin rodeos poco después.

—¿Qué sucede, padre? ¿Por qué no os agrada sir Francis?

—Me agrada, y no sucede nada con respecto a él, pero sólo pienso que es muy pronto. Y es muy extraño todo esto.

—¿Extraño? Pues todo es extraño tratándose de Valerie, ya lo he comprobado.

Su padre meneó la cabeza, no muy convencido.

—Eso es justamente lo que me preocupa, fue muy rápido. Vuestra hermana pasó meses encerrada en casa, no quería saber de nada con la vida social. Dejó de ver a sus amigas y le costó mucho que hiciera nuevas amistades y buscara a las viejas. Todo eso cambió cuando conoció a este joven y dice estar perdidamente enamorada de él, pero temo que sea un capricho del corazón. Algo a lo que aferrarse para superar su trágica pérdida, pues estuvo muy abatida luego de perder a su esposo.

—Es verdad, pienso que fue precipitado y temo que luego se sienta desencantada. Ese

joven no tiene vida ni parece ser apropiado para convertirse en su marido. Su vida son los caballos, los libros y el mundo intelectual, pero temo que pierda su fortuna en poco tiempo pues no parece tener idea de cómo vigilar a sus administradores. Terminará en la miseria.

—Oh eso no puede pasar, debes aconsejarle en el futuro.

—Lo haré si él me lo permite. No tengo demasiada amistad con sir Richmond. Tampoco me agrada. Es tan distinto al marido anterior de mi hermana que tenía una personalidad tan definida y avasallante. Él parecía más apropiado excepto porque nadie conocía a su familia y eso os dio desconfianza.

—Hijo mío, le doblaba la edad y sedujo a vuestra hermana a mis espaldas, fingiendo estar interesado en mis libros. Sabes que fue muy ruin y que jamás acepté esa boda que comenzó con un rapto. Y no es que me alegre su triste fin, pero... debo reconocer que sir Francis es mucho más adecuado en ese aspecto, parece un joven honesto y leal y dijo estar muy enamorado de Valerie. Pero sigo pensando que todo ha sido muy rápido y que vuestra hermana parece desear más un marido para escapar y que ese es el sentimiento más profundo que tiene.

—¿Crees que desea tener un esposo solo para escapar? ¿De qué querría escapar mi hermana, padre?

Su padre hizo un gesto adusto.

—Del fantasma de su esposo, supongo. De eso quiere escapar. Parece estar muy segura de que quiere casarse con un joven que cree es bueno y leal, honesto, y poco más. Pero ya no es una jovencita, y supongo que busca una oportunidad. Sólo es que temo que se sienta desilusionada al comprender que tal vez ese joven tan bueno sea una compañía aburrida para ella en el futuro. Y si además es tan necio que no tiene idea de cómo asumir las responsabilidades de su futura herencia...

—Bueno, yo lo ayudaré padre, os lo prometo. El matrimonio es un asunto muy serio, pero Valerie quiere casarse y lo ha escogido entre muchos pretendientes prósperos y adecuados para su

linaje. Algo vio en él. Tal vez sí esté enamorada por eso lo ve con otros ojos.

—Eso es lo que temo. Que sea un capricho amoroso y nada más. Deseo lo mejor para vuestra hermana, bien lo sabéis. Y a lo mejor me equivoco al desconfiar por las prisas que tiene Valerie por casarse.

Alan pensó que algo andaba mal en su hermana. ¿Por qué esas prisas? ¿Por qué de repente dijo estar locamente enamorada de sir Francis? Ni siquiera era tan guapo. Ni rico ni tan inteligente para seducir al menos con su astucia.

—Además cree que dos meses es demasiado tiempo, no quiere una gran fiesta y prefiere que todo se realice con discreción—se quejó su padre.

—Bueno, tal vez tenga prisa por dejar atrás el pasado, padre y tantos recuerdos dolorosos—dijo Alan.

Los días pasaron, fríos y otoñales, la primera llegada del otoño fue así. El viento soplaba del norte y había días grises en los que apenas podía dar un paseo.

Valerie contemplaba el paisaje otoñal muy tensa.

Ese tiempo no ayudaba nada, por supuesto.

Pero no era el tiempo, rayos.

Era la sensación de que algo muy malo pasaría, podía sentirlo.

Si algo había aprendido con su loco marido había sido a intuir las desgracias. A sentir que algo muy malo estaba allí escondido esperando para hacerle daño.

Día tras día la sensación de temor aumentaba.

Su prometido la notó extraña ese día.

—Os veis pálida, Valerie. ¿Qué sucede?

Ella lo miró con fijeza.

—Nada. Estoy bien... Es este tiempo. me pone algo triste, ¿sabes?

Recorrieron los jardines y se detuvieron cerca del pabellón de caza.

Valerie dijo que estaba algo cansada y necesitaba sentarse.

Entraron en la casa antigua y pequeña destinada a un antiguo guardabosque que estaba vacía desde hacía tiempo.

Encendieron las velas para iluminar el recinto. A Valerie le gustaba ese lugar, solía quedarse un rato cuando le gustaba estar sola.

Conversaron y ella le contó alguna historia que había oído de ese pabellón de caza.

Él la escuchó sin dejar de mirarla embelesado.

—Una dama que vivió aquí al parecer se encontraba con un enamorado. Hasta que su esposo la descubrió y los mató a ambos...dicen que el fantasma de los enamorados está aquí y que en ciertas noches se escucha el lamento de la joven, como un sollozo ahogado.

—Qué historia tan triste.

—Era un hombre muy cruel, dicen que jamás se arrepintió de lo que hizo ni aun cuando fue llevado a la horca.

Valerie se sonrojó al sentir su mirada. Era tímida pero apasionada y se moría por sentir esos besos tan dulces.

Estaban solos y eso creaba una extraña intimidad.

—Fue muy cruel—opinó sir Francis.

Y de pronto se acercó despacio y le preguntó si podía besarla.

Ella sonrió y lo alentó a continuar respondiendo a ese beso como la dama apasionada que era. Qué dulces eran sus besos. Gimió al sentir que estaba entre sus brazos y la estrechaba.

No era correcto seguir adelante, pero ella lo rodeó con sus brazos y se besaron un poco más.

—Valerie—dijo él atormentado.

Ella se sintió agitada y excitada por sus besos, por ese abrazo apretado que le recordaba mucho a ese otro abrazo lleno de pasión y de intimidad.

Ya no era una colegiala, y echaba mucho de menos el abrazo apasionado de un esposo. Él le había hecho recordar lo hermoso que era compartir la intimidad con el ser amado, ser un solo ser...

—Lo siento mucho, señorita... Disculpe. Creo que debemos regresar.

Valerie se quedó mirándole algo sorprendida de que se alejara de ella, pero comprendió que él también debía sentirse tentado y la deseaba, lo vio en sus ojos y eso lo ponía muy nervioso.

—Sí, debemos regresar—dijo ella bajando la mirada.

Y regresaron en silencio, tomados del brazo.

Valerie no dejaba de pensar lo cerca que había estado de sucumbir a sus brazos y lo mucho que deseaba ser suya para siempre.

Miró con tristeza a la distancia.

Sólo seis semanas la separaban de hacer realidad su sueño de recomenzar, pero ay, qué triste se le hacía la espera, qué triste. Cuánta angustia sentía al pensar que los días y el tiempo se le hacía eterno.

Los días pasaron, fríos y aún más grises y Valerie retomó su antigua costumbre de escribir en su diario. Era una manera de matar el tiempo y la ansiedad que sentía.

No estaba nerviosa por la boda por supuesto, deseaba que llegara el día, pero seguía pensando que era demasiado tiempo que esperar.

Una mañana se encontraba escribiendo en su diario en su salita de contestar la correspondencia cuando su hermano apareció de repente mirándola con desconfianza, como si escondiera algún secreto censurable.

—Valerie, ¿qué escondes allí? —le preguntó sin rodeos.

Ella lo miró molesta.

—Sólo es mi diario íntimo, no escondo nada—replicó.

—¿Escribes un diario? Vaya, no lo sabía.

—Hace tiempo que no escribo nada y pensé que sería bueno hacerlo.

Su hermano sonrió pensando que nunca entendería la costumbre ridícula de las damas de llevar un diario de los sucesos más intrascendentes de sus vidas, a menos que fuera el diario de un viajero, un explorador o un amante de la ciencia que realizaba importantes descubrimientos, ¿qué valor podía tener en comparación el diario de una dama?

Pero por cortesía no lo dijo.

—Bueno, lamento interrumpiros, pero ha llegado la modista con el vestido de novia que habéis encargado y quiere que hagáis una prueba.

La expresión de Valerie se iluminó de repente. Su traje de novia.

—Oh de veras, qué rápido. Al fin... bueno, en realidad se ha tardado.

—Dice que tuvo que ir hasta Londres a buscar la tela y desde entonces ha estado trabajando sin descanso. Ya casi está listo.

Valerie guardó el diario en su escritorio cuidadosamente y luego llevó consigo la llave. Poco le faltó para tragársela. Su hermano vio el mueblecito pequeño y pintoresco pintado de dorado y sintió que tampoco entendía ese capricho, ese mueble desentonaba con la tonalidad pastel de la sala, era la nota discordante, pero Valerie se había encaprichado en conservarlo y ponerlo allí, aunque su presencia fuera un graznido en medio de una melodía diáfana sólo porque había pertenecido a su madre. Ella atesoraba las cosas que le traían buenos o malos recuerdos y nadie podía oponerse a sus deseos. Supuso que se llevaría ese mueblecito a su nueva morada en Dover junto a su marido y también su piano y esos muebles que tanto quería, pero todavía no lo habían conversado.

Se preguntó si en ese diario misterioso estaría la respuesta que buscaba, la razón de los nervios y la angustia que parecía sufrir su hermana día a día y que no tenían una explicación lógica pues se suponía que estaba muy feliz por esa boda.

En la sala de costura Valerie sonrió satisfecha mientras la ayudaban a probarse el vestido de novia. Blanco, blanquísimo con encajes, tules y un escote discreto. Era tan hermoso. Y ella misma lo había diseñado con dibujos luego de ver algunos figurines que le enseñó su modista, la señora Bertha. Era una mujer de mediana edad y ojos despiertos, sus gestos y movimientos les recordaban a unos de esos monos graciosos que había visto en un circo hacía tiempo pues no dejaba de mover la cabeza, de ir para aquí y para allá sin dejar de mirar todo con sus ojos redondos, oscuros y muy brillantes.

Sin embargo, su tesón y constante obsesión por la perfección la hacían crear vestidos únicos. Vestidos que todos creían que lo había adquirido en Londres o en París. Ella copiaba los

modelos de París pues solía decir que allí estaba el buen gusto y la elegancia.

Y Valerie confiaba ciegamente en su buen gusto, la señora Bertha sabía interpretar sus ideas y brindarle un modelo original y elegante.

Allí estaba el resultado. El vestido era una obra maestra y estaba casi listo, cosido a mano en partes y elaborado con todo detalle, sin ninguna falla. Perfecto.

—Es hermoso señora Bosch, gracias... es usted genial.

La modista sonrió agradecida.

Pero todavía quedaban algunos ajustes, pequeños ajustes.

Su mirada cambió cuando se miró en el espejo por última vez.

Algo pasó entonces.

Sintió su nombre envuelto en una brisa helada que entró en la habitación. Su nombre en el viento, y su voz, sabía que era su voz y se alejó del espejo al ver su imagen a través del reflejo.

—¡Theodore! —dijo con voz ahogada y miró aterrada al hombre parado frente a la puerta.

Él sonrió.

—He vuelto hermosa, de la oscuridad y la sombra, del frío y la muerte. He regresado.

Valerie se apartó temblando sintiendo su corazón latir enloquecido mientras miraba aterrada a ese fantasma que volvía de ultratumba a buscarla.

—No puede ser, estabas muerto—balbuceó.

Él sonrió.

—Vaya, ¿entonces no os alegra verme?

—Esto no puede ser verdad, es una pesadilla. ¡Tú no eres mi marido!

—Claro que soy vuestro esposo. ¿Y acaso os vestís con un traje de boda de nuevo?

—Voy a casarme con sir Francis y nadie lo impedirá, ni un fantasma como tú. Alejaos de

mí. No sois más que una horrible quimera.

Cuando se acercó a ella sin dejar de sonreír Valerie corrió con el traje de novia puesto pidiendo ayuda. La modista y sus ayudantes vieron con horror cómo la joven corría de la habitación pidiendo socorro.

—¿Quién era ese sujeto? —preguntó la modista con extrañeza.

Valerie corrió hasta perder el aliento pensando que esa cosa que la seguía no podía ser su marido. ¿Qué horrible sortilegio había hecho para regresar de la muerte? ¿Y cómo diablos la encontró si se fue a la otra punta del país para escapar de él?

—Valerie, ven aquí. No escaparéis de mí esta vez. He hecho un largo viaje para encontrarte—gritó Theodore alcanzándola cuando llegaba a la escalera.

Ella se resistió y gritó pidiendo ayuda mientras observaba aterrada a ese hombre. no podía ser su esposo. No podía ser él.

—Volví preciosa, soy yo. Luego os explicaré ahora ten calma y deja de gritar. Pensarán que os está atacando un gorila de circo por favor.

La joven se puso pálida al comprobar que no mentía. Era él. Su marido. Y hasta se veía más joven y saludable. Como si esa horrible enfermedad que padecía jamás hubiera ocurrido.

—Esto no es verdad... no puede ser—balbuceó.

—Bueno, yo he regresado de la muerte y tú has decidido comprometerte con un respetable lord inglés. Hasta tienes puesto un bonito vestido de novia.

—Voy a casarme con sir Francis porque soy viuda y tú... tú eres un fantasma.

—Pues no, no soy un fantasma y no puedes casarte con nadie porque todavía estás casada conmigo. He venido por ti, Valerie. Y vendréis conmigo, lo queráis o no.

—Esto no puede estar pasando. Has estado engañándome. Me hicisteis creer que había muerto y ahora apareces de repente, un año después. ¿Dónde rayos estabas?

Él no le respondió.

—Ve a cambiarte el vestido y haz tus maletas. Si te niegas a venir conmigo acudiré al alguacil y os vendré a buscar con la policía.

—¿Qué? ¿Acaso os habéis vuelto loco?

Antes de que pudiera responderle llegó su padre y su hermano y presenciaron la escena consternados.

—¿Theodore?

—Sí, soy yo. Soy Theodore. Lamento llegar sin avisar, pero llevo meses buscando a Valerie. Ella me abandonó y le hizo creer a todos que había muerto.

—Eso es mentira. Padre. No le creáis. Él estaba muerto, él murió... esto no puede ser... es una horrible pesadilla. Enterré a mi esposo y este hombre ha de ser un farsante, un estafador que se le parece.

Valerie no pensaba rendirse. No dejaría que ese hombre la dejara como una loca, o una mujer malvada que lo había abandonado y durante más de veinte minutos estuvieron acusándose mutuamente hasta que sir Kingston decidió tomar cartas en el asunto y les rogó a ambos que dejaran de pelear.

Las acusaciones cruzadas sólo despertaron malestar y el señor Kingston se puso en guardia.

—Valerie, por favor, ve a cambiarte. Supongo que llevas puesto el vestido de novia. Ve a cambiarte y descansa. Pediré a tu doncella que te lleve un té caliente para los nervios. Señor Theodore, por favor, libere a mi hija. Ella debe descansar. Está muy alterada, ambos lo están, pero de los dos mi hija es quien más me preocupa.

De mala gala y furioso Theodore la dejó ir.

—Bueno, caballero, acompáñeme. Tenemos que hablar muy seriamente.

—Señor Kingston, ¿no dudará usted de mi palabra? ¿Realmente cree que soy un impostor?

—Bueno, todo esto es muy extraño. Así que le ruego que me acompañe. Al parecer acaba de llegar de viaje, tiene puesto el sobretodo hombre.

—Hice un largo viaje hasta aquí desde Northumbria.

—Oh tan lejos?

—Pues ese siempre fue mi hogar. ¿Su hija no se lo dijo? Vivimos en el lake distrit luego de casarnos.

Luego de casarse sin su consentimiento, por supuesto.

Los tres entraron en la biblioteca.

Alan observó con fijeza al recién llegado. No podía creer lo que había pasado y sin embargo no le sorprendía tanto. Su hermana mintió desde el principio y la cosa debía ser más sencilla de lo que creía su padre, debió abandonar a su esposo y dijo a todos que había muerto. Huyó muy lejos y convenció a su padre de mudarse de Devonshire para que su marido no la encontrara y durante meses permaneció escondida negándose a ver a nadie. Vestía luto riguroso por su esposo, durante seis meses lo llevó. Estuvo abatida, triste y melancólica y algo asustada por momentos.

Pensaba que el fantasma de su marido la perseguía y no tenía descanso. Tuvo pesadillas horribles durante semanas. Y fue muy difícil convencerla de que retomara sus antiguas actividades, que viera de nuevo a sus amistades.

Se habían mudado lejos y allí no tenía amigas además ni tenía interés en hacerlas.

Hasta que conoció a Francis y todo cambió.

Miró con fijeza al recién llegado. ¿Era realmente el oscuro caballero que un día se había robado el corazón de su hermana?

Había algo distinto en ese hombre.

Hasta parecía más joven. El cabello oscuro y unas pocas hebras grises en las sienes, la mirada fiera y oscura, las cejas gruesas.

Como un gitano. O uno de esos franceses arrogantes, antiguos aristócratas. Eso le parecía el señor Warthon.

Hablaba con mucha seguridad.

—Su hija me abandonó, desapareció en realidad y yo estuve mucho tiempo buscándola. Desesperado. Y ocurrió una tragedia. Pensé que había muerto. Encontraron a una joven que se le parecía mucho, era idéntica un día y yo me desesperé. —hizo una pausa mientras ponía cara de tragedia—Y sin embargo algo me decía que Valerie no había muerto.

Esa era la historia que contaba Theodore Warthon. Que Valerie había muerto, o que él creyó que había muerto pero que en realidad lo había abandonado.

Con el tiempo, una de sus doncellas le confesó la verdad.

La señora no era feliz en la mansión. Vivía asustada por los fantasmas que allí había y no podía conciliar el sueño.

Así que decidió abandonar a su marido.

Era una historia verosímil.

Pero no era la historia que había contado Valerie.

Y Sir Edmund Kingston comprendió que allí había gato encerrado.

—Mi hija jamás habría hecho eso. Ella lo amaba mucho a usted. Con locura. Lo recuerdo bien. —dijo alerta.

—Es verdad. Me amaba. Pero también es cierto que la asustaba la mansión de Blackstones. Ella no estaba madura para el matrimonio, era muy joven y por eso... sospecho que a lo mejor hizo eso por un impulso de juventud, por su inexperiencia y que luego... no se atrevió a regresar a mi lado.

—Pero esa no es la historia que mi hija ha contado. —anunció el caballero con mucho orgullo.

—Es la verdad, le he dicho toda la verdad y ahora que he encontrado a mi esposa sana y salva la llevaré de regreso a Cumbria.

—Ha pasado más de un año señor Theodore y Valerie pensaba que había usted muerto. Muy triste estuvo durante ese tiempo.

—¿Acaso Valerie dijo que yo había muerto?

—Lo dijo. ¿Por qué no íbamos a creerle? Conozco muy bien a mi hija y ella sería incapaz de abandonar a su marido.

—Pues lo hizo, sir Edmund. Lo lamento. Lamento tener que darle este disgusto, pero su hija me abandonó y hasta me hizo creer que había muerto. Llevo meses buscándola.

—Un año entero buscándola. ¿Y nunca supo que estaba aquí? Bueno, señor Warthon. Su historia me parece muy extraña, se lo aseguro. Algo descabellada.

—¿Descabellada? ¿Eso cree usted?

—Sí, eso pienso. Pero le ruego que conserve la calma. Esto se resolverá. Me pregunto si... tal vez ella realmente pensó que usted había muerto y por eso se marchó de la mansión.

—Pues estoy vivo, no soy un fantasma. Míreme. ¿Cree que mentiría con algo tan serio?

—Está bien. Deje que hable con mi hija. Ella necesita serenarse. Ha sufrido una fuerte conmoción. Valerie realmente pensaba que usted había muerto. ¿Por qué inventaría algo como eso?

—Pues porque quería abandonarme. Inventó una historia hasta convencerse ella misma de que eso había pasado.

—Bueno, primero debo escuchar lo que mi hija tiene para decir. No sea usted rudo con ella ni pretenda convencerla de marcharse con usted ahora. Necesita unos días para entender lo

que pasó...

—Pues no permitiré que me abandone y se case con otro. He visto los titulares, un amigo mío me avisó que ella iba a casarse. Cuando vi esas fotos en el periódico no podía creerlo.

—Deje que hable con mi hija.

—Hágalo por favor. Espero que pueda persuadirla de volver a Cumbria pues si no lo hace el escándalo será mayúsculo. Todos sabrán que ha mentido y que en verdad la señorita Valerie Kingston está casada y abandonó a su marido.

Era un asunto muy serio. Y realmente él no estaba jugando. Sus amenazas eran reales.

—Por favor hombre, conserve la calma. Estoy seguro de que todo va a solucionarse.

Pero cuando el señor Kingston interrogó a su hija, una hora después ella le contó una historia muy distinta.

—Padre, mi marido murió y yo abandoné la mansión. Los albaceas, los abogados me dieron un legado. Ese hombre no puede ser mi marido. Se ve más joven que él y seguramente es un impostor que quiere apoderarse de su fortuna.

—Valerie, tú tienes contigo algún documento que dé fe que tu marido murió?

Ella lo miró mortificada y fue a buscar.

No tenía ninguna partida ni documento de defunción.

—Y ese abogado que mencionas ¿él tampoco te dio un documento o el testamento?

—El testamento fue leído en presencia de sus familiares.

—Valerie, él dice que tú lo has abandonado, y ha venido a llevarte con él. Es inútil que sigas sosteniendo que murió. Por favor, dime la verdad para que pueda ayudarte.

—Padre por favor, ese hombre miente. ¡Mírame! Fui muy desdichada en mi matrimonio, pero no por eso sería capaz de abandonar a mi marido. Nunca lo haría.

Valerie seguía negando todo.

Ella jamás abandonó a su esposo. Él estaba muerto y fue enterrado en el cementerio de la mansión.

Alan sin embargo tuvo sus dudas.

—Estás segura de eso? A lo mejor vuestro matrimonio era desdichado y decidisteis abandonar a vuestro marido. Decid la verdad, por favor, o no podremos ayudaros.

Ella se sonrojó y lo miró furiosa.

—¿Estáis llamándome mentirosa, Alan? ¿Creéis que sería capaz, que podría hacer algo así? Abandonar a mi esposo. Nunca lo habría hecho. Dejad de acusarme Alan, de desconfiar de mí. No les he mentado, por favor.

—Valerie, por más que tu historia sea cierta. Hay un hombre aquí que dice ser tu marido. ¿qué quieres que hagamos? Si es realmente tu esposo tiene derecho a llevarte con él. Y si va en busca de la policía el escándalo será peor, todo el condado se enterará. Así que mejor será que confieses todo porque no podremos hacer nada por ti si nos mientes.

Valerie lloró y gritó. Estaba desesperada.

—Esto es un horrible sueño del que quisiera despertar—se quejó. —Ese hombre no es mi esposo, no puede ser mi marido, mi marido murió... estuve en su funeral.

—¿Estáis segura de eso?

Su hermana lo miró mortificada.

—Pues esto no es un sueño. Enfrenta tu pesadilla, Valerie, hazlo y deja de mentir. Has estado muy asustada y nerviosa estos meses. Tú no querías que saliera el anuncio de tu compromiso del periódico. Querías una boda discreta ¿verdad? ¿Y qué esperabais? Tú no podías casarte con sir Francis, no puedes casarte con él porque estás casada con ese caballero y en este país sólo la muerte puede librarte de un marido. El abandono no lo resuelve. Si ese hombre es quien dice ser tendrás que regresar a su lado.

—Yo no abandoné a mi marido. No lo hice. Por favor, debes creerme. Padre. Investiga a

ese hombre, pídele pruebas de que es quién dice ser. Se parece mucho a mi marido, pero no puede ser él. Mi esposo murió, yo lo enterré. Estuve presente. Y sabes que nadie regresa de ese lugar oscuro.

—Bueno, si es un impostor será fácil averiguarlo, pero antes debes decirnos el lugar donde fue enterrado y enviaré a mis criados para que investiguen. Por supuesto que le exigiré a ese caballero que me demuestre que es quien dice ser—respondió sir Kingston visiblemente afectado por ese giro inesperado.

Uno de los dos mentía y el caballero no quería pensar que su hija lo había engañado.

Por su parte tenía sus serias dudas sobre el recién llegado, ¿sería realmente el marido de su hija?

Y si lo era... ¿Por qué esperó un año para aparecerse en su casa y reclamarla?

A lo mejor, el verdadero Theodore Warthon había muerto y ese era un impostor, un estafador que se hacía pasar por el verdadero Theodore. Era necesario buscar pruebas. Y hasta que demostrara que era quien decía ser no permitiría que su hija abandonara la mansión.

Qué contrariedad.

La pobrecita había sufrido una crisis nerviosa. Todavía estaba muy alterada.

Cuando ambos abandonaron su habitación el caballero le preguntó a su hijo qué pensaba de todo ese asunto. Este último lo miró alarmado y desconcertado.

—Es todo tan extraño, padre. Pero si es un impostor debemos mantenerle vigilado. Puede intentar robarse algún objeto valioso de la mansión—dijo.

—¿Y si realmente es quien dice ser y tu hermana nos ha mentado? Si eso es verdad hay que tratar este asunto con máxima discreción y evitar el escándalo.

—No podemos dejar que se lleve a Valerie hasta que todo esto se esclarezca, padre.

—Supongo que no, pero no será sencillo llegar a la verdad, mucho me temo que todo

esto....

Valerie se tendió en su cama y lloró.

Al final lo que más temía había pasado.

Su horrible pesadilla se había hecho realidad.

Que del féretro de su marido se levantaba él para reírse de todos los que pensaron que había muerto.

Como Lázaro.

Su marido era Lázaro.

Sólo que estaba segura que no fue el señor misericordioso quien lo llamó y le gritó: Lázaro, levántate y anda.

Alguien más debió resucitarlo.

Su mente era un torbellino a esa altura, quería gritar, quería llorar, quería correr.

Pero no podía hacer nada de eso.

Debería quedarse y enfrentarse sola a la peor de sus pesadillas.

Si es que no se volvía loca primero.

No dejaba de pensar aterrada en la imagen de su esposo apostado en la puerta mirándola a través del espejo. Había regresado y no era un simple fantasma. Había regresado burlando la muerte y ahora todos pensarían que estaba loca o que lo había abandonado. Nadie creería en su palabra, ni su propia familia... desesperada, escribió una carta a Francis sintiendo que debía contener las lágrimas para que no cayeran sobre el papel.

Qué desgracia. Qué tristeza sintió entonces. Su oportunidad de rehacer su vida y olvidar a Theodore amenazaban con esfumarse. No podría casarse con sir Francis, si acaso demostraba que era realmente su marido...

Sir Edmund Kingston y su hijo hicieron denodados esfuerzos por investigar ese asunto, pero las cosas no iban bien en la mansión.

Su hija Valerie amenazaba con fugarse si la obligaban a regresar junto a su marido muerto (así le llamaba ella) o hasta cometer un horrible pecado si era forzada a volver a su lado.

Estaba desesperada.

Y la visita de su prometido no había mejorado las cosas, al contrario. Ella tenía la absurda idea de fugarse con él para evitar tener que volver con su esposo.

El señor Kingston fue muy firme al decirle a su hija que si él demostraba que era su marido debía acompañarle.

Su yerno fantasma, por su parte permanecía confinado en sus aposentos como un prisionero hasta poder demostrar que era quien decía ser, vigilado noche y día. Sus sirvientes velaban por su bienestar, sus propios sirvientes, los que había llevado a la mansión.

Él aceptó el confinamiento sin demasiadas protestas, seguro de que se demostraría que era quien decía ser.

Pero demostrar su identidad llevaría días y dos sirvientes de confianza viajaron a Cumbria para buscar a un pariente del señor Warthon, o algún documento que testificara que era él. También solicitaron una partida de defunción en la parroquia más cercana. Si había muerto como aseguraba su hija debía haber prueba de ello.

Su historia era bastante extraña, a decir verdad. Rocamblesca.

Pero la de su hija también lo era.

Como si ambos contaran una historia rara para justificar algo.

Mientras aguardaban daban vuelta a ese asunto y conversaban con su hijo mayor.

—¿Y tú a quién le creéis, padre? —le preguntó en un momento.

Sir Kingston miró a su hijo desalentado.

—Es que no lo sé, quiero creerle a mi hija, pero también sé que actuó muy extraño y su compromiso fue como la excusa para escapar de su marido para siempre. Como si supiera que él vendría a buscarla. Pero si descubro que mintió... ella deberá regresar con su marido, aunque eso no le guste.

—Por el escándalo que amenazó con armar?

—Poco me importa ese escándalo ahora, pero si es su esposo... aunque tengo mis dudas. Existe la posibilidad de que sea un impostor. Sus sirvientes son extranjeros, hablan italiano.

—Bueno, él es italiano, padre, ¿lo olvidáis? Un italiano rico y excéntrico que se estableció en Cumbria con sus parientes hace años. ¿qué tendría de raro?

—Nunca me agradó ese hombre, pero ahora es distinto, creo que miente y sabes que lo que pienso de los mentirosos. Siempre fue un embustero. Y jamás supe si tenía dinero, si podía ofrecerle algo a mi hija por eso le prohibí que lo viera. Fingía ser un distinguido y adinerado caballero, pero se sospechaba que desposó a una joven hacía años para robarle la dote, y luego ella murió de forma extraña. Tan infame personajillo no podía convertirse en el marido de vuestra hermana. Y ahora... a lo mejor tu hermana sí huyó de él al enterarse de algo igualmente terrible e infame, algo de lo que se niega a hablar por pudor o por miedo. está muy asustada, muy alterada, la sola presencia de ese hombre le crispa los nervios y no, no quiere ni verlo mucho menos pensar que deberá regresar con él. Podríamos ir a Italia a averiguar sus orígenes, debía hacerlo hace mucho tiempo, pero él se llevó a tu hermana, la robó de nuestra casa como un bandido y quien obra así no puede ser un hombre de bien.

—Si mi hermana mintió pues fue una tonta. Debió decirnos y pedirnos ayuda, en vez de inventarse esa historia de que había muerto. Ahora insiste en decir que es un espectro del infierno, que no es humano para empezar sino una especie de zombi.

Ajena a esa conversación, Valerie volvía a reunirse en secreto con su prometido en los jardines.

—Señorita Valerie...

Francis se impresionó al verla tan pálida. Sabía que estaba sufriendo y no podía hacer nada. ‘Rayos! Era tan injusto. Que ese hombre apareciera después de tanto tiempo.

—Sir Francis, gracias por venir... sé que no es fácil para usted y que duda de toda esta historia, pero... le juro que no le he mentado. Llevo viuda más de un año y durante mucho tiempo estuve triste y abatida, usted me conoció así, ¿lo recuerda?

Él asintió con un gesto y tomó sus manos para besarla.

Su amada era un pálido reflejo de lo que era, estaba pálida y demacrada y en sus ojos había tal tristeza.

Él se había quedado anonadado luego de enterarse del regreso de su esposo a quien todos creyeron muerto, creía en sus palabras, creía en ella ciegamente.

—Señor Francis, debo decirle algo... ese caballero fue encerrado en sus aposentos desde su llegada pues mi padre así lo dispuso. Hasta que se compruebe su identidad. No debe salir de su habitación—dijo entonces su prometida y lo miró desalentada y triste hasta que su mirada cambió.

—Sin embargo, he sentido su presencia merodeando mi habitación, le han visto vagando por la mansión como un fantasma. Aparecer y desaparecer como un malvado espectro. Cuando mi criada me lo confió sentí que se me helaba la sangre. Porque he tenido pesadillas desde su regreso, horribles pesadillas que me despiertan a mitad de la noche. Señor Francis, si alguien me obliga a regresar con ese demonio, yo... yo no querré vivir más.

El caballero se sintió impresionado por sus palabras.

—Oh, no diga eso por favor.

—Es la verdad, moriré si me obligan a regresar a esa mansión encantada de Cumbria. Mi esposo puede ser muy cruel cuando se enoja y sé que ahora está furioso porque nadie cree en su testimonio. Mi padre no tiene buena opinión de él y yo... Y yo pienso que su presencia aquí se debe a un horrible sortilegio, pues a mi esposo enterré un triste día de finales de verano, hace más

de un año. Yo estuve allí, estuve allí cuando el féretro fue depositado en la tierra y el cura dijo una oración. Sé lo que vi, no estoy loca ni me lo inventé. Jamás habría abandonado a mi esposo a pesar de lo cruel que fue conmigo en ocasiones, no lo habría hecho pero su muerte... Oh, le confieso que su muerte fue un alivio para mí. Sentí algo muy raro, como si mi alma entera fuera liberada de un horrible hechizo. Mis pensamientos, mi corazón, todo cambió de repente. Oh, sir Francis, jamás le dije esto a mi familia ni a nadie, pero yo sentí una luz en mi corazón, una paz tan grande, como si algo funesto y terrible que me tuviera apresada durante mucho tiempo al fin me dejara en paz y se fuera, como una tormenta en medio de un día soleado de primavera, una feroz tormenta que llega y lo arruina todo, pero después se va y vuelve la calma y el bienestar. Y hace tiempo que sentía algo muy raro, sentía angustia y desazón sin ninguna causa aparente, fue antes de que él apareciera. Pero jamás creí que fuera por eso. es imposible. Nadie puede regresar de la muerte, sir Francis, pero él sí lo hizo.

Era una historia macabra y extraordinaria. Pero él creía en ella, en sus palabras. Muy cruel debió ser ese marido para que su esposa no sintiera felicidad y alegría al saber que había regresado de la muerte. ¿Y si ese hombre era un espectro del infierno con apariencia humana? ¿Si realizó un conjuro para regresar de la muerte entregando su alma inmortal al diablo?

—Señorita Valerie, por favor. Cálmese. Seguramente ese hombre ha de ser un impostor, un rufián que intenta apoderarse de una hermosa mujer como es usted, luego de suplantar a su marido se ha enterado de que este tenía una esposa guapa y por eso ha venido.

—Tengo mis dudas sobre eso. Desearía pensar que es un malvado impostor, pero sé que es él, lo conozco bien. Y sospecho que realizó un macabro ritual para volver a la vida. Él comenzó a verse más viejo y demacrado y por eso se alejaba de mí, no permitía que lo viera, sir Francis. Se encerraba en sus aposentos con la excusa de que no quería que lo viera así. Yo me desesperé, quería cuidarlo, era mi esposo y a pesar de todo lo quería.

—¿Cuánto tiempo estuvo enfermo?

—Días, semanas... hasta que me avisaron que había muerto.

—¿Quién os avisó?

—Su mejor amigo, el conde D'Alessi, un sujeto extraño y hosco. Estaba muy afectado, disgustado, al igual que sus familiares. Sus primos, que vivían en nuestra casa. Ellos me dieron la triste noticia.

La historia era escalofriante, nadie podía regresar de la muerte a menos que se realizaran conjuros satánicos, magia negra. Pero evitó decir sus pensamientos en voz alta, para sir Francis, eso rituales no eran más que historias que se contaban en una tertulia, mientras hervía una pava y se colaba un viento infernal, ideal para las noches de tormenta, pero no eran más que historias horripilantes. No eran historias reales. No podían ser reales.

Y su preocupación era llevarle calma a su amada, calma y sosiego y no lo conseguiría si daba crédito a esos delirios espeluznantes.

—Señorita Valerie, debemos llegar a la verdad. Ese hombre ha de ser un impostor. Un farsante que busca causar terror y nada más. A lo mejor es un pariente de tu marido que se ha hecho con su herencia.

—Quisiera pensar que eso es verdad. Quisiera creer que es un farsante, pero su voz, era él sólo que ... Creo que se veía más joven.

—¿Y su voz, sus gestos?

Valerie vaciló.

—No estoy segura, sólo lo vi un momento y quedé muy impresionada, muy asustada.

—Entonces puede ser un impostor, debemos asegurarnos.

Tenía razón, pero ay, qué triste se le hacían los días sin Francis, pensando que podía perderlo para siempre.

Y de pronto él le habló de sus mismos temores en voz alta. Como si leyera sus pensamientos.

—Esta historia es siniestra, Valerie, me provoca escalofríos—dijo él—y no quisiera que os quedarais bajo el mismo techo que ese lunático, farsante o lo que sea que sea. Si tu esposo murió ese hombre no puede ser él.

—Mi esposo murió, yo misma estuve presente en su entierro. Te lo juro por la memoria de mi madre, jamás mentiría con algo así. Jamás diría que no es verdad algo tan terrible como eso.

Él la abrazó al ver que lloraba desconsolada pensando que nadie le creía ahora, todos sospechaban de su historia.

—Yo os creo Valerie, os creo. Sois la mujer que amo y que quiero convertir en mi esposa y nada lo impedirá. Llegaré a la verdad de todo esto. Lo haré, os doy mi palabra. Pero no quiero que os quedéis aquí, no mientras este demonio esté bajo este techo.

—Pero no tengo a donde ir. Debo quedarme aquí pues al menos estaré a salvo, mi padre no permitirá que me haga daño ni que me lleve, le ha prohibido acercarse a mí hasta que se compruebe su identidad.

—Aun así, no me siento tranquilo, señorita Valerie. Temo que ese hombre intente hacerle daño. No debería estar aquí en realidad.

Ella también lo temía, pero no dijo nada. Su situación era tan desesperante. Sólo quería pensar que se resolvería ese horrible asunto y podría casarse con sir Francis. Aunque en esos momentos le parecía un imposible.

Regresaron en silencio y de pronto ella le juró que nunca lo olvidaría.

Sus palabras lo emocionaron, pero de pronto pensó con tristeza que parecía una despedida y se desesperó.

—No diga eso, por favor. No lo diga señorita. Es que no quiero que me olvide, se lo ruego.

—Nunca lo haré, usted ha sido un hombre bueno y gentil, de gran corazón y tanta nobleza. Y sólo tengo palabras de gratitud y también tanto amor en mi corazón.

Valerie lloró y se marchó, incapaz de continuar esa conversación y por más que él la siguió, corrió a esconderse, a encerrarse en sus aposentos.

Era el fin y lo sabía.

Pero antes que regresar al lado de ese hombre malvado prefería morir.

Jamás volvería con él. Nunca...

Y cuando regresaba a su habitación lo vio parado como un fantasma maligno, sonriendo como si le diera mucho placer verla desdichada.

Era su esposo por supuesto.

—¿Entonces vino a verte tu enamorado? Vaya. ¿Tan pronto me has olvidado, pequeña? Pensé que me amabas.

Valerie lo miró furiosa y asustada. Al principio no supo qué decir. Luego pensó que su esposo se había escapado de su habitación y la había seguido, la vigilaba.

—Tú estabas muerto, tú moriste—le dijo al fin.

Él no lo negó, la miró con fijeza y se acercó.

—Nadie os creerá, pequeña. Nadie os creería—dijo en voz muy baja.

—Entonces sí ocurrió, tú... estabas muerto.

—En realidad no, no como tú piensas. Sólo muy enfermo. Y tú escapaste porque querías hacerlo, no quisiste quedarte ni un día más en la mansión.

—¿Y el entierro, el funeral?

Él lo negó con un gesto.

—Querida, no hubo ningún funeral. Y todos dijeron que te habías ido muy lejos, que me habías abandonado.

—Porque estabas muerto, ellos dijeron que habías muerto y hasta celebraron un funeral.

—No hubo ningún funeral.

—¿Y el entierro? El féretro.

—Te lo inventaste supongo. Estás algo trastornada, Valerie. Pero tranquila, no diré nada a nadie. No te delataré. Entiendo que estés muy alterada. No ha de ser fácil para ti.

—No, no lo es. Claro que no lo es.

—Pero estoy aquí vivo, como ves. Totalmente curado de mi terrible enfermedad. Cuando todos pensaron que moriría sobreviví y tardé mucho en recuperarme. Y cuando estuve al fin curado quise buscarte. Pero os marchasteis de la mansión ancestral, vuestro padre había vendido la propiedad. Eso lo supe. Os escondíais de mí supongo.

—No me escondí, sólo quise recomenzar y olvidar. No fuisteis bueno conmigo, no fuisteis un buen marido.

—Tal vez no. Tenía asuntos urgentes que resolver, me mantenían alejado de ti, pero eso cambiará ahora, lo prometo.

—No, no cambiará. No os creo una palabra. ¿Cómo sé que no sois un farsante, un impostor?

—¿Y por qué sería un impostor? ¿Crees realmente eso, pequeña? Tú sabes que soy tu esposo. Y he venido a buscarte.

—No volveré contigo, Theodore. No lo haré.

—¿Es por ese joven? ¿Os ha enamorado?

Valerie no respondió, no era necesario.

—Pero no podríais casaros con él. Porque todavía estáis casada conmigo. Y yo estoy vivo, cielo. He regresado y aunque sé que os choca y sorprende, deberéis aceptarlo. Y haceros a la idea.

Pero Valerie no quería eso, quería escapar y corrió a su habitación a encerrarse para que

él no la encontrara.

Era una pesadilla. No podía ser verdad. No pudo inventarse todo. ese funeral, el entierro, ella estuvo allí, ¿cómo pudo imaginarlo todo? ¿Es que ese hombre quería volverla loca?

Una honda depresión la envolvió cuando se metió en la cama esa noche.

Luego se puso a pensar en las palabras de su esposo. Dijo que había estado muy enfermo y tardó meses en sanar. ¿Qué clase de siniestra enfermedad era esa? ¿Realmente estuvo tan enfermo o ...?

Era muy parecido a su esposo, era él, pero tenía sus dudas.

¿Y si era un espectro que había viajado desde el lugar de donde nadie puede regresar?

Sea lo que fuere no pensaba regresar con él.

Días después, el señor Kingston hizo llamar a su hija.

No tenía buenas noticias para ella y ciertamente que le costó mucho decírselo, no sabía cómo hacerlo.

—Lo siento mucho, Valerie. Pero ese caballero no ha mentido. Es vuestro esposo. Aunque eso os pese...

—¿Mi esposo? ¿Pero entonces no encontrasteis ningún registro de su muerte?

—Me temo que no. Todos confirmaron su historia y también dijeron que tú lo habías abandonado luego de una pelea. Que no os llevabais muy bien.

Valerie se movió inquieta de un lado a otro, abrumada por los tristes resultados de la pesquisa.

—Me temo que tendréis que regresar a su lado—dijo su padre.

Ella lo miró con fiereza.

—Pues no lo haré.

—Valerie. Es vuestro marido, no podéis abandonarle. Tenéis que regresar a su lado pues legalmente estáis casada y vuestra boda con sir Francis no puede ser.

—Esto no es verdad. No puede ser verdad.

—Ya os he dicho que lo he investigado a fondo. El caballero no ha mentado. Me temo que no hay más que podamos hacer a menos que tú quieras la separación. Pero si lo haces no podrás volver a casarte.

—No es justo. Todo esto es una historia macabra y horrible.

Por más que dijo que su marido había muerto y así lo creyó su padre no debía creerle. ¿Cómo podía hacerlo si no había ningún registro de su muerte?

No pudo hacer nada.

Pero no perdería las esperanzas.

—Padre... ¿es que no lo veis? Él lo ha arreglado todo. Me ha confesado que estuvo muy enfermo y que luego se curó. Me lo ha dicho. Por favor, debéis creerme. Esto no es natural, no es normal, es un macabro experimento. Si hasta ha regresado más joven.

—Valerie! Escucha, eso que dices es imposible. No puede ser verdad. Debes aceptarlo hija, es tu marido y ha venido por ti y debes regresar a su lado.

Ella no quería por supuesto.

—Padre, no... no puedes pedirme eso. aunque sea de esperar, esto no es natural. Lloré mi esposo, hice duelo por él y ahora... para mí es como si estuviera muerto.

—Pero no lo está, Valerie. Está vivo y acaba de demostrar que es quien dice ser. No puedes hacer las cosas a tu antojo. Eres su esposa y debes regresar a su lado. Lo siento mucho pero ya no puedo ni tengo la voluntad de detenerle.

La joven tuvo que enfrentar lo inevitable. Su esposo estaba vivo y su padre daba fe de que era quien decía ser, que no había engaño. Excepto por un detalle por supuesto: que ella había

enterrado a su marido un día y no lo imaginó, él realmente había muerto y ahora pues estaba vivo. Y tenía que regresar a esa triste y lúgubre mansión abandonando toda esperanza y renunciando para siempre a ese amor.

Qué triste se sintió entonces, qué doloroso fue aceptar que no podía cambiar su suerte sólo aceptarla y esperar que su esposo volviera morirse para poder escapar.

Era absurdo, era una locura. Eso no podía estar pasando. Tenía que buscar la forma, tenía que demostrar que ese hombre no era su marido sino un espectro o un impostor y desesperada se lo dijo a su padre.

—Padre, ¿y si acaso miente y me enviaréis con un impostor?

—Ya os dije que no es un impostor.

—¿Y quién os dio testimonio de que es quien dice ser?

—Los habitantes de la mansión de Cumbria, sus allegados y parientes. Él siempre estuvo allí mientras que tú... tú dijiste que vivíais en otro lugar. ¿Por qué mentisteis Valerie? Ahora comprendo que escapabais de vuestro marido, por eso la discreción, el aislamiento. Hasta me obligasteis a dejar la mansión de Surrey.

—Padre, no es lo que crees.

Pero su padre no le creyó una palabra, ni su hermano, todo encajaba. Ella había mentido, ella los había engañado porque sólo quería abandonar a su esposo. Y en verdad que eso habría tenido más sentido por supuesto.

—Valerie, despierta, esto no puede ser. Debes comprender que cometiste un grave error al abandonar a tu marido, pero tú lo escogisteis y es tu esposo. Y el matrimonio es sagrado y es para toda la vida. ¿Qué pensabais? ¿Engañar a todos y casaros con sir Francis? También a él ibais a engañarlo y vuestro matrimonio sería anulado y hasta podríais ser arrestada por algo tan inmoral.

Ella no dijo nada. Miró a su padre desalentada. Al parecer él la obligaba a volver con su marido, pero no lo haría. No regresaría con ese hombre. él no era su esposo, su esposo estaba

muerto, aunque nadie la creyera.

Tenía que escapar, pedir ayuda...

—Intenta reponerte. No hay otra salida. Si te niegas la policía iría a buscarte y nunca más tendréis sosiego hija, nunca tendréis paz. Viviréis huyendo. Tienes que volver con tu esposo, hija mía, debes hacerlo. intenta cambiar su carácter. Os daré unos días para que arregléis vuestros asuntos.

Valerie miró a su padre aturdida.

—Sí, padre—dijo—pero en verdad que pensaba algo muy distinto. Su mente elaboraba los planes más locos y osados en esos momentos. Su cabeza era como un torbellino, una caldera hirviendo burbujeante.

Abandonó la sala derrotada, sin embargo, pues así se sentía entonces. Derrotada, burlada y vencida. Sólo por el momento. Eso no quedaría así.

¿Cambiar a su esposo, dar todo de sí para que su matrimonio funcione?

Su padre no sabía lo que decía, no tenía idea.

Regresar a Cumbria, a la mansión tenebrosa de la familia Warthon sería como morir. Como renunciar a todo, a su amor y a su propia vida.

No podría soportarlo.

¿Le daría su padre unos días para pensarlo? ¿Para reconciliarse con su esposo?

Él no era su esposo, su esposo estaba muerto, pero nadie le creería. Nadie creería su historia.

Sir Francis fue llamado ese mismo día para hablar en privado con el señor Kingston.

El joven traía pálido semblante, como si adivinara el fin que había tenido la búsqueda, pero no dijo palabra y aguardó inquieto a que el señor de la mansión hablara.

—Lo siento mucho, sir Francis. Temo que no son buenas noticias para usted. No son las noticias que deseaba darle, por supuesto.

Y Francis se enteró de lo que había pasado y con el corazón encogido simplemente no supo qué decir. Se quedó sin aliento, sin palabras mientras oía la historia de la dama que abandonó a su marido y fingió que este había muerto, pues eso dijo, a fin de cuentas. Y esa dama era Valerie, su prometida.

Muy ruin debió ser con su mujer para que ella huyera y se inventara esa historia.

Sin embargo, le resultaba inverosímil. Era una historia muy rara.

—¿Puedo hablar un momento con su hija, sir Kingston? —le pidió entonces.

El caballero vaciló.

—Temo que no podré permitir que siga cortejando a mi hija, ni que la busque. Espero actúe usted como caballero y acepte lo irremediable.

—Por supuesto que lo haré. sólo le ruego que me deje hablar con ella un momento. Deseo despedirme.

El señor parecía reacio a que lo hiciera, como si desconfiara, pero finalmente aceptó.

Sir Francis estaba muy lejos de pensar que esa sería una despedida.

—Aguarde aquí, preguntaré a mi hija si desea verle. Está muy abatida con todo, como puede imaginar.

—Por supuesto, esperaré señor Kingston.

Una espera eterna, llena de pena y amargura.

Ciertamente que no esperaba un resultado tan desastroso. Estaba a punto de casarse con la señorita Valerie, ¿cómo podía simplemente aceptar que ella tenía esposo y que lo había abandonado? ¿Cómo pensar que era fin de todo?

No podía hacerlo.

Se negaba a aceptar ese duro golpe. Se negaba a entender qué diablos había pasado.

Pero en medio de su angustia y dolor, cuando la vio entrar por la puerta de la sala tembló de emoción. La amaba, la amaba como desde el primer día que la vio en los jardines de la mansión de su amigo, el conde de Gladstone. No. La amaba mucho más que entonces pues desde el instante en que la vio supo que quería convertirla en su esposa. Y ahora que estaba a punto de cumplir su sueño...

Apartó esos pensamientos y notó que estaba pálida. Demacrada. Triste.

Se acercó a él avergonzada y trémula.

—Sir Francis... ¿entonces mi padre se lo ha dicho?

Él asintió y tembló al oír su voz, al verla tan mustia.

—Señorita Valerie... quería despedirme de usted y ofrecerle mi sincera amistad en estos momentos.

Ella lo miró sorprendida y apenada por sus palabras.

—Por favor, no crea esa historia, se lo ruego. No es verdad... yo no abandoné a mi esposo, él murió—balbuceó la joven.

—Tranquila. Le creo señorita. Pero su padre me ha prohibido que continúe con nuestra amistad y dijo que usted se irá muy lejos con su esposo.

—No es mi esposo... es un extraño para mí. Y prefiero morir antes que regresar a Cumbria en su compañía.

—Por favor, no diga eso, señorita Valerie. Se lo ruego. No desespere, yo la ayudaré a superar este trance, se lo prometo.

Ella lo miró con lágrimas en los ojos.

—No puede, no puede hacerlo, pero le agradezco que al menos crea en mí pues nadie más en esta casa lo hace. Creen que me lo he inventado todo y que abandoné a mi esposo porque ya no

era feliz.

—Señorita, sé que es muy difícil para usted, pero resista un poco más, se lo pido. Buscaré una salida. La ayudaré, no permitiré que la mentira y el engaño gane la partida. Pues sé que ese hombre no es quien dice ser y lo probaré.

Valerie lo miró sorprendida.

—Pero ¿cómo lo sabe?

—Porque creo en usted, creo en su honestidad. Sé que le costó decirme que había estado casada y que su recuerdo la entristecía. Aguarde mis mensajes, buscaré la forma de comunicarme con usted con mucha discreción. Pero la ayudaré, le doy mi palabra. No permitiré que ese impostor se apodere de una dama inocente.

—Se lo agradezco mucho.

No pudo decirle más, su padre y su hermano estaban en la habitación contigua y temía que escucharan.

Debían despedirse, pero él no quería hacerlo, ninguno quería en realidad.

Sir Francis no se animó a besarla, aunque se moría por hacerlo, se contentó con tomar su mano y mirarla en silencio hasta que susurró su nombre y la promesa de que volvería. Y de pronto sin poder controlar un impulso la envolvió entre sus brazos para sentir su dulzura y suavidad, para sentirla cerca y entonces la besó. Le dio un beso muy suave y fugaz y sin embargo ese beso fue un gran consuelo para ella, fue la esperanza y todo cuanto tenía.

El beso y saber que él creía en su inocencia y estaba dispuesto a ayudarla. Era mucho más de lo que había esperado en esos momentos. Se miraron y no fue necesario decir nada más. Lo más doloroso fue separarse y estar a solas nuevamente. Pensó que no lo conseguiría, que por más que creyera en su inocencia y tratara de desenmascarar a ese ser impío y malvado, no lo lograría.

Y sin embargo quiso aferrarse a la esperanza pues era todo cuanto tenía en esos momentos. La esperanza y la promesa de un beso.

Sir Francis se alejaba de la mansión cuando escuchó que alguien lo llamaba a la distancia.

Se detuvo y vaciló pues pensó que se trataba de ese sujeto que aseguraba ser el marido y se tensó, lleno de rabia.

Hasta que el sujeto se le acercó y vio que era el hermano de Valerie, Alan.

—Sir Francis—dijo muy serio—quisiera hablar con usted un momento. ¿Puedo acompañarlo a su casa? Pues no quiero hablar aquí—dijo.

—Sí, por supuesto.

Alan entró en el carruaje y le dijo sin rodeos que tenía muchas dudas sobre ese hombre que decía ser su cuñado.

—Pero su padre cree que es él—respondió Francis.

—Lo cree, pero tiene dudas, sin embargo, no hay nada escrito que demuestre que es un impostor, pero tal vez lo sea.

—¿Cómo dice? No lo entiendo.

—Me refiero a que hay algo oscuro y siniestro en ese hombre, pero eso sólo no alcanza para acusarle de impostor, necesitamos juntar pruebas y estoy dispuesto a ayudarlo si es que desea seguir adelante con esto y ayudar a mi hermana. Si por el contrario cree que es mejor dejarlo así...

—Oh por supuesto que quiero ayudar a Valerie, es todo lo que ansío y le ruego que me cuente todo lo que ha averiguado sobre ese misterioso hombre.

—Bueno, deberé comenzar por el principio. Hace tres años. mi hermana era muy joven y tímida. Acababa de ser presentada en sociedad y no mostraba inclinación por el flirteo. Siempre fue muy tímida y reservada. Yo pensaba que sería la solterona de la familia y se lo dije a mi madre, pero ella insistió en presentarla en sociedad pues quería que se casara cuando llegara el

momento.

Francis sonrió al imaginarse a Valerie hacía tres años. era una joven encantadora pero reservada, distante, seguía siéndolo y no era fácil hacer amistad con ella.

—Mi hermana era una de las debutantes más guapas y deseadas, ¿sabe? A pesar de su timidez, nada más entrar en un salón llamaba la atención y pronto se vio asediada por pretendientes. Algo inusual en estos tiempos pues siempre he pensado que los hombres de mi edad son mucho más tímidos que las mujeres, sin embargo, ella siempre tenía el carnet de baile lleno y creo que dio un par de calabazas a algún caballero que pretendía tener su amistad con otras intenciones. Ella los rechazaba a todos, con sutileza, se alejaba, se escondía y así fue todo ese verano. Hasta que llegó un misterioso hombre llamado Theodore Warthon. Parecía un gitano, un francés, un sujeto oscuro y misterioso que le doblaba la edad. —hizo una pausa y continuó: —Era un hombre demasiado viejo para mi hermana y ciertamente que nadie esperó que ella le prestara atención. Sin embargo, bailaron y conversaron y volvieron a verse. Así comenzó una amistad que mis padres no alentaron para nada. Al contrario, se sintieron muy disgustados por ella. No querían que esa amistad prosperara y cuando notaron que ese hombre la seguía...

—¿Y qué razones tenían vuestros padres para oponerse a esa relación?

—No lo sé en realidad, creo que eran varias cosas. Para empezar mi hermana era muy joven y nadie esperaba que se comprometiera a esa edad, además la familia de ese sujeto. Nadie sabía nada de ellos, estaban de paso en el condado y algunos aventuraban que no eran buenas personas. A mi padre no le cayó nada bien ese sujeto, sus modales eran agradables, era educado y de conversación cultivada e interesante, pero a mi padre le daba mala espina ese hombre y a mi madre otro tanto. En suma, no querían que Valerie siguiera esa amistad y llegaron a prohibirle que lo viera.

Ella pareció acatar la voluntad de mis padres, siempre había sido una joven tranquila y obediente, pero pasaron las semanas y su carácter cambió. Se volvió callada y silenciosa, y comenzó a sufrir de los nervios. Extrañas pesadillas y una tristeza y angustia que no tenían

explicación. El médico que la atendió entonces habló con mi madre y le dijo que sospechaba que sufría mal de amores peor como eso no era una dolencia relacionada con la salud sino algo que padecían las jovencitas de su edad al enamorarse locamente de un muchacho, no le dio importancia. Dijo que no era serio, que se le pasaría, pero debían ser pacientes.

Sin embargo, fue algo más profundo...

Un día mi hermana llegó a enfrentarse a mi padre y a decirle que era cruel al apartarla del señor Warthon. Él le dijo sus razones, pero ella pensó que sólo tenían prejuicios y que exageraba por supuesto. Para ella el caballero Warthon era un hombre bueno y respetable y sus intenciones eran honestas y sinceras.

Lo cierto es que no lo sabíamos, pero al parecer ellos se veían a escondidas y nadie sabía. Él le escribía cartas ardientes de amor, le enviaba flores y se dedicó a conquistar a mi hermana en secreto. Nadie lo sabía. La volvió loca, perdió la cabeza y decidió huir con él, fugarse pues sabía que mis padres jamás aceptarían a Warthon como su yerno.

Un día despertamos y los sirvientes avisaron que mi hermana no estaba en su habitación. Fue un momento espantoso, terrible para todos—dijo e hizo una pausa al evocar ese día— pensamos lo peor, por un instante de horrible angustia y desconcierto temimos que mi hermana se hubiera suicidado por culpa de ese hombre. La buscamos durante horas, durante días y de pronto llegó una carta a la mansión de Devon dirigida a mi padre, escrita por mi hermana. Se había casado en Escocia, en un lugar llamado Gretna Green, con Warthon, pues lo amaba y no concebía la vida sin él. Nos pedía perdón a todos por la angustia que pudo causarnos su huida. Mis padres se llevaron un gran disgusto al saber que mi hermana estaba casada con ese caballero y fueron a la mansión que tenían en el condado, pero allí les dijeron que el señor Warthon y sus parientes se habían marchado hacía días, el día que mi hermana desapareció y como la casa era arrendada dijeron que no regresarían. No quisieron darnos las señas y mi padre pasó mucha angustia buscando a mi hermana y a su marido. Daba la sensación que la tierra se los había tragado.

Valerie tardó meses en escribirnos y avisarnos que vivía junto a su marido en la mansión

de Creeping hall de Canterbury. Pero luego se mudó, al tiempo se marchó a Northumbria y no la vimos hasta que mi madre sufrió un ataque al corazón y murió. Dicen que fue el disgusto y lo creo, mucho pesar le causó la huida de mi hermana y su boda repentina. Valerie acudió con su marido y nos esforzamos al ser gentiles con él, el dolor por haber perdido a mi madre era superior a todo lo demás, lo confieso y, sin embargo. Ese hombre tenía algo maligno, mi hermana... ella no parecía la misma. Había cambiado y no se veía feliz. Ellos se quedaron unos días luego del funeral y tuve la sensación de que Valerie no quería regresar con él, los oí discutir y también escuché llorar a mi hermana, pero cuando le pregunté no quiso decirme nada. Y luego dejé de verla, se marcharon y sólo me escribía a veces. Daba la sensación de que él no quería que nos viera.

A medida que le hablaba de ese hombre la indignación de sir Francis aumentaba, rabia y extrañeza y también no saber por qué el hermano de su prometida aseguraba que ese hombre era malvado y ruin pero no podía decir por qué. ¿Por qué hacía llorar a Valerie? ¿Por qué la raptó un día para forzar una boda?

Cuando le preguntó al respecto habían llegado a su mansión y lo invitó a pasar y beber un té caliente. Ambos lo necesitaban.

Al suyo, Alan le agregó unas gotas de whisky.

—Lo siento, creo que necesito algo fuerte hoy, algo fuerte que me dé coraje para continuar la historia que tengo que contaros.

—Por supuesto hombre, pierda cuidado. También desearía beber whisky en vez de té, pero necesito tener la mente muy clara ahora y he notado que el alcohol deja mi cabeza embotada.

—Señor Hamilton, usted me hizo una pregunta hoy durante el viaje y entonces no encontré palabras adecuadas para responderle, luego lo olvidé, pero creo que he notado indicios de la maldad de ese caballero. De la maldad y su naturaleza impía y funesta. Todo ha ido mal desde que apareció en la vida de mi hermana. He estado interrogando a mis sirvientes, y también he estado hablando con los pobladores de donde es oriundo este sujeto. Quizás no crea usted en estas cosas

y no lo culpo por ello, pues yo mismo tengo serias dudas al respecto. Sin embargo, hay algunas cosas que he omitido contarle con respecto al señor Theodore Warthon. Cuando mi hermana huyó con él encontré un raro amuleto en su habitación, miré. Esto es bastante extraño—tras decir eso extrajo el objeto de su chaqueta.

Sir Francis lo miró y notó que era una especie de muñeco con tela roja hecho de lana y cabello, algo desagradable y nefasto al tacto.

—Esto es... ¿dice que estaba en la habitación de su hermana, señor Alan?

El joven asintió con aire grave.

—Y esto no fue todo, creo que al ver esta cosa y otros objetos raros en su habitación comprendí que mi hermana fue seducida con magia oscura. Fue muy extraño. Que de repente se enamorara locamente de ese caballero y olvidara cualquier prudencia. Y que luego, poco después decidiera fugarse con él. Conozco a Valerie y ella nunca habría sido tan impulsiva ni desconsiderada, sabiendo que mi madre sufriría mucho. Habría buscado la forma de convencer a mi padre, le habría pedido tiempo a su enamorado y no hacer lo que hizo, con las consecuencias trágicas para nuestra familia. Luego está el hecho de que él la mantenía encerrada en esa mansión y mi hermana decía estar muy asustada, muy alterada por las cosas extrañas que ocurrían allí.

—¿Cosas extrañas? Explíquese por favor señor Alan.

—Pues no ha querido dar muchos detalles, pero me confesó que su esposo era una especie de amante de la ciencia y la medicina. Dijo que hacía experimentos en compañía de un grupo de bandidos, todos doctores, intelectuales y rufianes sin escrúpulos. Se encerraban en las habitaciones con la excusa de que darían una disertación sobre ciencia, ella nunca podía asistir. Su esposo siempre la mantenía alejada de esos amigos y no lo hacía sólo por celos enfermizos. Debía haber algo más. Mi hermana permanecía asustada y encerrada, alejada de su marido a quien quería a pesar de todo, pero algo ocurrió entonces. Supongo que fue uno de esos experimentos funestos. De repente su marido enfermó y estaba tan débil que no podía levantarse de la cama.

Como un anciano. Eso dijo. Hasta que murió y ella escapó.

—Señor Alan, si es verdad lo que me cuenta ¿por qué su padre piensa que ocurrió lo contrario? Él cree, parece convencido Que su hermana abandonó a su esposo porque no era feliz. ¿Por qué ha dicho que debe regresar con un hombre que no la trataba bien y que además parecía practicar magia negra?

—Mi padre no cree en mi historia señor Francis, ni yo lo creía al principio, pero he notado el terror, la pena que siente mi hermana por todo esto, desde antes. Y esa pena no es porque se hubiera muerto, Valerie estaba muy asustada y siempre se negó a hablarme de ello. Y ahora que ha regresado asegura que no es su marido sino un impostor.

—¿Y qué descubrieron en Cumbria, señor Alan?

—No pudimos encontrar el acta de fallecimiento de ese hombre, no había nada, pero noté algo muy extraño en esa casa, algo realmente oscuro y siniestro. Sus familiares, hasta sus sirvientes... no son personas sanas ni normales, como embrujados, esclavizados por una fuerza muy poderosa. La mirada de ese sujeto es muy extraña y maligna, con sólo mirarte hace que sienta un terror y desconcierto y así fue desde el principio. No ha cambiado. Pero verá usted, no hemos podido encontrar parientes ni amigos de esa familia en todo el condado y cuando interrogamos a los campesinos, a los pueblerinos, nadie quiso hablar ni decir palabra. Le temen, sir Francis, todos temen al señor Warthon y a su familia. No fueron sinceros me temo, no se atrevieron a decir nada, pero tengo mis sospechas al respecto. Por eso decidí hablar con usted, si todavía quiere ayudar a mi hermana... si quiere que sea su esposa ayúdeme a desenmascarar a ese farsante. A descubrir este misterio que parece insondable, pero ha de tener una explicación racional.

—Es lo que deseo, en verdad que agradezco mucho su ayuda y consejo. Por supuesto que haré lo necesario para liberar a su hermana de ese hombre malvado, por más que diga ser su esposo... pasó más de un año de su muerte y no puedo entender por qué su padre. Lo siento, no quiero ser indiscreto, pero no comprendo por qué si tienen dudas de esto obligan a su hermana a regresar con su esposo.

—Mi padre no puede hacer otra cosa, sólo hace lo correcto y nada más. No puede hacer más, o eso me temo. Es muy triste en realidad, esperaba poder convencerlo, pero no se fía de mis impresiones, dice que no tengo pruebas concretas de que ese hombre es un farsante y además... quiere evitar el escándalo.

—¿El escándalo por encima de la felicidad de su hija?

Era una osadía decir eso, pero sir Francis estaba indignado. No dejaba de pensar en su prometida fue esa jovencita seducida y raptara por ese hombre malvado. ¿Qué clase de sujeto se vale de artimañas tan oscuras para conseguir el amor de una mujer? Ni en sus horas más negras habría hecho algo así. Miró el extraño objeto sin poder evitar sentir rabia y repugnancia.

—Alan, su hermana está en peligro con ese hombre en su mansión. Él querrá llevársela, le hará mucho daño.

—No lo haré, se lo ha prometido a mi padre, aunque no me fío de ese hombre por supuesto. Haré todo lo que esté a mi alcance para cuidarla, pero... es necesario descubrir la verdad.

¿Descubrir la verdad y salvar a Valerie de ese hombre? Pensó que no podía hacer ambas cosas a la vez, su prioridad era salvar a su prometida. Pero no lo dijo, decidió guardarlo para sí. Su mente era un volcán en esos momentos, sabiendo lo que sabía de ese hombre no dudaba en que haría algo malo en cualquier momento.

Tenía que actuar. Y sabía que debía hacer algo que no sería del todo correcto.

Pero debía ser cuidadoso o podían apresarle y no quería terminar en prisión y sin su amada...

—Sir Francis, debo irme ahora. Tengo asuntos importantes que resolver. Le ruego que sea prudente y que no se enfrente a ese hombre. sospecho que no tendrá piedad de usted ni de nadie si intenta llevarse a su esposa.

El joven miró a Alan sorprendido de que adivinara sus intenciones.

—No puedo dejar a su hermana librada a su suerte, señor Alan.

—Sí, eso lo sé. Usted realmente la ama y está desesperado por eso le he hecho esa advertencia. Temo que nos enfrentamos a algo muy oscuro y malévolo, algo que excede nuestro entendimiento y nuestra fuerza. Desde la llegada de ese hombre he visto cómo todo se ha vuelto enrarecido en la mansión, los sirvientes están asustados pues muchos juran haber visto a mi cuñado deambulando en mitad de la noche en busca de algo y luego lo han encontrado encerrado con cuatro cerrojos en su habitación. Sucesos que no mencioné antes pero que acontecieron. Extraños ruidos y voces en la noche, pasos incesantes y la sensación de que algo muy maligno ronda la mansión desde la llegada de ese sujeto. Puede ser una invocación, puede ser una quimera o el fruto de nuestros propios miedos, no lo sé, pero sí sé que no se detendrá pues desde el día de su llegada dijo que había ido por mi hermana y nada le detendrá de su objetivo a menos que hagamos algo para detenerle. Ciertamente que deseo llegar a la verdad de todo esto y salvar a mi hermana de ese hombre. Si la hizo suya con embrujos y magia oscura, algo hizo que ese hechizo se rompiera, y que ella lo viera sin sus ojos de enamorada y sé que está aterrada y que no quiere volver con él y que su marido murió y que ese hombre no es realmente su esposo. Pero como era tan adepto a la magia tal vez... hizo algo para regresar a la vida y luego inventó toda esta historia acusando a mi hermana de que lo había abandonado pues no podía explicar su prolongada ausencia de otra forma. Ahora debemos pedir ayuda para saber a qué nos enfrentamos. Y para eso pensé en buscar a los hermanos Storm. ¿Los recuerda? Estuvieron en un show de magia en la mansión hace semanas.

—Sí, los recuerdo bien, por supuesto. Pero entonces... tuve mis dudas sobre sus poderes.

—Bueno, muchas personas tienen recelo, pero creo que esta será una prueba para ellos.

Sir Francis dijo que era una buena idea, pero mostró sus reservas en cuanto a los resultados. Pensó que debía alejar a su prometida de ese sujeto cuanto antes y que nunca más la encontrara. Huir era todo cuanto podían hacer pues el matrimonio era sagrado y nadie estaría de su lado, ni siquiera su cuñado.

Y cuando este se alejó con sus ideas de acudir a los adivinos decidió organizar lo que sería su fuga.

Tenía una propiedad en Dover, muy al sur. Podrían estar allí un tiempo escondidos hasta que ese hombre fuera desenmascarado.

Su plan era muy osado, pero no creía que pudiera ser de otra manera.

Luego de meditarlo y conversarlo con su amigo comprendió que la única alternativa era escapar, llevársela muy lejos antes de ocurriera una fatalidad.

Tenía un mal presentimiento.

Le escribió una carta, un mensaje avisándole lo que haría, pero luego de la conversación con el hermano de Valerie pensó que era mala idea.

Luego de meditar sobre el asunto decidió acudir a su amigo y mentor, sir Richard Gladstone y contarle lo sucedido.

Tenía que escuchar su consejo en una hora tan aciaga. Estaba lleno de dudas, pues quería hacer lo correcto, pero a su vez sabía que al hacerlo llegaría demasiado lejos.

Cuando su amigo supo lo que había pasado y lo que tramaba lo miró escandalizado. Impresionado.

—Joven Francis, creo que es algo precipitado. Lo más sensato es averiguar si ese caballero no es un impostor, buscar pruebas.

—Eso puede llevar mucho tiempo, señor Gladstone.

—Supongo que sí, pero no puede llevarse a la joven de esa forma. Sería un rapto. Porque ella es la esposa de ese hombre, a menos que pueda probar lo contrario, que murió.

Francis sabía que su amigo decía algo muy sensato, el problema era el tiempo pues su prometida debería marcharse con ese hombre y nunca más volvería a verla. Nadie creía en su

historia, su hermano sí, pero necesita pruebas, alguna prueba para llevar a los tribunales. Debe tener paciencia amigo mío, pero no haga una locura. No cometa una imprudencia impulsado por la desesperación.

Su mentor no lo aprobaba por supuesto, pero ¿qué podía hacer?

Debía actuar en vez de esperar. Su mentor no lo apoyaría esta vez y podía entender sus razones. Él mismo se cuestionaba sus planes a pesar de que estaba seguro de que lo haría.

Ella le había pedido ayuda, no podía olvidarlo.

—Amigo mío, es algo muy serio raptar a una dama casada, su marido podría enviarlo a prisión por ello. Por favor, contenga esa pasión que siente o será su ruina—dijo de pronto el conde acalorado.

Tenía razón, por supuesto. Era lo más sensato que podía decirle.

Aunque no tuvo muchas esperanzas de que le hiciera caso, al menos quiso darle su mejor consejo y buscar convencerle, a pesar de que sabía que no había muchas esperanzas de que lo hiciera. tuvo toda la intención de persuadirle, de hacerle ver el peligro que su acción encerraría, pero luego, cuando abandonó su casa pensó que era joven e impetuoso y, antes que nada: estaba enamorado. Locamente enamorado y a punto de casarse. Todo lo que pasó era una auténtica tragedia. Luego de que le costó tanto declarar su amor y pedirle que fuera su esposa...

En secreto sir Francis organizó todo para su huida, no imaginó que esto pudiera llevarle tanto tiempo y arreglo. Lo suyo no era mucho y ciertamente que en esos momentos no contaba con ninguna herencia ni presente ni futura, pero todo cuanto tuviera sería suficiente para huir al extranjero.

Pero antes debía llevarse a su amada. Disponía de ahorros, con eso podría pagar dos pasajes y recomenzar mientras solucionaba la venta de su propiedad principal.

Tenía que hablar con ella y preguntarle si acaso aceptaba fugarse con él. No era una

decisión sencilla y mucho temía que hubiera cambiado de idea, amedrentada por su familia.

Acudió a la mansión sintiendo cada palabra que le había dicho el joven Alan días atrás, su historia era siniestra y temía que su maligna influencia...

Era un día gris y frío de comienzos de otoño, quizás por eso ese paisaje de la colina envuelta en una fina niebla y un cielo gris con una débil luz de sol, lo desanimó bastante. No era por cierto un paisaje que iluminara su espíritu y le diera esperanza, al contrario, casi podía sentir en su pecho un mal presagio, una horrible angustia que lentamente se fue apoderando de todo su ser.

No podía simplemente entrar y solicitar ser recibido por la señorita Valerie, debía buscar acercarse primero a Alan, para que por su intermedio...

Un sirviente de aspecto malhumorado le recibió.

—Buenos días, quisiera hablar con el señor Alan Kingston por favor.

El sirviente no parecía muy convencido con su pedido.

Pero ante su insistencia no tuvo más remedio que obedecer y lo hizo emitiendo un gruñido en señal de asentimiento.

Luego dijo:

—Aguarde aquí, por favor.

El joven tuvo la sensación de que pasaba una eternidad antes de que apareciera ante él Alan Kingston. No se mostró sorprendido, pero sí inquieto.

—Quisiera ver a la señorita Valerie. Debo hablar con ella en privado, un momento.

—Sir Francis... ha ocurrido algo. Mi hermana me ha dicho que regresará con su esposo a Cumbria mañana. Que ha recapitado y se retracta de su rebeldía y confusión.

Esas palabras dejaron muy sorprendido y perplejo al antiguo enamorado.

—¿Qué dice usted? —balbuceó.

—Sí, también me pareció extraño y quisiera que lo viera con sus ojos.

—¿Que vea qué señor Alan? ¿De qué habla?

—Aguarde aquí, por favor.

El joven se veía muy incómodo y apesadumbrado, como si algo lo incomodara, como si algo no fuera como esperaba, ¿o acaso lo imaginó? Estaba muy nervioso, a lo mejor inventaba cosas...

Miró a su alrededor alerta. Sin saber por qué ese día todo le parecía lúgubre y triste. O a lo mejor su corazón estaba lleno de zozobra y malos presagios.

Tuvo la sensación de que Valerie tardaba demasiado. Algo no estaba bien ni con ella ni con su hermano. ¿Acaso este se había arrepentido de haberle ofrecido su ayuda?

De pronto la vio aparecer como una visión y se sobresaltó, Valerie apareció ante él y lo miró con cierta extrañeza como si su presencia lo inquietara o sorprendiera.

—Valerie—susurró, pero cuando quiso acercarse ella retrocedió y lo miró espantada y sorprendida.

—Lo siento. No sé quién es usted, no puedo recordar su nombre.

Él la miró desconcertado. ¿Qué broma era esa?

—Pero señorita Valerie, soy su prometido sir Francis Richmond. ¿Acaso me ha olvidado?

Ella lo miró sorprendida, casi asustada.

—¿Mi prometido? Oh, creo que me confunde con alguien más señor. No lo conozco más que de vista y no podía recordar su nombre.

Sus palabras lo desconcertaron y luego pensó que a lo mejor ella no deseaba verle y su presencia le resultaba muy inoportuna.

—Lo siento, no he querido causarle incomodidad.

Valerie lo miró con frialdad, como si no lo conociera ni supiera quién era él. Pero eso no

podía ser por supuesto. Tal vez estaba fingiendo para no alentarle.

—Sir Francis, soy una mujer casada. No sé de qué habla, pero presumo que se ha confundido. Me ha confundido con alguien más.

No, no la confundía, sabía bien quién era ella. era su prometida, la joven que amaba.

—Lo siento. Me iré ahora y dejaré de atormentarla—se disculpó Francis.

—Es que no me provoca tormento alguno, sólo me ha sorprendido que me llamara su prometida. Creo que le conozco, ¿es usted amigo de mi hermano?

Eso era demasiado. ¿Un amigo de su hermano? Apenas conocía a Alan Kingston.

—Eso no es verdad, soy su prometido... ¿acaso no lo recuerda?

—Lo siento mucho sir Francis, debo irme. Mañana partiré con mi esposo a Cumbria y estoy muy atareada—dijo.

No parecía la misma, si hasta se veía distinta. Tan fría. Y lo miraba de una forma que le provocó una horrible tristeza.

¿Qué rayos había pasado? ¿Acaso su prometida había decidido regresar con su marido y abandonarlo sin ninguna explicación?

Tenía que marcharse, pero cómo le costaba hacerlo, tuvo que luchar contra el impulso de correr y exigirle una explicación, se quedó helado y tieso sin saber qué hacer, sabiendo que sólo le quedaba marcharse, pero sin tener ningún ánimo para hacerlo.

Entonces apareció Alan como si eso fuera una escena teatral y siguiera el tercer acto. No era real, quizás era un sueño absurdo del que pronto regresaría.

—¿Habéis visto? —preguntó el hermano de Valerie mirándolo con preocupación.

Sir Francis asintió.

—No sabía quién era... acaso todo esto es un sueño? Realmente pasó que su hermana me dijera que... ella no me recuerda y cuando le dije que era su prometido se escandalizó.

Alan lo miró consternado.

—Lo temía sir Francis. Es ese hombre malvado, la ha embrujado de nuevo. Lo siento mucho, sé que habrá de sentirse muy afligido, pero es la verdad. Mi hermana ha estado actuando muy extraño estos días. No es la misma, no parece la misma.

—Entonces ella ha cambiado tanto?

Alan asintió con gesto grave.

—Quise advertirle, pero pensé que ella cambiaría cuando lo viera a usted, sir Francis. Era mi esperanza. Creí que había mudado de parecer porque pensó que usted no podría rescatarla de su marido como prometió.

—¿Pero por qué no habría de hacerlo? He venido a hablar con ella por esa razón. No he podido hacerlo, la he notado tan distinta, tan cambiada. Dijo no poder recordar mi nombre.

—No se culpe, es por ese hombre, estoy seguro. La ha embrujado de nuevo. Desde que mi padre permitió que saliera de su celda Valerie cambió. No la deja nunca sola y ella en vez de temer o rechazar su compañía la acepta. Siempre está a su lado y ha dicho que regresará antes de lo previsto.

—Si la ha embrujado ha logrado que se olvide de mí y contra eso nada puedo hacer me temo.

—Sir Francis, lo lamento mucho, pero hay algo que se pueda hacer por eso.

—Quisiera tener el coraje para enfrentar esto, pero ¿qué espera que haga ahora? Su padre lo acepta y ella parece haber cambiado de parecer y pensar que es mejor volver con su esposo. No puedo hacer nada al respecto sólo resignarme y alejarme.

Sir Francis no quiso insistir, pensó que había llegado en muy mal momento. Ella lo había rechazado, por primera vez lo había hecho y un hombre educado y sensato no podía insistir, no debía hacerlo.

—Debo respetar su decisión—anunció guardándose su rabia y dolor.

Alan Kingston quiso convencerlo de que esperara, de que comprendiera que todo se debía a un maligno embrujo, pero el caballero estaba muy ofendido y molesto para hacerle caso y se fue sin más.

El joven pensó que debía hacer algo para impedir que su hermana fuera llevada nuevamente con ese ser nefasto y maligno. Su sola presencia lo crispaba, no podía ni estar cerca de él por más que su padre casi lo obligara a convivir.

En vano había intentado persuadirle de que interrumpiera esa huida a Cumbria.

“Es su esposo, te guste o no, Alan. No podemos hacer nada al respecto. Está vivo. Pese a que vuestra hermana dijo lo contrario. Ya no podemos creerle. Él está vivo y no hay prueba alguna de su muerte. Por supuesto que es imposible que hubiera muerto. Es mejor aceptar lo irremediable: que tu hermana abandonó a su marido y se escondió de él todo este tiempo y ese compromiso, no fue más que un vano intento de fuga. Ahora parece haber recuperado la sensatez.”

Alan pensó con amargura en las palabras de su padre. ¿Cómo podía permitir que se llevaran a su hermana de nuevo? Ese matrimonio había sido casi forzado, un rapto de un hombre que le doblaba la edad a su hermana y que casi se la llevó a la fuerza para concretar su seducción.

Sentía náuseas y rabia cada vez que veía a ese hombre y también dolor por el daño que había hecho a su familia. Su madre había muerto del disgusto luego de esa boda y al saber que su hija tampoco era feliz.

Pero ahora había ocurrido lo que más temía: había vuelto a caer bajo el hechizo de ese hombre y su hermana había rechazado al joven de quien se había enamorado de forma reciente. Él era su última esperanza, su esperanza de rescatarla de ese sujeto para siempre.

Sir Francis estaba demasiado herido para reaccionar, para hacer algo al respecto, sólo alejarse y meditar sobre lo ocurrido y él... él tampoco podía hacer nada pues su hermana estaba decidida a regresar con su esposo.

Por más que había querido persuadirla no había querido escucharle y hasta le había

retrucado con una voz rara y una expresión feroz. Nunca antes lo había tratado así, casi no parecía la misma. ¿Qué rayos le estaba pasando? ¿Por qué había rechazado a sir Francis?

La buscó molesto, tenía que hablar con ella pedirle una explicación.

Y la encontró cuando planeaba escapar, correr lejos de su alcance para encerrarse en sus aposentos.

—Valerie, aguarda.

Su hermana se detuvo y lo miró con fijeza. Pero en sus ojos vio algo distinto, algo maligno que le provocó escalofríos.

—Valerie, ¿qué pasa contigo? ¿Por qué has rechazado a sir Francis?

Ella no contestó, sólo lo miró furiosa y se marchó con prisa como si pensara que no perdería tiempo en esa conversación.

Como un fantasma. Como un ser inanimado sin vida. Así la vio la noche anterior durante la cena familiar.

Sintió escalofríos. Era como si no fuera su hermana sino otro ser. Una sombra de otra persona. No era ella misma. Algo había cambiado y sabía que ese ser oscuro y malvado tenía mucho que ver en ello. Maldito fuera.

Tenía que impedir que se llevara a su hermana a Cumbria. Debía hacerlo.

Desesperado fue a hablar con su padre sobre lo ocurrido.

Pero este no le prestó atención, una vez más optó por encogerse de hombros.

—Vuestra hermana ha tomado la mejor decisión, es su decisión, ha decidido volver con su esposo. No podéis censurarla por ello y mucho menos alentar su amistad con su antiguo prometido. Ese compromiso se ha roto, ya no puede ser y ciertamente que me sorprende y molesta vuestra insistencia al respecto, hijo.

Alan guardó silencio, su padre tenía razón, no era asunto suyo y, sin embargo, le daba

mucha rabia ver que ese hombre malvado se salía con la suya y que nuevamente había embrujado a su hermana.

Sin embargo, no podía quedarse con los brazos cruzados, debía hacer algo, debía buscar ayuda en algún lugar antes de que fuera demasiado tarde.

De pronto recordó a los hermanos Stevenson y al brujo extranjero que tenía poderes para leer los pensamientos.

Al comienzo pensó que todo era simulación, tenía sus dudas, pero conocía bien a los hermanos y sabía que había algo más. Que tenían poderes y si acaso no sabían qué hacer buscarían la forma de traer a alguien que sí pudiera.

Su visita les sorprendió, los hermanos Stevenson estaban en plena sesión espiritista y el caballero tuvo que aguardar en la sala.

Todo eso de hablar con los muertos estaba de moda. Él pensaba que no era algo de buen gusto, a decir verdad. No le gustaba. Creía que los muertos se habían marchado y era prudente dejarlos descansar.

Mientras aguardaba vio aparecer a sir Francis cabizbajo. También él había ido a pedir audiencia con los hermanos Stevenson. Al verle allí lo sorprendió pues lo creía disgustado y ofendido luego de su hermana le diera de calabazas.

—Sir Francis—dijo.

Él lo saludó con una inclinación, incómodo tal vez por el encuentro.

—¿También usted ha venido, señor Kingston? —preguntó.

El caballero asintió.

—No puedo permitir que ese demonio se salga con la suya de nuevo.

—Siento lo mismo, señor Alan, quiero ayudar a su hermana, aunque ella no quiera volver a verme. No me sentiré en paz hasta que resolver este siniestro asunto. Si su esposo realmente

estaba muerto debe regresar a su tumba, ¿no lo cree?

El joven asintió con aire grave.

—Eso mismo pienso yo. No permitiré que ese demonio se robe a mi hermana y la haga desdichada como hizo en el pasado. He querido impedirlo, pero mi padre se opone firmemente a que me entrometa. Cree que ella sólo hace lo correcto pues yo pienso que mi pobre hermana no tiene poder alguno sobre su voluntad, ese demonio la ha doblegado de nuevo.

No había tiempo que perder, y cuando los hermanos Stevenson se desocuparon fueron hasta la habitación para contarle lo que había pasado.

Ambos escucharon su historia sorprendidos y conmovidos por el inesperado desenlace. ¿Qué era el marido de la señorita Valerie? Se preguntaron. ¿Un demonio, un súcubo, un espectro malvado o un fantasma reencarnado o un hechicero muy poderoso capaz de regresar de la muerte y embrujar a la dueña de su corazón?

Estaban desconcertados.

—Me temo que no tenemos una respuesta ahora, necesitamos investigar un poco para no apresurarnos.

Ambos se miraron desesperados.

—Pero no hay tiempo que perder, deben hacer algo rápido, por favor.

—Y es nuestra intención hacerlo, pero antes debemos saber a qué nos enfrentamos.

Las preguntas se sucedieron y luego los hermanos seguían sin convencerse.

—Creo que debemos ser prudentes antes de hacer conjeturas. Necesitamos descubrir qué es para saber qué hacer.

Y para ello necesitaban tiempo para ver al malvado sujeto y descubrir qué era.

Sin embargo, una historia similar había oído el joven Stevenson hace tiempo sobre una extraña familia que habitaba en Cumbria y por algún siniestro hechizo no envejecían. Siempre

eran jóvenes y muy longevos. Inmortales. ¿Sería ese caballero un inmortal?

La señorita Valerie había jurado ser viuda y, sin embargo, en el momento menos pensado aparecía su marido como por encanto, regresaba de la muerte sin más explicación que la de que ella lo había abandonado y él había pasado todo ese tiempo buscándola.

Sin embargo, Samuel Stevenson se guardó lo que pensaba. No era prudente decir conjeturas sin tener algo más firme.

—Debemos verle para estar segura—dijo al fin.

—¿Y cree que podrá verle ahora?

Era tarde, además su padre pondría reparos.

—Está bien, diré a mi padre que los invité a cenar. Inventaré algo, pero es un hombre muy listo, a lo mejor no sería prudente decirle que sois adivinos y tenéis poderes. Mejor será que vayáis como viejos amigos. Espero que él no recuerde vuestros rostros.

—Bueno, podemos hacer algunos cambios para que su padre no nos reconozca. Es necesario para nosotros estar cerca de ese hombre para saber qué es. Haremos algunas pruebas en secreto y esperaremos su reacción.

—Dios mío, ¿acaso sospechan que es una criatura impía de la oscuridad? ¿Un demonio?

Los hermanos se miraron con gesto cómplice antes de responder.

—No estamos seguros, sir.

—Necesitamos hacer pruebas antes de sacar conclusiones que podrían llevarnos a cometer errores por no estar seguros.

Sir Francis intervino.

—¿Y podréis luchar con ese ser maligno en caso de descubrir cuál es su naturaleza y poder? —replicó. El joven caballero parecía tener algunas dudas al respecto.

—Bueno, es que primero hay que investigar un poco, hacer una investigación, no podemos

dar una idea si primero no sabemos contra qué estamos peleando, caballero. Ni a qué nos enfrentamos. Esto llevará tiempo y paciencia. Pero si excede nuestra capacidad pediremos ayuda, pero antes debemos estar muy seguro de saber a qué nos enfrentamos. Pero es mejor que lo observemos y veamos.

Era una oportunidad única que no debían desperdiciar.

Sin embargo, el joven Kingston no se sentía tan optimista. Se preguntaba si acaso su cuñado diabólico no tramaría algo para disimular sus poderes y fingir que era simplemente mortal, o peor aún, adivinaría lo que tramaban y les haría daño a los hermanos Stevenson.

Trató de no pensar en eso, pero no pudo evitar manifestarles sus temores a los hermanos Stevenson.

—Os suplico que os manejeis con mucha cautela, mi cuñado es un hombre muy malvado y astuto, sagaz, es como si fuera capaz de leer nuestros pensamientos y tiene una gran astucia y sabiduría. Puede ponerse en guardia y se siente en peligro o tal vez...—expresó.

—Eso es un riesgo que debemos correr, señor Kingston. Pero no tema, no estamos asustados. En nuestro trabajo hemos conocido a personajes muy malignos y nefastos, hasta expulsamos a un demonio de una casa una vez y eso sí que fue aterrador.

Luego de advertirles regresó a la mansión de Lytton en silencio, sintiendo una inexpresable angustia y desazón. No sabía si podría confiar en el talento de los hermanos Stevenson, él mismo no creía demasiado en sus poderes, pero, ¿qué más podía hacer? Debía hacer algo para impedir que se llevaran a su hermana.

Esa misma noche durante la cena, aparecieron los hermanos Stevenson.

Valerie no les prestó atención, parecía ensimismada en sus pensamientos, como ida. Distraída, ausente. Apenas probó bocado.

Su esposo en cambio estaba muy atento a todo y con la presencia de otros comensales los

hermanos amantes del ocultismo pasaron más desapercibidos.

Su cuñado, Theodore Warthon, fue el centro de las miradas.

Era un hábil conversador, encantador y mesurado en apariencia. Por un buen rato casi gozaron de un momento de dispersión.

Sin embargo, su cuñado no era tonto y el joven Alan notó que miraba a hurtadillas a los hermanos Stevenson como si el muy maldito sospechara algo de este par.

Y para peor uno de los comensales, el doctor Adams, viejo médico de la familia habló de una velada de espiritismo que habían llevado a cabo los hermanos hacía poco tiempo.

—Bueno, es un pasatiempo doctor Adams. Un agradable pasatiempo que nos apasiona—respondió Patrick.

Su hermano asintió, pero el siniestro huésped miró a ambos con una mirada extraña.

Alan se preguntó desesperado si acaso ese hombre malvado adivinaría sus intenciones.

Nada podía ser más inoportuno que eso.

—Querida, ve a descansar. Te ves muy agotada—dijo de repente—mañana nos espera un largo viaje—dijo.

Valerie no protestó. Su hermana consentida y protestona del pasado no existía, se había esfumado. Asintió y se marchó sin decir ni a. Rayos. Es no podía ser más que digno de un embrujo. La pobre estaba mustia y tan pálida, sin alegría. Y había en sus ojos ojeras oscuras como si no descansara lo suficiente o estuviera a punto de enfermar.

¿Entonces se la llevaría mañana? Debía hacer algo para impedirlo.

—¿Se irá tan pronto, señor Richmond?

—Sí... en verdad que ahora que he encontrado a mi esposa deseo recuperar el tiempo perdido—dijo el caballero sin pudor.

Los hermanos lo observaron atentos y luego de la cena todos se retiraron a beber oporto y

conversar. Alan se preguntó qué rayos estarían pensando los hermanos Stevenson y lamentó que no pudiera estar presente ese amigo suyo hindú.

Ciertamente que su cuñado era muy hábil con su roce social y todos le encontraban de modales encantadores y un hombre de mente cultivada pero los hermanos no perdieron el tiempo con lisonjeras apreciaciones y conversaron hartos y tendidos con su cuñado. Se preguntó qué rayos pensarían de todo eso.

La velada transcurrió en calma, jugaron a las cartas y luego una partida de ajedrez y su cuñado maléfico los venció a todos.

—Es un caballero inteligente y notable—le comentó el doctor Adams. —Lo raro es que su hermana lo abandonara.

Era un comentario inadecuado pero el doctor había bebido de más y cuando eso pasaba se soltaba su lengua.

—Mi hermana no lo abandonó doctor, ¿por qué dice eso?

El médico sonrió.

—Amigo siempre he creído que, en estos tiempos convulsos, si una dama abandona a su marido y no es una coqueta, ha de tener razones muy poderosas, debió sentirse muy desilusionada o desesperada.

—Doctor Adams, no es lo cree. Ella era viuda. Enviudó.

El doctor se puso pálido de repente.

—Pero ese caballero está vivo según he notado, a menos que sea un espectro.

—¿Qué piensa usted del señor Richmond, doctor?

El médico guardó silencio y luego hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Es un hombre extraño. No me agrada, disculpe mi franqueza.

—¿Por qué no le agrada, doctor?

El doctor tomó su copa de oporto y bebió un último sorbo.

—Pues porque miente.

—¿Miente?

—Joven Alan, no quiero alarmarlo, pero hay algo muy extraño en todo esto. Me pregunto si será quien dice ser porque traje al mundo a su hermana, la conozco y sé que se volvió loca cuando ese caballero apareció aquí hace años y ahora... no parece ser la misma. Ha perdido su voluntad y ...me preocupa ciertamente.

—¿Entonces cree que es un impostor?

El doctor asintió.

—No tengo pruebas, pero... es todo muy extraño. Su presencia repentina y algo en su forma de mirarnos a todos como si quisiera leer nuestros pensamientos más profundos. Y fuera capaz de hacerlo. Tiene una mirada muy extraña y oscura, no me agrada, me da escalofríos y eso que no soy hombre de asustarme.

El doctor había dicho algo que no había pensado antes, y si era un impostor.

La llegada del caballero en cuestión puso fin a la conversación. Alan miró impaciente a los hermanos Stevenson esperando alguna revelación trascendente. Pero eso no ocurrió.

Y antes de marcharse cuando los acompañó hasta la puerta esperó que le dijeran algo de su cuñado, pero sólo al llegar hasta su carruaje se dignaron responderle.

Era noche de luna llena y el campo se veía sombrío y extraño, lleno de sombras. Un viento frío llegó desde allí y ambos tiritaron.

—Es un hombre muy extraño y muy inteligente. Pero no creemos que sea un demonio señor Alan—dijo Patrick.

—¿Entonces qué es? ¿Tienen alguna idea?

Se miraron desconcertados.

—Puede ser simplemente un ser humano con conocimientos de magia y hechicería.

—Pero mi hermana Valerie... ella está muy cambiada y temo por ella. siento que está en peligro si acompaña a su marido. Además, ella aseguraba que su marido había muerto.

—Su hermana se ve bastante ausente, señor Kingston. Nerviosa y distraída.

—Está embrujada.

—Tal vez.

—No puede decirme tal vez, deben hacer algo más. Por favor.

—Eso intentamos, pero no hemos podido descubrir gran cosa hoy. Sólo descartamos que se trate de un fantasma o un ente maligno. Pero no pudimos saber más. Nuestros poderes son limitados, sólo nos comunicamos con los espíritus de este mundo y allí en su casa no había ninguno. Sólo un hombre de carne y hueso inteligente, maligno y con ciertos poderes para magnetizar. El magnetismo es un poder oculto muy usado en estos tiempos.

—¿Pero no vieron nada extraño? ¿No notaron qué enrarecida estaba el ambiente durante la cena y después?

—Sí, lo notamos por supuesto. Pero necesitamos más pruebas señor Kingston. Necesitamos ayuda. Si usted lo permite mañana traeremos al doctor Shymalyan a su mansión. Él podrá darnos una idea más precisa de lo que nos enfrentamos. Hoy no tuvimos tiempo de traerlo, pero mañana...

—¿Es que no ha oído a mi cuñado? Partirá mañana con mi hermana y nadie podrá impedirselo porque legalmente es su esposa.

—Señor Kingston, no se haga tantas ilusiones. A lo mejor es sólo un hombre malvado con el poder de embrujar y magnetizar. Eso no es algo grave ni tan perverso como cree. Pero debe considerar otras posibilidades.

—¿Otras posibilidades? ¿A qué se refiere?

—Quiero decir que tal vez no es lo que pensaba y es simplemente humano.

—¿Y cómo están seguros de eso?

—Sólo es que no quería generarle falsas expectativas. Somos honestos señor Kingston, no le engañaremos para buscar alguna ventaja, se lo aseguro. Necesitamos pruebas para estar seguros, para saber cuál es su poder pues a simple vista no hemos notado nada extraño. Nada que sea notable en este caso.

El joven regresó a la mansión decepcionado. Había esperado más sagacidad de parte de los hermanos no que se rindieran tan pronto. ¿Acaso ese hombre los había embrujado?

Alan sabía que su cuñado era una criatura siniestra de la oscuridad. Pero necesitaba pruebas, necesitaba desenmascarar a ese hombre y el tiempo se agotaba.

Se llevaría a Valerie y nadie podría impedirlo pues legalmente era su esposa.

Los alaridos nocturnos despertaron a todos los habitantes de la mansión. Gritos desesperados de una mujer que helaban la sangre.

Aturdidos por lo extraño de la situación y la hora demoraron en reaccionar y entender lo que pasaba, hasta que una atribulada doncella le dijo al señor Kingston:

—Es su herma señor Kingston, es la señora Valerie.

Un aturdido Alan salió de sus aposentos a tiempo para ver la extraña escena.

Su hermana parecía presa de un ataque de nervios desconsolada y nerviosa señalando hacia el lecho nupcial donde descansaban los restos de su esposo.

—Está muerto... ahora me creeréis? Murió... lo ha hecho de nuevo.

Todos miraron a la dama que parecía presa del pánico señalando la extraña figura que yacía sobre el lecho inmóvil y con una expresión atormentada.

Fue el señor Kingston que se fijó si algo había provocado su muerte, si acaso alguien tuvo

la infeliz idea de dar muerte a su yerno para salvar a su hija de su cautiverio.

Aliviado vio que no era así y con más calma dijo a sus sirvientes con voz fuerte:

—Llamad al doctor Adams de inmediato. No sé si el señor Warthon está muerto en realidad o sólo sumido en un sueño profundo.

—Padre, está muerto mirad su piel, está helada—dijo su hijo.

Ambos observaron el repentino deterioro del imponente y misterioso esposo de su hermana y entonces la vieron mirar aterrada el cadáver de su marido y exclamar.

—¿Ahora me creeréis? Enviudé una vez y ha vuelto a ocurrir... mi esposo estaba muerto cuando me fui de Cumbria, estuve en su funeral y ha vuelto a pasar.

Cuando la joven estuvo más calmada fue capaz de contar lo ocurrido.

—Tuvo un ataque mientras dormía, lo sentí quejarse y cuando desperté estaba frío.

—Pero ¿cómo ha pasado? En la cena estaba tan alegre y jovial luego de habernos ganado a todos una partida de ajedrez—dijo su padre.

Sólo su hermano comprendió las palabras de su hermana.

—¿Ahora me creeréis?

La llegada del doctor Adams al amanecer sólo corroboró lo que ya sabían: que el caballero Richmond había muerto del corazón. Sin embargo, el espanto que sintió el médico al enfrentarse al cadáver fue algo fuerte.

—Esto es increíble... ese hombre no tiene cuarenta y cinco años, ni cincuenta... sino más de cien. Esto no puede ser. Si no hubiera visto sus rasgos y la ropa elegante que tenía no habría dado fe a lo que veían mis ojos—dijo el médico cuando estuvo a solas con los familiares de Valerie.

—Qué dice doctor?

—Ved con vuestros ojos... mirad el cadáver que aguarda ser sepultado. No sé si murió del

corazón o de vejez, pero todos hemos sido engañados anoche. Por algún extraño hechizo creo o magia negra. Nunca en mis largos años de ejercer la medicina había visto algo igual.

El joven Alan entró en la habitación para corroborar lo que decía el médico y se encontró con un anciano consumido, pero con el cabello negro y plateado en la sien. Sólo eso quedaba del imponente caballero Theodore Warthon. Nada más. Su cadáver era el de un anciano decrepito y vetusto, la piel amarillenta y reseca, pómulos brazos y demás. Todo él era una masa seca de piel y huesos, no era el hombre que había conocido y espantado lo cubrió con la sábana para que su pobre hermana no viera ese tétrico espectáculo.

Pero el misterio persistía.

¿Quién rayos era ese hombre? ¿Y cómo de repente había envejecido cien años?

El doctor aguardaba en la habitación contigua hablando con su padre con torvo semblante.

Dijo que había muerto del corazón, ¿pero tal vez murió de viejo y cómo había ocurrido eso?

—Una extraña enfermedad, un caso único. Envejeció de golpe creo—dijo el doctor.

Pero para Alan la explicación no fue suficiente.

—Debemos enterrarlo—dijo el médico.

Valerie estaba recluida en su habitación de infancia sin querer ver a nadie.

—Sí, enterradle de inmediato. No habrá funeral, aunque tal vez debemos avisar a sus parientes de Cumbria...

—Oh no por favor, no lo hagáis—dijo Valerie entrando en la habitación.

Por una extraña razón tenía un gesto de rabia y miedo en su rostro.

—¿Qué sucede, mi niña? —preguntó su padre pues su petición le resultó algo absurda.

—No lo hagas padre, por favor, nadie debe saber que ha muerto o me matarán también.

—¿Qué dices? Eso es absurdo.

Ella no quiso dar explicaciones y se alejó ofuscada y nerviosa para encerrarse de nuevo en su habitación.

Sólo habló con su hermano a media mañana.

Él le avisó que iban a enterrar a su marido.

—Tal vez deseéis estar a su lado.

La joven viuda pareció no haber oído su pregunta.

—Fue mi culpa... yo lo maté, Alan—le dijo mortificada.

Él la miró perplejo.

—Qué dices?

Ella se retorció nerviosa y lloró.

—Tú eres incapaz de hacerle daño a nadie, hermanita, te conozco bien. Sólo sientes culpa, pero no debes mortificarte. El doctor Adams ha dicho que tu esposo padecía una enfermedad rara e incurable.

La jovencita lo miró aturdida mientras su hermano le explicaba que su esposo había envejecido de golpe.

—Anoche discutimos, Alan, le pedí que me diera la anulación, no regresaría con él a Cumbria... él me había amenazado con matarlos por eso prometí que volvería a su lado. No os he mentado, jamás habría abandonado a mi marido...

—No he dudado de ti, Valerie.

—Él estaba muerto, Alan, lo estaba. Como ahora, pero sus familiares lo escondieron y de alguna forma lograron revivirle. Usando una medicina extraña o... mi esposo no es humano, y lo descubrí algún tiempo después.

—Es un vampiro? Por favor, dime la verdad. Prometo guardar el secreto.

—No, no es un vampiro ni tampoco un demonio como sospecháis. Os he oído conversar...

no es lo que creéis.

—¿Entonces qué era ese hombre y cómo alguien puede revivirlo?

—Luego os enseñaré un raro manuscrito que traje de Cumbria pues yo misma no daba fe a lo que había pasado. Durante mucho tiempo me intrigó saber lo que le había pasado a mi esposo y por qué sus familiares lo mantenían siempre vivo a pesar de la rara enfermedad que padecía. Mi matrimonio jamás fue feliz y eso lo sabes, hermano, fui hechizada por un hombre que fingía ser encantador y caballero, pero luego de mi boda me convertí en su prisionera y como sabía que ustedes no le aprobaban me prohibió acercarme a mi familia. Toda la compañía que tenía entonces era su sombría familia y los sirvientes. Por más que os parezca extraño hice amistad con una doncella y ella fue testigo de mis padecimientos. Cuando mi esposo enfermaba sus familiares lo alejaban de mí por semanas. No me decían qué tenía ni yo podía estar a su lado ofreciéndole los auxilios y cuidados que una esposa debía brindarle. Me apartaban de él y luego, cuando regresaba no recordaba haber estado enfermo. Nunca me habló de su enfermedad. Hasta que un día encontré ese libro en la mansión y entendí muchas cosas. Cosas que ignoraba por completo. Mi esposo no tiene una enfermedad como crees Alan. Mi esposo es inmortal. O lo era hasta hace poco pero cuando finalmente lo enfrenté y supo que me perdería su corazón no lo resistió y se detuvo. No volvería a esa prisión en Cumbria. Amo a sir Francis, es un joven de nobles sentimientos y gran corazón, que me ama y podrá darme una familia, y hacerme feliz, no iba a soportar que me apartaran de una vida normal de nuevo.

Su hermana le entregó un libro antiguo de tapas doradas con el título en latín: el inmortal.

—Aquí está todo, mis palabras no serían suficientes ni tú me creerías, pero te aseguro que todo lo que hay aquí es verdad. Ellos resucitaron a mi marido varias veces, cuando lo alejaban de mí era porque su fin estaba próximo. Es un longevo, una raza de la que poco se conoce pero que tienen más de cuatrocientos años y cuyo origen es tan antiguo como la humanidad. Pero luego de que leáis ese libro os ruego que deis sepultura a mi esposo y no permitáis que sus familiares se lleven su cuerpo o jamás seré libre ni tendré paz.

—Así lo haré, descuida.

—Sé que este libro despertará tus sospechas y pensarás que es una fábula, pero este libro fue lo que esa criada apenada por mi padecer encerrada en ese horrible mausoleo me dio, ella no sabía leer ni escribir así que no podría haber leído ese libro y sin embargo la doncella sabía que en este libro encontraría las respuestas. Los sirvientes sabían el secreto de esa familia. —la voz de

Alan tomó el libro intrigado y se alejó para leerlo.

El tema no era nuevo para él en realidad, alguien se lo dijo hace tiempo, en una disertación, sobre un misterioso caballero el conde de Foucault, llamado el inmortal quien estuvo en varios hechos históricos durante reinados de distintas eras y se lo describía como ambidiestro, con un ojo de cada color y un valor y destreza en las armas sin igual. Nadie podía vencerle en batalla y su brazo derecho era capaz de atestar con un solo golpe una estocada mortal capaz de derribar al caballero más fuerte del reino.

Ese caballero francés siempre fue amigo de algún rey y según rezaba la leyenda pertenecía a la raza superior, que antes de que apareciera el hombre hubo una raza fuerte e invencible, una raza de hombres longevos que vivían ciento de años hasta que un buen día morían.

En ese libro se mencionaba al caballero de Foucault y se explicaba un poco mejor el origen incierto de esa raza de longevos que al parecer habían existido desde tiempos remotos, pero eran una orden secreta que por su sabiduría y longevidad habían desarrollado una forma extrema de vencer enfermedades mortales como la peste durante la edad media, parecían ser inmunes a cualquier plaga. Ocupaban también lugares importantes, siempre cerca de reyes, alquimistas, emigraban siempre de forma estratégica para no despertar sospechas, jamás permanecían en un solo lugar por mucho tiempo y también acumulaban riqueza y cierto poderío.

Pero esos longevos no podían engendrar en humanos comunes, sólo podían engendrar con longevos hasta que perdieron a sus mujeres. Una a una sus esposas murieron. Al parecer una

extraña enfermedad las debilitaba y hacía envejecer y morir antes de tiempo. Como una maldición. La maldición de los eternos. Entonces tuvieron que buscar mujeres de otras razas y las raptaron, usando su astucia y fuerza las fueron llevando a su país, a veces de mala manera. Tenían que procrear y asegurarse la supremacía de los longevos. Allí estaba todo en ese libro. Mencionaban un nombre, Adelide, la primera mujer que pudo engendrar en su vientre un niño longevo y este la sobrevivió.

No todas las mujeres raptadas pudieron engendrar, sólo las más fuertes. Pero con ellas lograron prevalecer su estirpe y sobrevivir.

En ese libro lo decía todo. Era el diario de un longevo y la historia de su raza. Sus poderes, entre ellos estaba no sólo que jamás enfermaban, sino que eran capaces de vivir más de trescientos años. Conocían los secretos de la ciencia y se decía que su medicina era muy avanzada a su tiempo por eso lograban sobrevivir. Conocían el secreto de cada planta medicinal de ese mundo y sus poderes ocultos.

También podían leer el pensamiento de las personas invadiendo su mente y hasta apoderarse de su voluntad si eso servía para su propio beneficio.

Poseían una fuerza desmedida, un longevo podía llegar a enfrentarse a diez hombres sin problema, y en cada vida, cada cien años tener diez o quince.

Pero no decían si morían de viejos, no contaba todo. Y en realidad parecía una obra de ficción gótica más que un tratado sobre las extrañas e infames criaturas.

Alan pensó en su extraño cuñado y que debía enterrarle cuanto antes.

Antes de que su familia fuera a revivirlo. ¿O acaso tendrían la capacidad de revivir solos?

No quiso pensar en eso. Salvar a su hermana de esa horrible criatura era su prioridad en esos momentos. Ahora podía entender su padecer durante años, era tiempo de poner fin a su tormento.

Sin demora fue a hablar con su padre para que dieran sepultura a su cuñado. Cuanto antes.

Encontró a su padre realizando los arreglos del funeral, había sido una noche larga, eterna y todavía estaban todos nerviosos e inquietos. Alan pensó que debía hacer algo para deshacerse del cuerpo del infeliz pues podía revivir, aunque se encontrara seco y muerto.

—Hijo mío, Alan... ha ocurrido algo muy extraño, inesperado.

Alan se puso pálido.

—¿Qué sucede? —balbuceó.

—Es ese hombre, el marido de tu hermana.

Que usara esas palabras lo llenó de inquietud, pues conocía el poder de esa raza por el libro que acababa de leer.

—Vedlo con tus ojos, Alan, pues no me creerías si os lo dijera.

El joven fue hasta la habitación donde guardaban el cadáver en espera de su funeral. Y descubrió el cuerpo de su cuñado rejuvenecido en medio de la muerte. Ya no estaba seco como si tuviera cien años, ahora parecía haber recuperado parte de su juventud y hasta su piel se veía con mejor color.

—Alguien hizo algo o cambió el cuerpo. Esto desafía cualquier lógica, el doctor Adams no puede creerlo. Pues todos vimos el cadáver de un anciano y ahora es el cadáver de un hombre joven.

Era para volverse loco por supuesto, pero Alan sabía la razón. Entonces su cuñado estaba regenerándose por la genética de su raza de seres inmortales y era cuestión de horas o días para que volviera a la vida.

Tocó su muñeca para descubrir si tenía pulso y sintió que se crispaba al sentir esa piel helada y casi viscosa.

—Está muerto padre y debemos enterrarle ahora.

Su padre lo miró sorprendido.

—Pero algo muy extraño pasa aquí y el doctor cree que el cadáver podría volver a la vida.

Alan comprendió que eso podía pasar si los familiares del difunto llegaban a la mansión, no tardarían en hacerlo al enterarse de lo ocurrido.

Sintió que su corazón latía acelerado. No podía dejar que esa criatura volviera a la vida, su hermana quería tener un esposo y una vida normal y ese ser malvado lo había arruinado, amenazando la vida de toda su familia.

—Además avisé a sus familiares. Debo esperar a que vengan a despedirse del difunto.

Esas palabras helaron el corazón del joven.

—¿Les habéis avisado, padre? ¿Cuándo? ¿Por qué?

—Bueno, es lo correcto, hijo. El funeral será en unos días y sus familiares deben enterarse.

—Padre, Valerie me ha contado algo muy delicado sobre su marido y sus familiares.

Tuvo que contarle la verdad, tuvo que mencionar ese libro y las razones por las que ella huyó la primera vez.

Cuando su padre leyó ese manuscrito quedó muy afectado, crispado y se dejó caer en el sillón de la sala.

—¿Entonces puede volver a la vida? —dijo alarmado. —Esto no es natural, fuerzas malignas reviven a esa criatura. Debo hablar con el reverendo Sullivan.

El reverendo fue el tercero en conocer el secreto de la raza longeva y leyó el libro con las memorias de uno de esos seres.

El hombre se quedó pálido leyendo esa historia.

Para él fue muy claro lo que debían hacer, esa raza impía no podía ser algo bueno a los

ojos del Señor, no era normal ni deseable vivir más de trescientos años y desafiar la muerte.

—Señor Richmond, escuche... creo que debemos dejar descansar esta pobre alma atormentada encerrada en el cuerpo de una criatura longeva. Esto parece obra de la magia negra.

Alan miró a su padre y escuchó al sacerdote.

—Pero si lo enterramos volverá a la vida, si sus parientes vienen aquí...

—Pues dudo que luego de ser enterrado como corresponde regrese a la vida, pero por si acaso... Debemos quemarle.

—¿Quemarle? Oh no... eso no sería correcto—sir Richmond se opuso de plano.

—Si no lo hacéis tendréis de regreso a ese ser oscuro, sir Richmond y nunca tendrá paz ni él ni todos nosotros. Ya está muerto, ustedes lo vieron morir y convertirse en piel y huesos, pero ahora algo ha cambiado, me han dicho que parece más joven que antes.

—Es verdad.

—Entonces hay que quemarle porque es una criatura maligna de la oscuridad y yo solo veo la mano del diablo en esta nueva raza de hombres que se valen de astucias y de su fuerza para sobrevivir tanto tiempo.

Sir Richmond se negó a realizar semejante acto de vandalismo sobre un cadáver. ¿Quemarlo como en la edad media se quemaban a las brujas? No. Eso le parecía un acto salvaje y se opuso de plano.

Alan se desesperó cuando no pudo convencer a su padre.

—Pero si no lo hacéis volverá a la vida, os lo garantizo y esta pesadilla jamás terminará. Vuestra hija quedará atada de por vida a ese ser y nunca tendremos paz.

Su padre meditó en ese asunto, pero no parecía querer cambiar de opinión hasta que llegó una carta de Cumbria.

“Señor Richmond, lamentamos la muerte del señor Warthon, pero temo que en estos

momentos ninguno de sus familiares podrá asistir a su funeral. Perekieron en un incendio hace tres días. Por un descuido de Joseph Warthon realizando experimentos su habitación prendió fuego y luego fue imposible detener el resto pues todo el techo que era de madera se incendió pudiendo salvarse sólo unos pocos criados alertados por la desgracia. Toda la propiedad fue convertida en cenizas y durante días hemos limpiado los escombros intentar rescatar algo de los tesoros aquí guardados. Debí amos avisarle a Theodore Warthon, único heredero de esta propiedad y lamentamos enterarnos de su deceso. Esperamos que su esposa Valerie pueda hacerse cargo de estas tierras y decidir qué hará con ellas.

Sir Richmond leyó la carta pasmado.

—Perekieron por el fuego, todos ellos, los Warthon. Hace tres días... el día que falleció Theodore... es extraño.

Alan leyó la carta y miró a su padre luego.

—Murieron en un incendio, todos ellos, no había otra manera de que murieran los longevos. Esto es una señal padre, debéis quemar a ese monstruo ahora, porque esa cosa no es humana y demasiado daño ha hecho ya... es el último de su familia y no debe sobrevivir. Si lo hace estaremos perdidos. Todos nosotros. Padre, sus familiares no vendrán y sospecho que su deceso tuvo que ver con ese trágico accidente de la mansión de Cumbria. El fuego es lo único que puede matarlos.

—Pues no creo que deba quemarle, le daremos una cristiana sepultura. Preparad su funeral —ordenó sir Richmond.

Pero cuando les dio la orden a los sirvientes ninguno quería entrar en la habitación roja donde descansaban los restos mortales del enigmático señor Warthon. Había ruidos extraños decían...

Atormentado el propio sir Richmond tuvo que ir hasta la habitación en cuestión para entender por qué sus empleados estaban tan melindrosos.

Pero al entrar encontró el cuerpo de quien en vida había sido su yerno retorciéndose en horrible agonía antes de que la ingrata muerte lo convirtiera en una masa seca de huesos amarillentos y carne putrefacta. Pero los ojos parecían mirarle con fijeza, los ojos negros y malignos parecían mirar con fijeza la puerta aún perdidos en un rostro reseco.

Dio marcha atrás asqueado y horrorizado por el espectáculo y aterrado y asustado por lo insólito del asunto volvió sobre sus pasos y ordenó que incineraran el cuerpo de ese infeliz y enterraran luego sus cenizas en el cementerio del pueblo pues no creía que fuera oportuno dejar allí los restos de esa criatura.

Los criados se miraron aterrados, pero uno de ellos tuvo los bríos suficientes para cumplir la delicada orden de su señoría. Pero como solo no podía transportar los restos del difunto tuvo que pedir ayuda.

Todo había terminado. El marido fantasma había sido incinerado y nunca más regresaría a acosarla.

Valerie suspiró. No quiso estar presente en su funeral, pero luego supo que no hubo tal funeral y que su esposo por una razón inexplicable había sido incinerado.

Fue su hermano que le habló ese día helado de la carta de un sirviente de la mansión de Cumbria.

—Esa propiedad no me pertenece, Alan. Haced lo que queráis con ella.

—Pero nos ha escrito un abogado, el señor Burstein. Quiere que tomes posesión de la herencia que te dejó tu marido, Valerie.

Ella se movió en la habitación inquieta y dio un salto atrás asustada.

—No, jamás... esa casa fue usada para los nefastos experimentos de esa familia. ¿Es que no lo veis? Esa casa los mantuvo vivos y, además, fue mi prisión durante mis años de casada. Nada quiero saber de esa casa.

—De la mansión principal, sólo queda parte de la estructura, todo lo demás pereció en las llamas, pero las tierras circundantes...

—Vended todo en mi nombre, Alan y destinad el dinero a un hospital o alguna obra de caridad. No quiero nada de ese hombre cruel, nada... nada podrá compensarme jamás del daño que he sufrido.

—Está bien, así lo haré, Valerie. Descuida, no volveremos a hablar de esto, pero hay algo más... Sir Francis ha estado visitando la mansión, sé que es pronto, pero... quiere verte y no sé si deba darle esperanzas o decirle que...

Valerie se sonrojó intensamente.

—Debo verle, debo hablar con él. Estoy tan cansada de sentir miedo, he pasado un momento espantoso cuando mi marido regresó de la tumba y hasta temo que regrese, pero....

—No te precipites.

—No lo haré, pero no veo razón para no casarme con él y alejarme de aquí. Este lugar me trae tristes recuerdos, Alan.

¿Su hermana parecía ansiosa por casarse con su antiguo enamorado, pero sería prudente, lo permitiría su padre? Acababa de morir su esposo y todo ese asunto de que era un longevo...

—A padre no le gustará que te apresures, Valerie.

—Es mi vida, Alan... mi vida arruinada por un hombre malvado. Soy joven, necesito un esposo que cuide de mí y me ame como Francis lo hace. En silencio y con mensura y absoluta devoción y fidelidad.

Y luego de decir eso, dos días después Valerie recibió la visita de Francis.

Valerie lucía sólo medio luto porque no creía que debiera usar luto total por ese esposo que tanto dolor le había infringido en el pasado. Había tal expresión de serenidad en su rostro que nadie decía que había pasado momentos tan terribles.

Francis la miró embelesado.

—Valerie.

Ella le sonrió y se sonrojó cuando se acercó para besar su mano.

—¿Cómo has estado estos días? Estaba tan preocupado por ti.

—Estoy bien, me siento en paz... se ha ido al fin, esa horrible sombra...

Se movió inquieta en el asiento y de pronto le pidió para dar un paseo por el laberinto, esos jardines de la mansión repletos de plantas exóticas y que era un paseo tan gratificante para la vista.

—Claro, por supuesto.

Necesitaba un lugar privado para conversar pues allí en esa sala sentía todo el peso de lo ocurrido sobre los hombros y le faltaba coraje para hablar.

Fueron en silencio hasta el laberinto y rodeada de esas magníficas plantas Valerie sonrió al ver que se conservaban las flores más delicadas violetas, rosas y heliotropos. Ese lugar siempre le había dado tanta paz.

—Siento mucho no haberte contado, Francis... es que no tuve valor y pensé ...

Él se acercó y tomó su mano con suavidad.

—Por favor no te culpes del pasado, vuestro hermano me contó...

Ella lo miró sonrojada.

—Era muy joven entonces y muy tonta, lo confieso, me dejé deslumbrar y... ese hombre tenía tanto poder de seducción que yo...hacía todo lo que él quería oh Francis, no sabes lo que sufrí.

—No debes culparte por eso. Fuiste embaucada por un hombre malo, pero debes dejar de sentir remordimientos, de pensar que fue tu culpa. Eras muy joven y ese hombre muy malvado.

—No era humano... no era como tú y yo. Tal vez mi hermano os contó que...

—Sí, lo hizo. Me dio un libro para entender lo sucedido que mencionaba la raza de seres sobrehumanos de los que oí hace años en una disertación pero que creí no eran más que una leyenda.

Ella lo miró atormentada.

—Quiero dejar atrás mi pasado, pensé que podría cuando regresé a casa. No hablé a nadie de lo ocurrido, mi esposo había muerto entonces y me sentí libre, me horroriza decirlo, pero así fue.

—Valerie, por favor, casémonos cuanto antes. Dejemos este triste asunto atrás. Venga conmigo. Es su oportunidad de olvidar y recomenzar...

La joven sonrió cuando se lo pidió y sus mejillas se cubrieron de rubor cuando miró sus labios con creciente deseo. Durante mucho tiempo había sofocado ese deseo, porque su malvado esposo había despertado en ella un deseo horrible y lujurioso, un deseo que la mantenía atormentada y esclava pero ahora era distinto, ahora sabía que tendría un esposo humano y normal, completamente normal que sería su amor y su compañero para el resto de sus días...

Y acercándose a él le dijo:

—Sí, acepto, por supuesto...

Él sonrió y sin poder contenerse la tomó entre sus brazos y le dio un beso suave y contenido, un beso que se volvió ardiente al sentir que ella respondía a él como toda una mujer dulce y enamorada.

Francis sintió un deseo terrible y monstruoso envolverle en esos momentos, y ese abrazo se hizo apretado y sin darse cuenta tenía a Valerie envuelta entre sus brazos y podía sentir su corazón latir palpitante junto al suyo.

Ella no lo apartó como temía, no lo hizo, pero él se sintió bastante turbado por haberse dejado llevar por su arrebató de pasión y sin poder soltarla la miró y murmuró su nombre: — Valerie, lo siento no debí besarte...

Su prometida lo miró agitada pero no dijo nada sobre ese beso.

—Cásate conmigo por favor, sin fiestas, sólo un festejo íntimo.

Ella consideró su petición como la respuesta a sus deseos pues de pronto ese joven tímido había despertado en ella algo largo tiempo dormido y olvidado que se remontaba a los primeros años de casada en Cumbria cuando su esposo la había convertido en una mujer ardiente y apasionada enseñándole las delicias del amor y ahora de pronto sentía el mismo deseo intenso y desesperado.

—Sí, acepto, iba a casarme con usted antes de todo esto pasara. Sólo quiero pasar mi vida a su lado y poder cumplir mi sueño de tener muchos niños y una familia...

Alentado por sus palabras Francis volvió a besarla y estuvieron así abrazados en silencio, besándose, tan unidos.

El chillido de un pájaro los crispó y Valerie se estremeció, pero luego vio que era sólo un pájaro.

Cuando sir Kingston supo que su hija se casaría con prisas pensó que era un error y se lo dijo esa mañana cuando la joven le habló de sus planes de mudarse al señorío que había heredado su novio con premura.

—Pero hija, eso es muy precipitado, todavía no has superado lo que pasó.

Valerie lo miró con tristeza.

—Padre, necesito alejarme de aquí, retomar esa vida triste y destrozada por un marido cruel y malvado. Francis es un joven amable y no tuvisteis reparos cuando os dije que me casaría con él.

Sir Edmund tuvo que reconocer que su hija tenía razón, pero seguía pensando que esa boda era precipitada.

—Bueno, tal vez deberías esperar, pero no me atrevo a impedir esta boda, merecéis ser feliz hija mía.

Valerie sonrió, pero no era una sonrisa de felicidad sino de tristeza.

Sólo su hermano comprendió que ella quería alejarse de su pasado para siempre pero jamás imaginó lo cerca que había estado Valerie del amor, la locura y la muerte siendo la esposa del señor Warthon.

Una semana después y en una ceremonia discreta se convirtió en la esposa del joven Francis Richmond, en presencia de sus familiares más cercanos. No hubo fiesta, sólo un brindis al mediodía pues los novios tenían prisa por escaparse y poder vivir en su nuevo hogar.

Valerie contempló la casona del señorío con expresión inquieta, no era lo que había esperado y al parecer necesitaría algunas reparaciones, pero no le importó, era su nuevo hogar y hacía demasiado frío para quedarse allí afuera.

Su esposo se acercó y tomó su mano y la llevó a su interior para que conociera el que sería su nuevo hogar.

Un grupo de sirvientes le dio la bienvenida alineados y muy serios, saludaron con una reverencia a los nuevos amos de la mansión Carlisle.

Era un lugar cómodo y acogedor, con mobiliario antiguo y algunas obras de arte. Su benefactor había sido generoso con su esposo, pero ella pensó que se habría mudado a un hogar mucho más sencillo.

—¿Os agrada la casa? —preguntó su esposo.

Valerie asintió.

—Es un lugar hermoso.

Cenaron en silencio, a la luz de los candelabros, pero ella comió poco, estaba exhausta

por el largo viaje y las emociones intensas de ese día.

—¿Quieres retirarte a descansar, cielo? —le preguntó.

Ella aceptó sonrojada bajando la mirada.

Su esposo la acompañó guiándola a sus habitaciones nupciales.

Valerie se detuvo al llegar al umbral, por una extraña razón recordó su anterior noche de bodas, aunque estuvo todo el día evitando recordar, por momentos lo hacía. Y ahora contempló la cama con dosel en tonos pastel y los cortinados blancos de la habitación y suspiró.

Su esposo aguardaba en un rincón sin animarse a entrar buscando la forma de hablar y decirle lo que pensaba, pero Valerie avanzó decidida y recordó lo asustada que había estado en su noche de bodas y la forma en que su esposo logró convencerla de hacer aquello de lo que nada sabía prácticamente. Se había casado muy joven desafiando la voluntad de sus padres y por rebeldía, sin estar preparada para el matrimonio y su noche de bodas había sido algo doloroso y extraño. Pero luego todo fue cambiando, con el tiempo aprendió a disfrutar y anhelar esos apasionados abrazos.

—Valerie, puedo esperar si quieres... nuestra boda fue tan precipitada—le dijo su esposo.

Ella comprendió que él estaba algo desconcertado y asustado por la situación. Quizás no estaba listo para hacerle el amor o pensaba que ella no lo estaba... parecía un caballero muy tímido.

—No te vayas, por favor. Quédate. Soy tu esposa y no quiero dormir sola—respondió la joven bajando la mirada. Y al ver que su marido avanzaba despacio hacia ella lo esperó y fue a su encuentro y de pronto, sin más ambos se abrazaron y fue su tímido esposo quien le dio un beso ardiente y desesperado mientras tomaba su cintura y la envolvía en un apretado y apasionado abrazo.

Besos y caricias y el vestido de la novia cayó el piso y se quedó deslumbrado al contemplar su radiante y delicado cuerpo desnudo, delgada y femenina había algo hermoso y

excitante en la forma de su cintura y su pubis, las caderas y su ombligo redondo y profundo. Quería tocarla, quería besarla y desesperado la atrajo contra sí y se arrodilló a sus pies suplicante rogando ser aceptado pues se moría por besar cada rincón de su cuerpo.

Pero ella no era una novia renuente y lo guio sin pudor, guio sus labios húmedos al rincón de su feminidad mientras se arqueaba hacia atrás y suspiraba de placer.

Hacía años que su esposo no podía hacerla suya, años que ningún hombre le hacía el amor. Pues luego de despertarla al amor y a la lujuria sufrió esa extraña enfermedad que lo dejaba postrado e incapaz de ser un hombre en la intimidad.

Ese hecho resintió su carácter y se volvió muy celoso pues no soportaba que ningún caballero la mirara siquiera en su presencia y como si eso no fuera suficiente para avergonzarla la dejaba encerrada.

Pero ahora al fin era libre, libre para ser una verdadera mujer y poder tener los apasionados abrazos de un esposo y sus ardientes caricias. Y ahora cerró sus ojos al sentir que se abrazaba a su cintura y sus besos ardientes y profundos, esas caricias ardientes que no tardaron en llevarla al clímax, y desesperada cayó en la cama suplicando por ese abrazo con voz aguda y entrecortada.

Francis comprendió que no había terminado de desnudarse y se quitó la camisa y el pantalón ansioso de complacerla.

Ella se detuvo a mirarle desnudo y sonrió, estaba más que lista para ser suya, húmeda y anhelante, desesperada...

Ambos anhelaban ese abrazo apretado, esa cópula que los convertiría en un solo ser y Valerie cayó en la cama a tiempo de gemir de placer al sentir esa inmensidad en su rincón más íntimo de mujer y entonces ambos se miraron en silencio y se besaron, se besaron y abrazaron sin parar rodando por la cama como dos amantes desesperados. Ahora eran uno solo, eran marido y mujer y Valerie lloró de la emoción porque al fin tenía un hombre de verdad, un hombre bueno que

la amaría y cuidaría de ella para siempre, un hombre capaz de engendrarle hijos y brindarle tanto placer.

Y cuando la inundó con su semilla se quedó quieta para que esta llegara a su vientre y le hiciera un hijo, lo deseaba tanto y secó sus lágrimas mientras lloraba de felicidad, porque sabía que ahora sí podría embarazarse, algún día, tal vez más adelante.

—Hermosa, ¿por qué lloras? —le preguntó él. —Fue tan maravilloso, pero temo que te he lastimado, he sido muy apasionado.

Valerie sonrió.

—Fue maravilloso, fue hermoso... por favor, hazme tuya todas las veces que lo desees Francis... no lloro de pena, lloro de felicidad porque te amo.

Él le dio un beso ardiente mientras la abrazaba muy fuerte.

—Y yo te amo y no puedo creer que seas mi esposa, que seas mía... es un sueño para mí —respondió Francis.

Ella lo miró muy seria y le confesó que hacía años que su esposo no la tocaba y que eso lo había vuelto celoso y un hombre malhumorado y violento. Por alguna razón quiso confesarle que los días que estuvo en compañía de su marido él no la había tocado.

Francis cayó sobre ella para besarla y hacerle el amor de nuevo y Valerie le recibió feliz y ansiosa de darle todo el placer que él quisiera tomar de ella, una y otra vez la hizo suya esa noche hasta que ambos se quedaron colmados y satisfechos, casi exhaustos. Ella sonrió feliz al sentirse llena de él, su hombre, su marido, ese tímido enamorado se había convertido en un amante experto y ardiente, un amante capaz de satisfacer sus deseos en la intimidad, sin medida ni pudor.

Valerie despertó agitada luego de haber tenido una pesadilla con su esposo muerto y de pronto lo vio, tendido a su lado y dejó escapar un gemido.

No podía ser, no podía ser él...

Gritó espantada y saltó de la cama al comprender que ese hombre que le había hecho el amor como un amante experto y apasionado no era Theodore sino Francis, su marido.

—Valerie, ¿qué sucede preciosa? ¿Tuviste una pesadilla?

Ella sintió que el corazón dejaba de latir tan deprisa y la dejaba respirar.

—Es que pensé por un instante pensé que todo había sido un sueño, nuestra boda, nuestra noche de pasión—respondió la aterrada novia.

Su esposo la miró serio y preocupado y sonriéndole compasivo le dijo en un susurro que volviera a la cama pues era muy temprano.

Valerie obedeció temblando pues por un momento había visto a su marido inmortal allí en la cama, su cabello, la forma de dormir era Theodore...

Debió ser una pesadilla, debió ser una alucinación producto de algún sueño.

Y sin embargo la forma en que su tímido esposo inglés la hizo suya en su noche de bodas...

—No temas amor, es sólo un sueño, está muerto y nunca más podrá hacerte daño—le dijo Francis al oído y excitado por el contacto de su cuerpo tibio la besó y la miró con creciente deseo.

Se moría por hacerla suya y no se detuvo hasta conseguirlo. Valerie se dejó llevar sin pensar en nada, pero todavía estaba angustiada por lo que había visto y se preguntó si su difunto marido no había hecho para asustarla, para atormentarla desde el más allá, celoso de que otro hombre la tuviera en sus brazos cuando él dijo un día que mataría al hombre que se atreviera a cortejarla.

—Preciosa, te amo, te amé desde el primer instante en que te vi y todavía me cuesta creer que seáis mía, mi esposa, mi mujer—le dijo Francis muy serio.

Ella se dejó llevar por el momento de pasión y lo abrazó muy fuerte lanzando un hondo suspiro. Un mal sueño eso había sido, sólo un mal sueño, era Francis aquel joven tímido su enamorado secreto quien estaba a su lado no Theodore, Theodore estaba muerto, nunca más

volvería a atormentarla.